

01082

2



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LOS DISCURSOS SOCIALISTAS EN COLOMBIA. 1930-1958

798563

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL TITULO DE: DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A :

DIEGO JARAMILLO SALGADO

DIRECTOR: DR. RICARDO MELGAR BAO
TUTORES: DR. GUSTAVO VARGAS MARTINEZ
DR. RAFAEL PEREZ TAYLOR

MEXICO, D.F.

2001



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SERVICIOS ESCOLARES



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LOS DISCURSOS SOCIALISTAS EN COLOMBIA 1930-1958

Tesis para optar al título de Doctor en Estudios Latinoamericanos
AUTOR: Diego Jaramillo Salgado

RESUMEN

Trabajé las relaciones de poder en se inscribieron las opciones socialistas en Colombia entre 1930 y 1958, a partir de los discursos, los imaginarios y las culturas políticas. Estudié si la dificultad para desarrollar una alternativa política socialista en Colombia en el siglo XX radicó en la cultura política dominante, de hegemonía católica. A la vez, si a pesar del aporte de rasgos de una nueva cultura política, los actores sociales socialistas carecieron de la acción y cohesión suficientes que los situara estratégicamente frente al poder.

Me propuse hacer visibles los discursos y prácticas socialistas de organizaciones e intelectuales de Colombia en sí mismas y en su articulación y confrontación con las élites y clases dominantes del país.

Metodológicamente establecí ejes que me permitieron ubicar imaginarios de las élites y clases dominantes y su correspondencia en las organizaciones socialistas. Partí de lo dicho en fuentes documentales de archivo y de algunas entrevistas, entrecruzadas con la historiografía pertinente. Identifiqué aspectos propios de los discursos socialistas y su articulación con los debates que le eran contemporáneos.

El estudio me permitió corroborar el ejercicio de dominación del conservatismo y la iglesia sobre las expresiones socialistas. Establecí la falta de autonomía del Partido Comunista, única organización que permanece, al depender de directrices internacionales dentro del periodo, lo cual debilitó su apoyo popular. Encontré que la fluctuación entre el comunismo y el liberalismo de los demás grupos socialistas hicieron que fuera efímera su existencia.

Puedo concluir que la cultura política dominante controlada por los partidos liberal y conservador es una barrera para que pueda prosperar una nueva fuerza política. A la vez, que las organizaciones socialistas fueron incapaces de lograr un amplio apoyo popular: aunque introdujeron aspectos de una nueva cultura política y se expresaron afirmativamente en las relaciones de poder.

El primer capítulo da cuenta de la satanización que la iglesia y el conservatismo hicieron del socialismo. El segundo capítulo se centra en el estudio del Partido Comunista. El último capítulo registra los discursos y -prácticas de pequeñas y efímeras organizaciones socialistas.

Ciudad de México, D. F., octubre de 2001

THE SOCIALISTS DOCTRINES IN COLOMBIA 1930-1958

Thesis for to obtain the degree of Doctor in Estudios Latinoamericanos
AUTOR: Diego Jaramillo Salgado

RESUMEN

This work is about the power of relationship among the socialist options in Colombia between 1930 and 1958, considering the doctrine, imageries and political cultures. It studies if the difficulty to development a political socialist alternative in Colombia during XX Century, was situated in the prevailing political culture of catholic hegemony. Besides, if instead of the contribution of a new political culture, the socialists lacked of enough action and cohesion that would had situated them in the power.

It intends. to clarify the doctrine and socialist practices of organizations and intellectual people of Colombia, for themselves and for their articulation and confrontation with the elite and dominating classes in the country.

By method, the establishment of central ideas allowed to situate imageries of elite and dominant classes and their parallels into the socialist organizations, based on sources like files and interviews, compared them to the pertinent historygraphic. The own aspects of the socialist doctrine and their articulation with the contemporary debates were identified.

This study allows to corroborate the domination of the conservatism and the church over socialist expressions. It corroborates the lack of autonomy of the Communist Party, unique organization who remains alive because it depended of international directresses, facts which weaken its popular support. It was founded that the fluctuations between communism and liberalism of the other socialist groups became to their ephemeral existence.

It can conclude, therefore, that the dominant political culture, which was controlled by the liberal and the conservative party, had become a barrier against the prosperity of a new political force. At the same time, the socialist organizations were incompetent to obtain the popular support, even though they had inserted aspects of a new political culture and other power relationship.

The first chapter discusses the satanization of the socialism done by the catholic church and the conservative party. The second chapter studies at the Communist Party. The last chapter records the doctrine and practices of small and ephemeral socialist organizations.

Ciudad de México, D. F. October of 2001

DEDICATORIA

AI BLOQUE SOCIAL ALTERNATIVO DEL CAUCA, en cuyo proceso de formación desarrollé esta investigación, para que sus andanzas amplíen los caminos que registra esta investigación
A su equipo de gobierno departamental dirigido por el TAITA FLORO ALBERTO TUNUBALA. como un libro abierto a la ampliación de la memoria histórica de los excluidos.

AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Ricardo Melgar Bao por sus aportes y permanente acompañamiento en el desarrollo de la investigación.

A los Drs. Gustavo Vargas Martínez y Rafael Perez Taylor por las constantes sugerencias en su calidad de tutores.

A los Drs. Horacio Cerutti, Francisco Lizcano, Eduardo Sandoval y Patricio Cardoso por su paciente y aportante lectura del texto.

A la historiadora colombiana Zamira Díaz y al maestro Alexander Betancur por sus sugerentes y atinadas notas sobre el documento.

A la Universidad del Cauca por el respaldo que me brindó.

A todos aquellos y aquellas que me brindaron en México su hospitalidad.

CONTENIDO

<i>INTRODUCCIÓN</i>	3
1. <i>SATANIZACIÓN DEL OTRO</i>	14
1.1. EL REINO DE DIOS ES NUESTRO	16
1.2. SATANIZAR AL LIBERALISMO	27
1.3. LA REVOLUCIÓN EN MARCHA SIGNO DE LA BARBARIE	35
1.4. SOCIALISTAS Y COMUNISTAS TAMBIÉN VAN AL INFIERNO	43
1.4.1. LA ACCIÓN SOCIAL: DISUASORA DEL COMUNISMO.	53
1.4.2. LAS RELACIONES PECAMINOSAS	57
1.4.3. PROXIMIDADES CON EL FASCISMO	59
1.5. LA SANGRE TAMBIÉN REDIME	62
2. <i>UN SOCIALISMO SIN SATÁN</i>	67
2.1. GERMINACIÓN EN CAMPO PROPIO	68
2.2. EL MITO DE LA CAÍDA DEL CAPITALISMO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA	71
2.2.1. LA VERDAD PRODUCIDA POR EL CENTRO DE PODER COMUNISTA	74
2.2.2. SU RECREACIÓN EN LATINOAMÉRICA	76
2.2.3. SU SOMBRA EN COLOMBIA	78
2.3. EL PARTIDO COMUNISTA ABRE CAMINO	82
2.3.1. LA BRUJERÍA CONDENADA	92
2.3.1.1. IGLESIA Y BRUJERÍA.	94
2.3.1.2. BRUJERÍA Y COMUNISMO	96
2.3.2. EXORCIZADO EL LIBERALISMO	102
2.3.2.1. UNA ALIANZA: LA REFORMA CONSTITUCIONAL DE 1936	110
2.3.3. UN MACHETE Y UN LIBRO ABIERTO SUSTITUYEN LA HOZ: EL PARTIDO SOCIALISTA DEMOCRATICO	113
2.4. LA MUERTE DE GAITÁN Y SU SÍMBOLO REDIVIVO	121
2.5. EL GOLPE DE ESTADO	135
2.6. LA JUNTA MILITAR Y LA LEGALIZACIÓN DEL PARTIDO	139
3. <i>SOCIALISMOS SIN DICTADURA</i>	144
3.1. UN MARXISMO NUEVO: EL GRUPO MARXISTA	145
3.1.1. FORMACIÓN DEL DISCURSO SOCIALISTA	148
3.1.2. DIFERENCIAS CON EL PC	154
3.2. LA LIGA DE ACCIÓN POLÍTICA	155
3.3. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA COLOMBIANO (MSC)	157
3.4. EL LIBERALISMO SOCIALISTA DE GAITÁN	161
3.4.1. LA FORMACIÓN DE UNA IDEOLOGÍA LIBERAL SOCIALISTA	164
<i>CONCLUSIONES</i>	176
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	179

INTRODUCCIÓN

Cuando miramos la situación actual de Colombia difícilmente podemos explicarnos la variada gama de conflictos que se presentan. De allí que un estudio sobre problemas políticos y sociales del inmediato o lejano pasado no pueden ser ajenos al azaroso presente. Es mas, aquél solo se explica por las valoraciones que el investigador hace de la situación que lo interroga y de los desarrollos actuales de su propia disciplina y de las que se relacionan con ella. Sentido que nos ubica en las fracturas del presente a través de las cuales intuimos o sospechamos los fragmentos del pasado que quizás le dieron origen. Un trabajo de investigación como el que aquí presentamos no hace más que transformar la sospecha en un problema de interpretación que permite identificar persistencias, con lo cual el pasado adquiere una razón de ser por sí mismo. Con la valoración que hacemos desde el ahora (Le Goff, 1991:52), el presente deja de ser la materia bruta, ahistórica, para llenarse de contenido con las intersecciones culturales, políticas y sociales que le fueron previas.

Es así como optamos por un segmento de las relaciones de poder dentro de la historia política del siglo XX en Colombia. Recorriendo el camino de lo que en un principio fue considerado una aventura o una amenaza para la humanidad: el socialismo. Sin circunscribimos al socialismo marxista que, en términos generales se define como una etapa previa al comunismo. (Tesis bastante controvertida en el período estalinista). Establece que el carácter de clase del Estado y de la sociedad es histórico y temporal. Se caracteriza por el ejercicio de una dictadura del proletariado; vanguardia de la revolución triunfante. En lo económico, se centra en la socialización de los medios de producción. Hay polémica frente a estos tópicos; pero son quizá ellos los que polarizan la discusión.¹ Lo hacemos también con otros tipos de socialismos; sin partir de una definición central. Puesto que nos interesa

¹ Se podría sugerir que los textos básicos que originan este debate son *La Guerra civil en Francia*, *La Crítica del Programa de Gotha*, *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, *Las Luchas de clases en Francia* de Marx; *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, *El Estado y la revolución* y *Las Tesis de abril* de Lenin, y *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci. Por supuesto, alimentados por las diferentes experiencias históricas y políticas del siglo XX en este campo.

escudriñar qué es lo que enuncian como socialismo los discursos y prácticas que se asumen como tales.

Ahora bien, es inevitable encontrar que el siglo XX en Colombia marca un derrotero de definición que se orienta a la confrontación al capitalismo. No sólo porque sus precursores auguraban la extinción del capitalismo sino también porque sus métodos, en la mayoría de las veces, contrariaban algunos de los presupuestos de la modernidad² y de las culturas políticas hegemónicamente dominantes, inscritas ya dentro de esa formación social. Alternativas ideológicas y políticas que no escaparon al devenir de la historia colombiana y latinoamericana. En efecto, a pesar de que el desarrollo económico capitalista en Colombia fue relativamente tardío, si lo comparamos con otros países del continente, los discursos socialistas fueron difundidos, asimilados y desarrollados desde mitad del siglo XIX. Sin embargo lo fueron fragmentariamente. Porque aún pesaba el dominio de la cultura aristocrática y católica. Las clases sociales y las elites dominantes se disputaban a sangre y fuego el control del aparato estatal en las sucesivas guerras civiles. Por lo cual, y por el poco desarrollo industrial, solo grupos aislados de la sociedad, y relativamente marginales al poder político, como los artesanos, balbuceaban tímidamente el lenguaje doctrinario de las ideologías que, según consideraban podrían darles su redención. De tal manera que es sólo en el siglo siguiente en que aparece la clase obrera, así fuera minoritaria y se afianzan los procesos de formación de los discursos socialistas.

Es por eso que nuestra investigación se ha centrado en el siglo XX, y, en particular, en el período comprendido entre 1930 y 1958. Tanto por los reacomodos de los partidos y clases dominantes en el ejercicio del poder, como por el desenvolvimiento del desarrollo capitalista que lentamente fue introduciendo las raíces culturales e institucionales que se imponían en

² Asumimos como modernidad los supuestos racionales que presuponen la fundamentación de una nueva cultura política.. Basada en la pluralidad, en el respeto y aceptación de la diferencia, en la solidaridad, en el reconocimiento del otro. En ella se asume que los conflictos pueden ser superados por la vía de la negociación, la institucionalidad, los aspectos normativos que consensualmente ha producido la sociedad. De tal manera que el Estado se funda en correspondencia con ello. La sociedad establece un tejido social que le es correspondiente. La vida cultural tiene unos parámetros éticos y políticos que le son consecuentes. De allí que la educación sea considerada como uno de los factores esenciales para poder alcanzarla. Así mismo el funcionamiento de los partidos se concibe como la intermediación entre el Estado y la sociedad civil

las sociedades en que obtenía un mayor avance. Quiere decir esto, la conformación de un mercado nacional. La creación y fortalecimiento de núcleos industriales en algunas regiones del país. El avance en la formación de centros urbanos con su correspondiente dinámica cultural. El surgimiento de grupos sociales o clases sociales relacionados con este modo de producción: la burguesía, el proletariado, y la pequeña burguesía urbana y rural. Factores suficientemente importantes como para justificar esta elección.

Le dimos importancia a los discursos como una elección disciplinaria mas no sustancial. Es decir, no pretendemos que el espacio ocupado por el lenguaje, y por una parte de él, sea el único que explique la dinámica de las apuestas socialistas. Más bien, es parte de la trama de acertijos que a veces no podemos descifrar. De todas maneras, se parte de lo dicho, lo que está enunciado. En el panfleto, la entrevista, el periódico, la revista. Los acontecimientos y los discursos mismos son reconstruidos desde los signos que hacen emerger los diversos lenguajes de las relaciones de poder. Inicialmente la razón fue filosófica. Pues nos interesaba conocer qué ideas socialistas, y de qué manera, se habían desarrollado en el país. Sin embargo, rápidamente, el develamiento de su historia fue mostrando, a la manera de Foucault, (Morey, 1984: 159) que las ideas son y tienen sentido en la historia que les permitió su producción. Es más, podríamos agregar, en la cultura, más específicamente, en este caso, en la cultura política. Entendida como los ejes de relaciones en que se pone en juego el poder. No solamente en la relación directa con el Estado, sino en las relaciones de fuerza que se producen en la sociedad. Llámense simbólicas, de clase, ideológicas, económicas, etc. Eso implica que no se reduce a lo institucional. A aquello que se produce desde el Estado para moldear la vida ciudadana y política, o la reacción de los sujetos a esas directrices, a la manera de Almond y Verba.³ Se inscribe, más bien, en el tejido de las prácticas culturales de una sociedad.

³Un seguimiento a esta discusión se encuentra en dos trabajos de Fabio López de la Roche. El primero, "El análisis cultural aplicado a la ciencia política. Consideraciones teórico-conceptuales acerca del estudio de la cultura política" Publicado en *Un país en construcción. Estado, instituciones y cultura política*. Vol. II, Controversia No. 153-154, CINEP, Bogotá, 1989. Se orienta a analizar los aportes de teorías de la cultura que pueden ser aplicados a lo político y a algunas propuestas sobre el concepto de cultura política en particular el de Almond y Verba y el de Bertand Badie. El segundo, "Acerca del concepto de cultura política". (Inédito) Material xerocopiado del original del autor, Santafé de Bogotá, 1999. En este se detiene

Las ideas se inscriben dentro de saberes determinados y en cuanto tales no son ajenas a las relaciones de poder. Estableciendo así no un discurso que se desarrolla y legitima de manera especulativa o especular; o sea metafísicamente, o como reflejo de estructuras económicas de una sociedad; sino, más bien, inscrito en el azar de esos juegos de poderes. Al constituirse en discursos están sujetos al entramado que inevitablemente se produce en la sociedad en sus múltiples relaciones. Los entrecruzamientos de discursos pueden producir transformaciones tanto en el que directamente retoma aspectos de otro, que lo interpela o desarrolla en ejes discursivos concretos, como en aquél mismo que lo constituyó. Además; su circulación y su difusión social, allende las fronteras de los militantes, produce opiniones y redefine las prácticas de las mismas culturas políticas que se ponen en relación. Por ello hicimos su seguimiento a través de la apropiación que hicieron de él las organizaciones sindicales, gremiales y populares. A la vez de las intersecciones que se producían con prácticas culturales, políticas y sociales que las desarrollaban, las articulaban o las confrontaban. Concluyendo que un saber como al que se alude no se forma por la simple difusión de su doctrina o de los textos que le dieron su formación teórica. Los individuos o los grupos sociales los asimilan o asumen en aspectos básicos que le pueden dar una regularidad; por medio de la cual establecemos la comparación sobre su recurrencia en otros ámbitos. Sin embargo aun la misma conceptualización, las categorías que se van produciendo, inevitablemente son permeadas por la urdimbre cultural en la cual se abre campo. Puesto que los usos del lenguaje varían de un proceso cultural a otro.

Así mismo, entendemos el desarrollo de los saberes en una perspectiva universal; es decir no restringido a una localidad determinada; así en ella se construya o tenga su razón de ser. Sino más bien, entendida como una producción humana y por tanto histórica, y en cuanto tal, no circunscrita a un espacio definido. De allí que en este trabajo tengan importancia los discursos que se introdujeron en el país y las implicaciones prácticas que esto comportaba.

en hacer un seguimiento a los aportes que tratan de hacer científicos sociales de América Latina. También, en Ilán Bisberg, "Legitimidad y cultura política: una discusión teórica y una revisión del caso mexicano". En *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Año LIX, No. 1, 1997, pp: 3-18. Quien también hace una aproximación inicial a la discusión actual sobre el concepto, enfatizando la propuesta de la "civic culture" de Almond y Verba, sin distanciarse mucho de ella.

Puesto que hay relaciones de poder atravesadas por dinámicas internacionales; pero sin perder de vista que se recrean en circunstancias locales y regionales que son, en últimas, las que establecen las condiciones para su realización. En el marco de esta reflexión, le dimos terminación a un primer trabajo que denominamos *Las Huellas del Socialismo. Los Discursos Socialistas en Colombia 1919-1929*⁴.

Por eso la investigación que ahora nos ocupa no es ajena a esa dinámica precedente; al punto que su misma elección fue concebida como su continuación. No obstante, el proceso de redefinición teórica, la precisión de aspectos metodológicos, y los aportes que producían las fuentes documentales produjeron variaciones respecto de ese primer trabajo. En efecto ya no hay una circunscripción central a los discursos. Así fuera en sus dinámicas de poder, como se desarrolló en el trabajo anterior. Tampoco abandonamos los discursos en cuanto tales; pues ellos son ejes importantes en la nueva investigación; son una vía de acceso al desarrollo de otros sentidos explorados.

En particular el que tiene que ver con la formación de imaginarios⁵ en el desarrollo de la historia política que nos ocupa. Es decir no solamente tenemos en cuenta el campo lingüístico en que se inscriben los enunciados de los discursos estudiados. También hacemos uso de ellos para identificar los elementos simbólicos, las formas de representación que los objetos sociales producen a través de sus prácticas sociales. Por tanto, no solamente nos detenemos en las formas lógicas racionales o en las estructuras de una elaboración doctrinaria o ideológica. Vamos mas allá de ellos para adentrarnos en elementos irracionales y míticos que puedan ser explorados en cada uno de los problemas que abordamos. Tampoco se asocia el imaginario con las imágenes empíricas que den cuenta de "realidades" brutas, concretas. Aunque inevitablemente hay lo que se establecería como una expresión material.

⁴ Este texto fue editado en coedición por las universidades Autónoma del Estado de Méjico, de Toluca y la Universidad del Cauca de Popayán, Colombia. Impreso bajo la responsabilidad de la Facultad de Ciencia Política y Administración Pública, de la primera universidad en 1997. La base del mismo fue la tesis de maestría en estudios latinoamericanos de la UNAM; titulada *Los Discursos Socialistas en Colombia 1919-1929*. Dirigida por el doctor Carlos Bosch García

⁵ Un reciente artículo "Lo imaginario en la filosofía francesa contemporánea" de Jean-Jacques Wünenburger hace una buena síntesis de los desarrollos de este tema en esa disciplina. En Lapoujade, María Noel, 1999: *Espacios Imaginarios*, México: UNAM.

La hoz y el martillo, por ejemplo, en una bandera, en un escudo, etc. De esa forma encontramos, también, que ciertos contenidos de los imaginarios no se adscriben a una connotación de clase social o interés político o ideológico determinado. Su construcción ofrece sentidos que las traspasa, produciendo símbolos, cuyos significados les son comunes aún a quienes se creen mutuamente excluyentes. Un ejemplo es el que se presenta a través de los imaginarios sobre la brujería que tanto la iglesia y el conservatismo por un lado, y el comunismo por otro desarrollaron a través de prácticas de sanción social y política.

De igual manera, los imaginarios integran formas de representación que unos sujetos se hacen de otros o de otras prácticas culturales, en el marco de relaciones de poder específicas.⁶ Incluyen elementos simbólicos y lingüísticos en su construcción que le asignan una forma de diferenciación del otro; sin que necesariamente aquél se distancie de los contenidos por los cuales es efectiva y eficazmente excluido. La satanización que la iglesia y el conservatismo hicieron del socialismo y del comunismo, por ejemplo, e incluso del liberalismo, fue realizada con un fundamento de verdad que anulaba cualquier opción de su acceso al poder por las vías institucionales. De igual manera, el liberalismo, cuando logra el acceso al poder y es apoyado por el comunismo, como en el caso del gobierno de Alfonso López Pumarejo, representa a la otra parte como el gestor de un afán totalitario, entronizado en el fascismo, en ese momento en ascenso. Los signos institucionales y culturales, que introdujeron en el largo período de la llamada república conservadora, eran construidos como la imagen de los símbolos que se había de superar para obtener la sociedad por la cual luchaban. Es así como encontramos que la lucha política no entra en juego únicamente por el proyecto político racional que cada bando interpone como apuesta al futuro social. Las relaciones de poder se configuran también con los encantos y desencantos, reconocimientos y desconocimientos, silencios y soledades, signos y símbolos de adhesión o de sanción de los seres humanos en circunstancias determinadas.

En estas condiciones, la cotidianidad no podía ser desplazada; puesto que es en el manejo del púlpito, en la rutinaria práctica de la confesión, en las obligatorias visitas pastorales que la

iglesia construyó el imaginario satánico de las fuerzas que emergían en el convulsivo contexto social y cultural. Fue en los espacios del paro laboral, de la huelga obrera, de la movilización en las calles, de la celebración de los primeros de mayo, donde el socialismo fue despojando del carácter sagrado el hábito católico que se ponía a diario el ciudadano común y corriente. A su vez, a través de esas prácticas fueron dándole vida a otros rituales y a otras formas de religiosidad, como diría José Carlos Mariátegui. Fue el escenario de muchas elecciones el que radicalizó la representación que unos tenían de otros: los liberales de los conservadores y los socialistas; estos de aquellos, etc.

Sabemos que esto requiere un trabajo a fondo y, en perspectiva, multidisciplinario; sin embargo, intentamos una aproximación sin la pretensión de llegar a conclusiones absolutas o dar por agotado el proceso de la investigación. Al contrario, sentimos que se abre un campo de expectativas hacia el desarrollo de las líneas problemáticas que aquí se esbozan y los sentidos de significación que inevitablemente se multiplican.

Nos guió en la investigación la identificación de los siguientes problemas centrales. Primero, la dificultad para desarrollar una alternativa política socialista en Colombia en el siglo XX radica en la urdimbre de una cultura política dominante que hizo imposible su desarrollo. En la cual lo relacionado con el arraigado catolicismo era una muralla difícil de superar. Segundo, las prácticas políticas de los actores sociales socialistas carecieron de la acción y cohesión suficientes que los situara estratégicamente frente al poder; circunstancia que los condujo a producir sus propios mecanismos de destrucción. Tercero, los discursos y prácticas socialistas introdujeron fragmentos de una cultura política que inevitablemente establecieron entrecruzamientos con la urdimbre de las otras culturas políticas presentes en la sociedad en el período histórico estudiado.

En términos de la continuación de la investigación anterior nos circunscribimos al período 1930-1958. Pero, no es sólo por esta secuencia; sino también porque se inicia a partir de la identificación del cambio en las relaciones de poder en las clases dominantes, por medio del

⁶ Una aproximación en este campo es la que nos ofrece Le Goff en el capítulo: "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?" de su libro *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. (Le Goff, 1994)

control del Estado por parte del liberalismo, al acceder al gobierno nacional Enrique Olaya Herrera, en agosto de 1930, en lo que se llamó la República Liberal; con lo cual el dominio conservador tuvo un receso hasta 1946. Principalmente producido por su división, a través de dos prestigiosas figuras: el poeta Guillermo Valencia y el general Alfredo Vasquez Cobo. Resultado, a su vez, de dos tendencias en el interior de esa organización partidaria. Ese año también marca la redefinición del socialismo revolucionario, con la extinción de su partido, por la vía de una orientación comunista; tal como lo había exigido la Tercera Internacional Comunista.

Podría terminar el período con el golpe de Estado de 1953. Sin embargo, el trabajo muestra como el control del poder por parte de los militares se dió con el respaldo de sectores significativos y mayoritarios de los partidos liberal y conservador. Así la supremacía de uno o de otro hubiera sido muy corta por las características que adquirió el régimen militar. Ellos creían que podrían participar libremente en el aparato burocrático del Estado y que la excepción del control militar solo se mantendría hasta la terminación del período de gobierno del mandatario derrocado; es decir, agosto de 1954. Aún el artificio del presidente militar, Gustavo Rojas Pinilla, de legalizar su continuación por otro período, por medio de la Asamblea Nacional Constituyente, convocada por el gobernante anterior, Laureano Gómez, produjo inconformidad, más no una reacción radical que socabara sus cimientos.

Por ello se ubica como cierre del período de la investigación el año de 1958, puesto que es el inicio de un acomodamiento de las clases dominantes en el poder, a través de una negociación que dio como resultado el Frente Nacional. Racionalidad sobre el Estado que fue totalmente excluyente y sancionatoria de cualquier opción socialista. Todo ello dió paso a una reconstrucción del tejido social, -bastante deshilvanado en el largo período de violencia- desde la perspectiva de una institucionalidad impuesta por las clases dominantes que, a la postre, condujo a otras formas de violencia dentro de la sociedad. En ese año también, como se demuestra, se hacía ya inevitable la formación de organizaciones guerrilleras con cubrimiento nacional, y con una orientación socialista y marxista, a partir de los grupos de autodefensa campesina que se formaron desde fines de la década del 40.

Formas de organización forzadas por la cruenta lucha partidaria que se precipitó a partir de 1948 con el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. Proceso que, tal como lo demostramos, se puede rastrear desde el momento mismo de asunción de la república liberal. Cuya huella de más larga duración se puede encontrar en las guerras civiles que sólo terminarían al iniciar el siglo XX. Así mismo, es el año en que claramente se dibujaban ya las contradicciones en el seno de las organizaciones existentes que producirían otras organizaciones comunistas y socialistas, y que favorecerían alternativas organizativas como las que se derivaron luego del triunfo de la Revolución Cubana.

El primer capítulo da cuenta de los imaginarios y las formas de representación de la iglesia y el conservatismo sobre el socialismo. Lo hacemos extensivo a algunos sectores del liberalismo puesto que, en muchos aspectos, como en los desarrollados por Gaitán y Alfonso López Pumarejo, reivindicaban postulados socialistas o hacían alianzas con organizaciones que defendían esa ideología y con el comunismo. Además un imaginario produce formas totalizadoras que muchas veces no se detienen en un destinatario específico. Es decir, incorporan dentro de su formación elementos que parecieran ser contradictorios. Por eso, aunque el liberalismo declarara no pocas veces sus diferencias sustanciales con el comunismo, el imaginario católico y conservador los incluía dentro de los mismos parámetros en que ubicaba a socialistas y comunistas.

El segundo capítulo se centra en el estudio del Partido Comunista; pues esta fue la organización que más recreó dentro de la sociedad los postulados del socialismo marxista; más no del comunismo en cuanto tal. Hicimos el estudio de acontecimientos en que éste fuera protagonista, como la recreación del mito de los orígenes en su fundación. Sus relaciones orgánica con la III Internacional Comunista, y simbólicas con uno de los mitos que fueron el centro de su imaginario político. Su condena a la brujería. Su representación inicial del liberalismo como un enemigo y su posterior entrega al ejercicio de sus decisiones. Su rechazo visceral a Gaitán y su doctrina, y la reiterativa asunción de sus "errores" para acompañarlo en los últimos días de su vida y compartir con el pueblo su elevación a símbolo,

tras su asesinato, que condujo a una rebelión popular. Por último, su ilegalización y desvanecimiento en el gobierno militar del General Gustavo Rojas Pinilla.

El tercero y último capítulo⁷, registra los discursos y prácticas del socialismo, o los que le fueron muy próximos, como en el caso del gaitanismo, que se produjeron paralelos al comunismo, en diferentes momentos del período. Enfatizamos más en el discurso y en las formas de representación del régimen, del Estado, de sus aliados o del tipo de sociedad por el cual luchaban. Aunque el entrecruzamiento de los diferentes tiempos en los cuales aparecieron en el período con los de los otros discursos y formas de poder hacen que las diferentes prácticas culturales, económicas, políticas y sociales les sean transversales a todos sus procesos de formación y de fenecimiento.

En síntesis, intentamos hacer discurrir imaginarios políticos y sociales de y sobre el socialismo, y fragmentos de sus discursos en tres actos. Cada uno de los cuales es deshilvanado en el recorrido del período a través de acontecimientos en que se definen su razón de ser.

⁷ Este capítulo hace mayor énfasis en el discurso político que en los imaginarios, en cuanto tales, que produjeron o en los que se inscribieron. Su efímera vida y su rápida asimilación, en no pocos, casos por el aparato de Estado, dificultaron un mejor acceso a las fuentes. En efecto, la mayoría de los grupos tuvieron solo uno o dos años de existencia, tiempo que lo mantuvieron en un forcejeo entre afianzar lo que los diferenciaba del comunismo y lo que los distanciaba del liberalismo que consideraban más próximo. Por eso, se hace más notorio el artículo de periódico y una que otra entrevista en los diarios en que los dirigentes daban cuenta de lo que se proponían crear. De allí que no hubo tiempo para configurar propiamente imaginarios o rasgos fuertes de la cultura política de resistencia que se tejía en la marginalidad. Sin embargo, es un campo abierto a la continuación de la investigación.

CAPITULO I

SATANIZACIÓN¹ DEL OTRO

El proceso de formación de organizaciones socialistas en Colombia, de una ideología en esa dirección, de un imaginario político y social y de una cultura política correspondientes se produjo en interlocución con expresiones de la vida política, social y cultural del país. Son muchos los temas o problemas que en este sentido se podrían trabajar. Sin embargo, optamos por analizar algunos ejes problemáticos de los discursos y prácticas de la iglesia católica y del conservatismo en lo que se relaciona con discursos y prácticas de los socialistas. La elección no establece una relación de prioridad, en cuanto ellos fueran superiores a los producidos por el liberalismo, sino que atiende más al significado que pudo tener en la formación cultural el hecho de que fueran dominantes dentro de la nación por un período bastante largo (1886-1930).

Le Goff plantea que el simbolismo del poder en la edad media, representado en la “corona, el trono, globo imperial, el cetro, etc., tenía sus profundas raíces en una semiología religiosa que convertía la esfera política en una provincia de lo religioso”. (Le Goff, 1994: 168) Esta situación medieval no se aparta notablemente de la tradición histórica que Colombia recibió en el siglo XX de los siglos anteriores, y se convierte en una opción de análisis de lo que queremos trabajar. Pues, efectivamente, ese período muestra signos claros de cómo la política se expresaba como un espacio de lo religioso. A su vez, cómo lo religioso resignificaba las prácticas políticas que intentaban alguna autonomía. Una expresión de ello es la Constitución de 1886 que consagró a Dios y a la iglesia católica como base o fundamento del Estado, la nación y el pueblo. Las acciones del gobierno, de mayor

¹ Es entendida en este trabajo como todo proceso de simbolización, semantización y acción cultural que asocia con satán toda práctica, discurso o expresión cultural que atente, así se cree, contra los fundamentos doctrinarios e institucionales de la iglesia católica y sus adláteres. Construcción que no está circunscrita al período que se estudia, pues Norman Cohn lo registra ya desde el siglo IX, en su capítulo “Las huestes demoníacas” de su libro *Fin de Milenio*. Además muestra como se va cargando de sentido, al pasar de una construcción surgida en la lucha contra el islamismo a la confrontación con los judíos, y luego los pobres. Resaltando que no era estructurado simplemente con una carga social, política o religiosa, sino que se fue rápidamente extendiendo a aspectos simbólicos, culturales y lingüísticos. (Cohn, 1997: 74-83)

significado, estaban precedidas o acompañadas de rituales religiosos. En la práctica, el gobierno sólo efectuaba la acción que era bendecida por la iglesia.

Es factible aceptar que ni el Partido Conservador ni la iglesia católica fueran monolíticos ni homogéneos en sus discursos ni en sus prácticas durante los periodos en que fueron dominantes. Sin embargo, en los aspectos fundamentales de construcción de una representación del otro: el liberal², el socialista o el comunista, no presentan las fisuras que pudieran ponerlos en crisis durante este periodo. La pérdida del control del poder en 1930, por contradicciones internas en la organización conservadora y por indefiniciones dentro de la iglesia, que también expresaban matices dentro de ella, reforzó, si se quiere, los aspectos constitutivos de su imaginario. De todas maneras, nos interesa analizar aquello que irrigó en el conjunto social y que, al mismo tiempo, los alimentó para redefinirse o reafirmarse. Sin que ello dé lugar a la reducción del análisis a una especie de "aparato ideológico" que ejerciera su función para favorecer intereses de una clase que se encuentra en el poder. Aunque, no dudamos que, en mucho, eso fue lo que sucedió. Además, es factible que esta amplia cobertura de los imaginarios construidos por la iglesia católica y el conservatismo sean los que expliquen, en gran parte, la multiforme problemática del presente en Colombia.

La transición hacia el control del poder político e institucional por parte del liberalismo, produjo un cambio fuerte en las conductas y prácticas de los conservadores y de la iglesia que afectaron directamente la construcción de discursos, prácticas e imaginarios socialistas, y de sectores del liberalismo. El predominio de un sector de aquella orientación política, dentro

² En el caso de este trabajo no nos reducimos al campo de la representación. Solo es una parte de la formación de un imaginario. Nos interesa también, la comprensión de la otredad en su significado ético, que comporta inevitablemente implicaciones políticas. Partimos de la tesis del filósofo colombiano Estanislao Zuleta del carácter conflictivo del sujeto y de la sociedad, (Zuleta, 1992: 47) que, a su vez, fundamenta en Kant y en Marx. Ello quiere decir que su aceptación no permite universalismos o absolutismos que conduzcan a imponer conductas etnocentristas, como bien lo plantea Todorov. Sin embargo, eso no anula la construcción de la otredad que implica la formación social del sujeto. Es decir, el individuo sólo se reconoce como ser humano en los otros. Tesis que en Rousseau y en Kant podrían derivar a un universalismo excluyente, totalizante; pero que, sin embargo, abre las puertas a que "la unidad del ser humano sea reconocida, pero también tiene que ser la heterogeneidad del cuerpo social". (Todorov, 1991: 439) Se plantea así la posibilidad de una ética en que el reconocimiento del otro no es a través de su eliminación, como sucede en este caso, el de la satanización, sino a través de la aceptación de la diferencia, de la pluralidad, de la "heterogeneidad". Cuyo eje básico es la tesis de "la libertad como rasgo distintivo de la especie humana". (Todorov, 1991: 438) El filósofo italiano Angelo Papacchini, radicado en Colombia, diría que es "la lucha por el reconocimiento". (Papacchini, 1997:183-220)

de la llamada República Liberal radicalizó los llamados al orden, al “rescate de la civilización amenazada” y al endurecimiento de las formas del ejercicio de la política, estimulados por el avance del fascismo y el nazismo en Europa y su desenvolvimiento en América Latina. Por eso, cuando en 1946 el conservatismo tomó de nuevo las riendas del poder, la sangre se hizo espíritu (Perea, 1996) para redimir a la nación de la larga y negra noche del período liberal. Así, la sangre derramada en la indetenible profundización de la violencia, atizada con el asesinato de Gaitán, no hacía más que retornar la vida misma de Jesucristo que dio su sangre para redimir a la humanidad. Expresiones que los signos del tiempo histórico harían contradictorias porque rápidamente el oleaje destructor incorporó dentro de sí a partidos, instituciones, personalidades y prácticas que habían prohijado los instrumentos del desorden. Tanto que por primera y única vez en ese siglo el país experimentó un golpe militar (1953) avalado por la iglesia, el conservatismo y sectores del liberalismo. Forma autoritaria que nuevamente se volvió en su contra cuando se vislumbró la tendencia personalista y caudillista de Gustavo Rojas Pinilla, el militar que se había tomado el poder. De esta manera se pueden establecer diferentes sentidos de significación que se construyeron en ese proceso y que le dieron una expresión particular a las relaciones de poder y a las prácticas e imaginarios de esas nuevas organizaciones, ideologías y discursos que bajo el nombre de socialismo o comunismo eran representados como una amenaza para el orden construido y la sociedad por crear.

1.1. EL REINO DE DIOS ES NUESTRO

Si bien en los procesos de independencia de Colombia hubo participación de algunos clérigos en contra de la corona española, la institución eclesial como tal fue reacia a ello y mantuvo un permanente forcejeo con las fuerzas que ya adoptaban principios liberales y que luego, a nombre de un denominado liberalismo radical, pretendieron prohijar una liberalización del país después del rompimiento de la estructura virreinal. Si hay algo a lo cual se le pueda llamar modernidad, al promediar el siglo XIX, es a ese intento de liderar una transformación del Estado en aspectos fundamentales. Particularmente, orientado a confrontar las formas inquisitoriales y confesionales que estaban bien arraigadas en la

conducta de la jerarquía eclesial, en las fuerzas políticas y sociales que luego se orientaron por el conservatismo, y en no pocos de sus seguidores. De tal manera que la independencia de la iglesia respecto del Estado, la educación laica, la libertad de pensamiento y de cultos, no fueron mas que jirones de banderas que no pudieron ser remendadas para ser estructuradas en un proyecto estatal y cultural en el siglo pasado. Solo en un período se aplicaron esas directrices: 1863-1886, iniciado con la denominada constitución de Rionegro y orientada por el liderazgo del Liberalismo Radical. Sin embargo, este proceso se había iniciado un poco antes en el gobierno de José Hilario López, se extendió al de José María Obando y se radicalizó con el golpe militar y el corto gobierno de José María Melo en 1854. Tendencia o corriente que fue atravesada por las constantes guerras civiles que se produjeron hasta iniciado el siglo XX.

Al parecer, sólo en este corto período hubo una relativa correspondencia con lo que John Lynch argumenta que sucedió en Latinoamérica, en lo relacionado con una “ruptura básica con el pasado y con la iglesia” por la instauración de un Estado liberal. (Lynch, 1991: 67) Pero no en cuanto que esa tendencia lograra una hegemonía en relación con su proyecto, sino porque el control del aparato de Estado permitió el intento, y no más que eso, de generalización a toda la república de una ideología liberal. Sin embargo, la Carta Constitucional de 1886 dejó para la historia el registro de aquellos proyectos. Introdujo un tipo de centralismo que fortaleció el Estado oligárquico, por lo cual no resolvió el permanente recurso a la confrontación bélica para solucionar los conflictos. Tanto así, que no sólo siguieron las confrontaciones locales sino que, al finalizar el siglo, el país tuvo que vivir la tan estudiada “guerra de los mil días” cuya consecuencia mas conocida fue la separación de la Provincia de Panamá, que luego fuera reconocida como nación y estado independiente.

La referida carta constitucional estableció la religión católica como la oficial de la nación colombiana y facilitó que la institución eclesial se entronizara en el Estado, ratificado por el Concordato firmado por el Vaticano en el siguiente año de 1887. Esta orientación se articulaba con la tendencia de mayor conservatización del pensamiento católico que se había producido en América latina desde mitad de siglo. (Lynch, 1991: 68) Con la diferencia de

que aquí se produjo en un contexto diferente de la mayoría de países por la injerencia real de la iglesia en el Estado. Eso hizo que fisuras producidas entre las órdenes religiosas ya fuera para tener un control en las zonas de misiones, como en el caso de los capuchinos, o el impacto que produjera la expulsión de los jesuitas y su ulterior retorno, no alteraran significativamente el orden de la dominación. Mas bien, le daban otro contenido a las relaciones de poder. De la misma manera, los distanciamientos, rupturas o resistencias a directrices eclesiales y la obediencia de cumplir con algunos rituales por parte de diferentes actores sociales, eran también fragmentarios; sin llegar a desarticular la forma de control que se había instaurado como dominante.

Así se explica, por ejemplo, que el calendario de los días festivos tuviera que ser reordenado y recortado por la iglesia por diferentes reacciones de los católicos, como muestras de inconformidad, desacato, indiferencia o burla. (González Perez, 1993: 23-34) Entre los argumentos se invocó el impacto sobre la economía de las suspensiones laborales y la alcoholización de las celebraciones³ que, además de la adicción, incidía notoriamente en acciones delictivas. Sin embargo, su readecuación no destruía los ejes centrales de la simbología de la satanización y construcción del otro. Es factible pensar, incluso, que esta economía en el uso del tiempo y la proliferación de rituales llevara a un fortalecimiento de la sacralización de las prácticas que quedaban como expresión de su condición católica. Circunstancia que se veía fortalecida con la jerarquización de los rituales, como se produjo con la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús en la década del 80 del siglo XIX. Primero en los municipios, luego en los departamentos y, por último en la nación, en el siglo XX. Devoción que se había introducido en 1739 en el Nuevo Reino de Granada y socializado en las gestas de la independencia. (Henríquez, 1996: 82)⁴

³ Planteamiento aportado en sus recomendaciones por la historiadora colombiana Zamira Díaz, especialista en la colonia y la primera parte de la República.

⁴ Cecilia Henríquez, en su libro *Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia. Un estudio histórico-simbólico* hace un buen análisis de cómo surge la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en Europa, la devoción a él que la iglesia promueve o impone, y la forma como se introdujo en América Latina y Colombia. Plantea que el Papa León XIII lo convirtió en un símbolo contra el ateísmo y "lo que con él se relacione". Encuentra que "las organizaciones masculinas de la imagen, son una respuesta a la necesidad que tiene la iglesia de organizar a los laicos, necesidad que se hace mayor a partir del triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917 y que genera la apertura de un frente de lucha contra el comunismo". (Henríquez, 1996: 125) Llega a una conclusión polémica, pues afirma que "el Sagrado corazón no es un

Así mismo, un estudio sobre el matrimonio (Urrego, 1993: 201-218) muestra que desde la Regeneración, y aplicado a las normas jurídicas que hemos enunciado, el matrimonio católico se identificó como una forma de control social. Su práctica permitía desarticular uno de los objetivos centrales de la lucha de los liberales: el matrimonio civil. Además facilitaba la discriminación social por el señalamiento que se hacía a quien no lo hiciera. Los sacerdotes utilizaban los sermones para desacreditar las uniones libres y presentar a sus parejas como signo del mal. Sus hijos muchas veces no podían ser bautizados y en no pocas veces, si se aceptaba hacerlo, únicamente admitían un padrino del sexo del niño. En tanto que la educación estaba en manos de la iglesia, el acceso a ella se obstaculizaba para quienes no certificaban el matrimonio católico.⁵ La investigación da cuenta de que hubo “resistencia popular” a su aplicación. Al hacer el investigador seguimiento de los matrimonios en una parroquia, encuentra que la mayoría de ellos provenía de parejas que ya habían vivido en concubinato. (Urrego, 1993: 211) Esto indica que no acataban una de las orientaciones básicas de la iglesia y factor para constatar los fundamentos de fe de los fieles. Pero quienes lo hacían no lo consideraban como “debilidad o falta de fe”, ni “reprochable”. Lo que algunos denominan “catolicismo popular” podía distanciarse, en ciertos momentos, de expresiones o prácticas de lo central dominante de los discursos eclesiales, pero no ponía en jaque los supuestos que los sostenían ni debilitaba el piso sobre el cual reposaban.

A partir de la nueva constitución, en la acción política el Partido Conservador no sólo tuvo el control del Estado de manera continua de 1886 a 1930, sino que se respaldó en la doctrina eclesial y en su absorbente aparato institucional para tener un mayor control de la vida política, social y cultural del país. Historiadores como Gerardo Molina ubican allí, en el

símbolo de religiosidad popular. Por el contrario, es un símbolo de poder. No surge de abajo hacia arriba, no surge de las clases populares, sino que se impone desde las instituciones que están en manos de las clases altas del país”. (Henríquez, 1996: 126) Como si su contenido religioso le impidiera ser, al mismo tiempo un signo de poder y, por tanto, tener su significado político.

⁵ Tanto que aún ahora se conserva. En 1993 realizamos un trabajo de campo y de capacitación en derechos humanos en una región indígena de la etnia paez, al sur de Colombia. Los participantes identificaron como uno de sus problemas centrales la discriminación y la sanción social que la iglesia del lugar tenía respecto de la educación. Principalmente porque la práctica tradicional de “rejuntaimiento” de las parejas y no del matrimonio católico, privaba a sus hijos del derecho a la educación porque comunidades religiosas católicas controlan el único colegio de bachillerato y las dos únicas escuelas de primaria en el Municipio de Paez, Tierradentro, y exigen el acta de matrimonio de la iglesia para poder ser admitidos. Hecho que demuestra una continuidad, al terminar el siglo XX, de algunos de los aspectos que venimos analizando, en algunos lugares del país.

poder de las altas jerarquías católicas, la definición de muchas de las conductas de los diferentes gobiernos conservadores. (Molina, 1978: 141) Pero es quizá necesario profundizar más en este aspecto: la iglesia católica impuso parámetros morales, valores sociales, orientaciones educativas, conductas sexuales, perfiles políticos que predominantemente se identificaban con el partido conservador; en fin, toda una formación cultural, estructurada hasta en los más relegados espacios de la cotidianidad. Es más, no era generalmente el Estado el que introducía elementos de formación de la nacionalidad, era la iglesia supranacional la que tejía las redes de identificación con lo colombiano, hasta donde esta afirmación pueda ser admisible y, por tanto, demostrable. Sin que esto quiera decir que ella se hubiera distanciado de su dependencia de Roma.

De allí que la hegemonía conservadora que dominara hasta 1930 tuviera como su soporte principal la jerarquía eclesial y toda su cleresía. Es factible que en su interior se produjeran fisuras, como lo anota Fernán Gonzalez, cuya mayor expresión fuera la indefinición para decidirse a qué candidato apoyar en las elecciones de 1930. (Gonzalez, 1989: 352) Sin embargo, es posible identificar formas de representación dentro de los sacerdotes y los fieles por medio de las cuales se nota claramente la formación de imaginarios que se corresponden con discursos a través de los cuales se formulaban elementos ideológicos o doctrinarios, de manera dominante. Incluso, atravesaron la historia hasta encontrarlos en acontecimientos recientes como el de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991; en que de nuevo afloraron las discusiones sobre el matrimonio civil, el aborto, el concordato y el papel de la iglesia en la educación. Así, en general, hasta los inicios de la década del treinta, que se corresponde con el comienzo de la llamada República Liberal, hay la tendencia a una constante identidad entre el partido conservador y la institución eclesial, en relación con los imaginarios sociales que se formaron sobre el liberalismo y el socialismo. Así se produjeran matices discordantes con esa orientación. De tal manera que la construcción que elaboraban de la realidad partía de su verdad, y de la representación que se hacían del otro.

Teniendo en cuenta que “la representación implica separación, distancia; establece jerarquías; cambia a aquellos a cuyo cargo se halla” (Balandier, 1994: 23), los supuestos

teológicos y las doctrinas eclesiales servían de fundamento para descalificar al oponente y hacerle saber que ni siquiera era considerado como súbdito. Y no de cualquier manera, porque los identificaban como los agentes de las fuerzas apocalípticas que inevitablemente conducirían a la destrucción de la sociedad. Construyendo así una fuerza que se le opusiera, un poder que lo confrontara, fincado en la misma verdad que defendía y en la institución que la respaldaba. De este supuesto se podía derivar cualquier cosa; como en efecto sucedió con las fuerzas de la violencia que se fueron desplegando en el país. Quedaba claro, eso sí, que este mundo era para recrear y preparar el divino y, como tal, solo pertenecía a quienes respaldaban los signos y doctrinas redentoras.

La interiorización del poder que la iglesia tenía, tanto por sus jerarcas y el clero, como por muchos de sus fieles, no solo produjo un control del Estado sino también del conjunto social. Se trataba de darle continuidad a la posesión que históricamente había asumido, pero en la perspectiva teleológica de ser la única institución garante del porvenir. Por eso, no es extraño que, antes de que surgieran expresiones de socialismo y de comunismo, ella hubiera enarbolado la bandera del saneamiento moral de la sociedad anticipándose al mal que, según ella, corroía a no pocas sociedades y países europeos. Gerardo Molina plantea, en *Las Ideas Socialistas en Colombia*, que este país tiene el no muy sano privilegio de que se formara antisocialismo y anticomunismo antes del desarrollo de organizaciones y pensamientos socialistas y comunistas. En particular por una reacción a las expresiones del liberalismo del siglo pasado, que esbozamos anteriormente. El mismo autor lo explica argumentando que

Los granadinos que iban a Europa en los años cuarenta volvían con noticias horrendas: allá habían visto obreros que se atrevían a pedir aumento de salarios, en vez de agradecer el empleo que se les daba; los granadinos que iban a Europa en los años cuarenta volvían con noticias horrendas: había organizaciones tenebrosas llamadas sindicatos que ponían en duda el sagrado derecho del patrón a reglamentar la empresa y, lo que era más escandaloso, había escuelas políticas que defendían tamañas aberraciones. (Molina, 1987: 139)

No era sólo la mirada en el espejo europeo la que producía esta conducta sanitaria en lo moral. La tradición eclesial de combate a todo lo que no se inscribiera en sus doctrinas y en sus conductas, de la manera que fuera, se remontaba mucho más atrás de la inquisición. La

confrontación a los paganos, por ejemplo, antecede a la presencia del mismo Jesucristo, que le dio nacimiento a la religiosidad que se impuso en occidente. Luego, la persecución a todo aquello que era identificado como brujería (Ginzburg, 1991: 63-80) arrastró consigo la construcción de imaginarios con los cuales hicieron extensivos a otro tipo de prácticas los males que encontraban en ella. En lo que corresponde a América Latina, son prolíficos los ejemplos de la forma como impuso a sangre y fuego su doctrina, su cultura y su institución; independientemente del reconocimiento que se le pueda hacer a otro tipo de valores que introdujo.

De igual manera, su relación con el Estado monárquico no sólo estuvo representada en los símbolos de la espada y la cruz en los procesos de descubrimiento, conquista y colonización sino también en no pocas funciones de organismos virreinales que respaldaban los requerimientos eclesiales. Según John Lynch, fue algo que se generalizó e impuso para América Latina, porque “la tradición religiosa ibérica favorecía una iglesia privilegiada y controlada por el Estado”. (Lynch, 1991: 65) Aunque las características que estamos registrando le dan una especificidad muy especial a la iglesia colombiana. Lo cual explica, de cierta manera, que se haya mantenido como dominante, en permanente contubernio con el Estado; a pesar de los cambios radicales que se produjeron en la mayoría de países del continente. Particularmente, nos interesa destacar que esta práctica se fortaleció con la creación de la Inquisición en el siglo XIII por el Papa Gregorio IX, autorizada a los Reyes Católicos por el Papa Sixto IV en 1478, para que se implantara en España, y establecida en América Latina en 1519, por intermedio de Felipe II. (Martínez García, 1998: 8) Su objetivo fundamental fue “Juzgar y castigar hechos o dichos ‘contra nuestra santa fe católica, ley evangélica que tiene y enseña la Santa madre Iglesia Católica Romana o contra el recto y libre ejercicio del Santo Oficio”. (Sacristán, 1992: 22) A través de ese instrumento se hacía la persecución a todo lo que olierá a herejía, y cuando el mismo tribunal de la inquisición no asumía las funciones que le fueron asignadas, en la Nueva Granada, se las trasladaban a los propios jueces civiles.

Así nos lo indica uno de tantos casos presentados antes de que se produjera la independencia de España y se constituyera la república como tal. Es “El proceso contra la india Nicolasa de Acosta por cargos de hechicería y maleficio. Suata, 1778”. (Cultura Popular, No. 2, 1990: 35-38) En él se consigna el proceso a que fue sometida la indígena por acusaciones de una mujer que percibió que ella le estaba quitando su esposo con prácticas de brujería. Allí aparecen los diferentes testimonios y la orden de remisión del juez a un tribunal superior porque encontró que “tiene habilidad para hacer maleficio, y conoce las yerbas con que se hace y se cura”. Conducta que puede identificarse como hereje, consagrada claramente en *El Manual de los inquisidores*, cuando establece que son heréticas “todas las prácticas que en sí mismas comportan acciones heréticas, como el bautismo de imágenes y la invocación o el culto de diablos o de ídolos.” (Eimeric, 1996: 80) Cuando este caso fue enviado al Alguacil mayor y familiar del Santo Oficio fue devuelto para que lo juzgaran los jueces civiles.

Aunque el testimonio no hace referencia directa a una práctica política, sí muestra una forma de sanción institucional y normativa por medio de la cual se consagraba una verdad respaldada en los parámetros doctrinarios de la iglesia. y que, en cuanto tal, no era extraña a la que se asumía en contra de las acciones políticas y doctrinas, cuando eran contrarias a la iglesia. Adquiría así un sentido político que le daba cimiento al contexto cultural y social en el cual se realizaba.

Las guerras religiosas, la lucha contra los hereéticos, la inquisición y la gran caza de brujas en los siglos XVI y XVII forzaron la expulsión de los antiguos elementos paganos de los sincretismos religiosos del pueblo y la proscripción y eliminación de creencias y prácticas mágicas tradicionales, relacionadas con los antiguos cultos de la naturaleza, la fertilidad y las deidades arcaicas. (Bernhard, 1990: 31)

Así, era herético el uso de las yerbas para los tratamientos de enfermedades y para muchos otros usos, como lo hacían frecuentemente los indígenas, porque contrariaba el fundamento de verdad que la iglesia imponía a la sociedad en este aspecto. A la vez, lo era porque implicaba un desafío a su ejercicio de dominación; lo que obligaba a su castigo. Mucho más si asumimos que “la brujería nace de la desmesura, del inconformismo, del conflicto, del rechazo a aceptar las restricciones propias del lugar que cada cual ocupa en la sociedad”.

(Balandier, 1994: 111) De todas maneras, las doctrinas, prácticas, objetos, cosas, etc. condenados por la iglesia tienen diferentes expresiones a través de la historia. Quizá la máxima se encuentre en la inquisición. Sin embargo, muchos de ellos se hacen extensivos a prácticas nuevas y arrastran consigo ese acumulado que la memoria reproduce en cada uno. Por ejemplo, la brujería fue perseguida por la iglesia desde antes del siglo IX, y muchos de los elementos que justificaron su acción se reproducen en la representación que hace del liberalismo y del comunismo en pleno siglo XX.

De hecho, toda doctrina o práctica nueva era confrontada como una amenaza no sólo para la estabilidad de su institución y el mantenimiento de sus doctrinas sino también para la misma civilización y el orden social. Ginzburg nos lo amplía en relación con la brujería, transcribiendo parte de una bula papal de Alejandro VI, del 4 de septiembre de 1409:

Hay también en la misma zona -seguía la bula-, muchos cristianos y judíos, que practican la brujería, las adivinaciones, las invocaciones diabólicas, los conjuros mágicos, supersticiones y artes malvadas y prohibidas, con lo que pervierten y corrompen a muchos ingenuos cristianos; judíos conversos que más o menos a escondidas vuelven al antiguo error, intentando además, difundir entre los cristianos el Talmud y otros libros de su ley. (Ginzburg, 1991: 68)

Plantado así, se puede establecer claramente que si allí se confrontaban la brujería y la actividad de los judíos; acá, gran parte de los mismos argumentos se sostuvieron en los siglos XIX y XX cambiando referentes simbólicos y doctrinarios como el Talmud por los textos de la Ilustración o el *Manifiesto Comunista* de Marx; o las prácticas esotéricas por la lucha política de los liberales.⁶

De allí que, en lo relacionado con lo político, enfrentara primero, en el contexto nacional, al liberalismo, desde el momento mismo de su surgimiento, y luego al socialismo y al comunismo. Aunque muchos de los argumentos y símbolos del rechazo fueran similares para las tres opciones políticas. Darío Acevedo afirma que se pueden encontrar respaldos teóricos

⁶ María Cristina Sacristán, en su libro *Locura e inquisición en la Nueva España. 1571-1760* sostiene que "durante la Edad Media la locura pudo ser considerada una enfermedad de carácter sobrenatural y particularmente demoníaca". (Sacristán, 1992: 13) Muestra que esta tendencia mantuvo una permanente confrontación con otras que la miraban desde lo biológico o sociológico. Sin embargo, interesa destacar que la demonización se ampliaba a diferentes prácticas y que,

e ideológicos en la confrontación que la iglesia emprendió contra el liberalismo. Cuya expresión nacional fue mucho más radical por la hegemonía que la iglesia tuvo en su relación con el poder político y la amplia cobertura que tuvo de la geografía nacional. Particularmente el autor encuentra esos fundamentos en

Las directrices del Vaticano y de los concilios de la época, que expresan en términos teológicos la reacción ante los “excesos” revolucionarios de las tendencias liberales en varios países europeos y, especialmente, los ocurridos en Francia de 1789 y 1848, así como el rechazo a los postulados positivistas y secularizantes de la filosofía de la Ilustración. (Acevedo, 1995: 139)

Ampliado este soporte con las encíclicas de Pío IX, especialmente *Quanta cura*, de diciembre de 1864, con su anexo el *Syllabus Errorum*. En éste

“condenaba el liberalismo, el laicismo, la libertad de pensamiento y la tolerancia. Condenaba específicamente la educación laica y la idea de que las escuelas del Estado se liberasen de la autoridad eclesiástica”. (Lynch, 1991: 77)

Aunque, como fue planteado antes, hay que mirarlo no solo en el debate científico o filosófico sino también en los signos que le dieron estructura a símbolos y discursos que atravesaron los soportes ideológicos que pretendían defender o implantar. De todas maneras, la iglesia logró así establecer los ejes estructurales con los cuales le dio fuerza a un imaginario que proyectaba para toda la sociedad. Estructurando un dobleobjetivo. El más inmediato era darle cohesión al conservatismo y a su creyente base social con la finalidad de que conjuntamente, fieles católicos y militantes políticos, hicieran valer lo que consideraban la base misma de la civilización. El segundo era el otro, aquél que pretendían detener o destruir.

De esa manera se produjo una representación del otro, su contricante, como aquél que no escapaba de ser parte constitutiva de las fuerzas del mal. No pocas veces el tono y conducta apocalípticos fueron el pan de cada día en el desenvolvimiento de la cotidianidad. Primero lo hicieron con el liberalismo y luego, tan pronto tomaron fuerza el socialismo y el comunismo, lo hicieron extensivo a sus militantes. Sin embargo, se podría también ampliar a la mayoría

a su vez, la tipificación de éstas como tal servía, igualmente, para calificar otras. Es decir, que se podía catalogar como

de prácticas que la iglesia consideraba devastadoras de las bases de la cristiandad, con una recurrencia histórica que rebasaba culturas y sociedades.

De hecho, hay varios documentos que señalan como sacerdotes y fieles católicos quemaron las casas de pastores protestantes o sacaron a palos a algunos de ellos de varios lugares del país, como lo reseñaremos más adelante. Se trataba de depurar la sociedad de los “engendros diabólicos” que estaban tomando fuerza y que, por ende, debilitaban el poderío religioso y político demostrado hasta ese momento.⁷

Le Goff, desde otro ángulo, muestra como hay bases culturales que incubaron esta forma de representación. En cuanto a la interpretación del pecado y su relación con el pecador, se buscaba llegar al sujeto en su individualidad para que en ella asumiera la dimensión de la culpa, y no la diluyera en el reconocimiento que hacía de ella en la comunidad. Afirma,

Desde fines del siglo XI hasta comienzos del siglo XIII, la concepción del pecado y de la penitencia cambia profundamente, se espiritualiza, se interioriza. En adelante la gravedad del pecado se mide por la intención del pecador... Cambia la confesión, de colectiva y pública pasa a ser individual y privada..... El penitente debe explicar su pecado en función de su situación familiar, social, profesional, en función de las circunstancias y de su motivación. (Le Goff, 1987: 16,17)

Cambio que se va acentuando con el correr del tiempo y que tuvo una incidencia fuerte en el control social. Ya la relación del individuo no se establece con la comunidad o la sociedad en su conjunto sino consigo mismo, en su individualidad; lo cual hace que deba responder a un ser supremo, el juez de sus acciones. Sin embargo, la presión de la institución eclesial era tal que importaba más el compromiso que el individuo asumía con ella, que el desarrollo de su propia espiritualidad.

loco a quien estuviera por fuera de las orientaciones eclesiásticas.

⁷ Gerardo Molina, en su libro citado, *Las Ideas Socialistas en Colombia*, da cuenta de la orientación que en ese sentido adoptó el Partido Conservador. En particular al apoyar al presidente de la República Rafael Nuñez para que impusiera desde el ejecutivo la conformación de una Asamblea Nacional Constituyente que produjo la constitución de 1886; vigente por mas de un siglo. Lo cita en la simbolización que hacía del socialismo: “es la hidra mitológica cuyas cabezas mutiladas sin cesar se renuevan. Dónde está el Hércules que habrá de troncharlas radicalmente?” (Molina, 1987: 152)

1.2. SATANIZAR AL LIBERALISMO

Esto explica la recurrencia por parte de la iglesia, desde el punto de vista discursivo, a darle solidez a una argumentación que suscitara en el destinatario el temor de Dios, la duda o amenaza sobre el castigo que podría derivar de su distanciamiento de la gloria divina, y creara en él animadversión hacia todo lo que lo lejara de las disposiciones eclesiales. En últimas la “mancha” que míticamente había producido Caín para toda la humanidad seguía manifestándose a través de la culpa que la jerarquía eclesial reforzaba por las exigencias de los cambios históricos, sociales y culturales. De allí que durante un período muy largo, prácticamente desde la formación de la república; aunque en muchos aspectos se puede retrotraer a mucho antes, reconociera en el liberalismo el enemigo a destruir. Básicamente porque identificaba en él una fuente de pecado y la personificación de satán, y porque no había otras doctrinas ni organizaciones políticas con fuerza en el país que hicieran necesaria su confrontación.

Así, tan pronto el socialismo extendió sus redes en algunos sectores de la sociedad colombiana, fue considerado herético por la iglesia, al igual que el Partido Liberal, en los postulados que fracturaban su estructura doctrinaria. De allí que asumieran conductas tan radicales en su contra; aún en un período en que su desarrollo era tan incipiente que sólo se registran aisladas expresiones de su ideario y pocas acciones organizativas bajo su orientación. Robert Louis Gilmore afirma que en el período comprendido entre 1842 y 1858 se produjo un importante debate sobre el socialismo y el comunismo en la Nueva Granada. (Gilmore, 1956) Gustavo Vargas Martínez, igualmente, identifica periódicos como *El Alacrán*, *El Neogranadino* y *el Repertorio*, dentro de este mismo período, que recrearon esta discusión. (Vargas, 1972) Además, le da un crédito importante a la acción práctica de las Sociedades Democráticas, tanto en su relación con el liberalismo radical como en el breve gobierno de José María Melo en el que aquellas fueron protagonistas.

A pesar de que estas expresiones fueron producidas en la superficie de las redes sociales que se estaban construyendo, la estrategia católica y conservadora era superior. Basta nada más que registrar las consignas producidas por la iglesia católica el 5 de octubre de 1850,

publicadas en el periódico *Civilización* de la Arquidiócesis de La Nueva Granada: “Fuera socialismo!, Fuera comunismo!, Fuera régimen del puñal!, Fuera régimen del sable!”. (Molina, 1987: 140) Marca así, con ello, los signos que se llenarían de contenido en lo sucesivo; sin descartar que ya le hubieran precedido frente a prácticas y discursos que les eran similares. Particularmente interesa señalar los símbolos de violencia que son asignados a los enemigos que enjuician; siendo, al mismo tiempo, elementos justificatorios de acciones concomitantes con ello. Por eso no es extraño encontrar que las guerras civiles del siglo XIX estuvieron respaldadas en algunos de sus bandos por sectores de la iglesia o por la institución en su conjunto. Todo ello a nombre de una evangelización o de la búsqueda de garantizar los “valores de la cristiandad”.

Si bien el objeto central de este trabajo no es el estudio de la religiosidad popular, sí es importante señalar cómo ésta se rige por procesos propios no reducibles a las imposiciones que se producen desde las instituciones o desde la normatividad. Queremos indicar con esto que los procesos de asimilación y producción de símbolos, prácticas y saberes de la religiosidad construían sus propias redes en la cotidianidad. Las fiestas y rituales eran parte de la tradición popular, así en ello tuviera mucho que ver la imposición que por años y siglos efectuó la iglesia católica. La asistencia a las misas, las primeras comuniones y los primeros viernes, los votos hechos a las vírgenes y a los santos no se producían por la coacción institucional. De igual manera, la entrega de bienes en especie o dinero en las celebraciones de San Isidro Labrador, María Inmaculada, San José o cualquier santo patrono de una parroquia eran parte del ritual que se inscribía en la dimensión de la fiesta. Así, “lo imaginario colectivo y las prácticas ritualizadas bajo su gobierno no sólo suscitan una eficacia simbólica, sino que también despliegan un alcance político”. (Balandier, 1994: 101) Había allí, por tanto, una dinámica lúdica que traspasaba los colores políticos de la adscripción del feligrés a uno u otro partido político y una forma de identidad y de búsqueda de reconocimiento de los grupos y de las comunidades. Lógicamente, este sentido era aprovechado por la iglesia y por el Partido conservador e implicaba una orientación tan extensa como era el cubrimiento de su acción institucional.

Los aspectos ideológicos que identifican los “errores” del liberalismo, según la iglesia, fueron: sostener la separación entre la Iglesia y el Estado, y entre éstos y la instrucción pública, exigiendo que fuera laica y obligatoria; hacer distinción entre religión y clericalismo; definir la iglesia como una institución de carácter privado, considerar como un atentado a la libertad de pensamiento y de prensa la prohibición que hacía la iglesia de la lectura de algunos libros y folletos, negar a la autoridad eclesiástica el derecho de dirigir a los fieles en su conducta política y reivindicar el matrimonio civil en sustitución del católico. (Jaramillo, 1997: 46) Si esta fue la guía, la norma de conducta durante todo el período de la hegemonía conservadora, ¿qué no sería en aquél que fue dominado por el liberalismo?.

La práctica política del partido conservador en el poder no hacía más que fortalecer estos postulados; desde las políticas directamente centrales que asumían los gobiernos. Sólo se aceptaba la participación en la burocracia de liberales conciliadores; pero, en general, eran los conservadores quienes tenían el privilegio de garantizar su vinculación con las diferentes opciones que permitía el aparato estatal. La educación quedó bajo el absoluto control de la iglesia. En momentos en que el manejo de las riendas del poder, la manipulación de los organismos electorales, y el ejercicio de la violencia o de la amenaza no se creían suficientes para garantizar unas “mayorías” que le dieran una “legitimación” a su dominación, los gobiernos conservadores acudían al trabajo cotidiano de la iglesia en los más recónditos lugares del país. Si esto no funcionaba, recurrían al fraude, como en las elecciones de 1922, que motivó conatos de alzamiento militar dentro de una avejentada oficialidad de los ejércitos liberales del siglo XIX, que todavía clamaban revancha por la pérdida de la última guerra civil, la Guerra de los Mil Días. Si todo esto es significativo, lo es más el tejido social que la iglesia urdía en la cotidianidad. Para ello usaba el púlpito, el confesionario, la procesión, las constantes fiestas religiosas en un país consagrado al Corazón de Jesús y a María inmaculada. Utilizaban también la persistente acción social, ejercida por la iglesia desde la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII. No solo preparaban a las almas para su salvación eterna sino que construían la mentalidad de que el mejor de los gobiernos era el conservador y que la pretensión de los liberales de llegar al poder era una treta de Satanás para desviar a los católicos del camino que conducía a Dios.

Así, cuando el liberalismo tomó el poder en 1930, la fusión iglesia-conservatismo se hizo más radical y desenfadada. Aunque, de hecho, lo fue durante todo el período de la llamada República Conservadora; solo que al tener el conservatismo el control del aparato de estado, hacía aparecer cualquier confrontación como propia de las funciones que debería ejercer cualquier partido en el poder para garantizar la normalidad. Y así como dentro del liberalismo se recurría permanentemente a la imagen de la acción militar para derrocar al conservatismo en el poder; ahora éste usaba todos los espacios y símbolos posibles para desacreditar y desestabilizar al gobierno liberal. Llamando, incluso, a la desobediencia civil, y, en innumerables casos, a la violencia. Lo importante de anotar es que no lo hacía exclusivamente confrontando al régimen en su función política sino recurriendo a los símbolos que por varios siglos la iglesia había construido.

Un ejemplo es la conducta de un sacerdote contra el liberalismo, utilizando para ello la acción litúrgica y la capacidad de dominio sobre los feligreses que le daba su investidura. Hecho denunciado en una carta del gobernador del departamento de Caldas, dirigida al ministro de gobierno en enero 29 de 1932, con el cual identifica aspectos centrales de lo que se construyó en la amplia geografía nacional. En este caso, a partir de la confrontación que se produjo entre gobierno e iglesia, por el abierto hostigamiento al liberalismo e incitación a la violencia que efectuaban algunos sacerdotes en el departamento de Caldas. El gobernador expresaba:

Me permito transcribir, como rápida comprobación de lo expuesto, algunas de las frases usadas por el señor cura de Mocatán en sus pláticas dominicales, frases de cuya autenticidad tiene conocimiento el ilustrísimo señor obispo, y hay prueba completa en la gobernación: "es necesario negarles el pan y el agua a los liberales" (plática del mes de febrero); es mejor ser asesino, es menor pecado clavarle un puñal a la madre que ser liberal"(mes de marzo) "preguntelen (sic) a una mujer de barrio qué es y verán que es liberal. Luego, las mujeres de los liberales son iguales a las prostitutas. Es menos pecado ser adúltera que ser mujer de un liberal" (plática del mes de abril); "tengan cuidado los católicos porque si triunfan los liberales la iglesia la pondrán de cantina, en este copón que tengo en la mano beberán aguardiente y aquí, en el altar, dormirán con las vagabundas" (mes de abril); "a mí me han dicho que soy muy jijue, y no digo el resto de la palabra, amados hermanos míos, porque ustedes la saben, pero mucho más son ellos"(mes de mayo); "las leyes humanas

castigan el robo, pero ante Dios no es pecado robar y si es pecado ser liberal” (mes de agosto)⁸

Este caso, como muchos que se produjeron en el país, demuestra que el sacerdote no hace gala de fundamentos teológicos para desarrollar su argumentación. Pero sí de los suficientes elementos ideológicos para garantizar la sanción del otro. Establece como prioritario remover la sensibilidad del auditorio en aquello que mueve más las pasiones, con base en la formación cultural que ellos mismos habían construido. Desde el poder que les daba su investidura habían predicado “dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo”. Sostenían que la base de la sociedad era la unidad de la familia, manteniendo un “hogar cristiano”, una de cuyas razones motivaban su condena de la prostitución y del adulterio. Reivindicaban a María, la madre de Jesucristo como modelo y, a través de ella, una exaltación de la condición de madre; tanto que la figura asociada a la institución era ella: la Santa Madre Iglesia. Se unían en coro, incluso con liberales, como Uribe Uribe, para impulsar campañas que acabaran con el alcoholismo. Obligaban a sus fieles a confesar las “malas palabras”, producto del cambio en la confesión, comentado anteriormente, como lo señala Le Goff. Se oponían al robo como algo que no era propio de un cristiano. Sin embargo, todo esto era rebasado por el satán que encontraban en el liberalismo. Esta imagen de la fuerza del mal era la que personificaba al liberalismo. Ser liberal era el mayor pecado; más grave que no socorrer al prójimo, o que matar a la madre; o ser prostituta; -aunque esta conducta pareciera que también lo fuera-; ser adúltera -orientada exclusivamente al sexo femenino-; o insultar, en este caso desde el mismo púlpito, y peor que robar.

¿Qué más se puede añadir, si ahí está contenido lo fundamental del acontecer cotidiano?. Es cierto que hay una carga fuerte en lo sexual: las prostitutas son liberales y las mujeres de éstos son prostitutas. ¡Encornúdense mujeres, pero no se casen con un liberal! El templo servirá para que los liberales se acuesten con las vagabundas. Referentes que lindan con lo erótico sexual pero que están orientados a aquello que generaba más problemas en la vida familiar en los pequeños espacios de lo social. A esto hay que agregar el temor producido por

⁸ Archivo Nacional de Colombia (AN). Fondo Mingobierno (FMG). Sala República (SR). Sección (Sec.) 1a. Tomo (T.) 1024, 1932: folio (Fol.) 371. En adelante recurriremos solo a las siglas cuando se trate de referencias de archivo

el castigo divino y por el juicio final y, a la par, el carácter infalible de los preceptos papales y, por extensión, el de los jerarcas y clérigos.

No quiere decir esto que anterior a ello no se hubieran producido reacciones similares. La diferencia está en que toda acción de exclusión, eliminación o intolerancia era producida por el conservatismo desde el aparato estatal que controlaba totalmente. Y si se producía desde allí, se hacía a nombre del "orden". Por eso mismo la sociedad civil que estaba por fuera del partido conservador, si bien tenía contradicciones o ejercía la oposición lo efectuaba con el referente del gobierno. La confrontación se establecía en función de la disputa del poder gubernamental, que conllevaba el control del poder del Estado, y no entre sí, en sus diferentes expresiones. Es decir que superadas las guerras civiles del siglo XIX, pareciera que la sociedad hubiera entrado en un proceso de superación de la división que se efectuaba en torno de los partidos a través de la adscripción a caudillos o grupos familiares. Si bien todo el período de la llamada "República conservadora" se produjo con el predominio y control de este partido, en permanente alianza con la iglesia, como lo hemos planteado antes, es factible admitir que los conflictos políticos se producían en función de superar esta hegemonía. Por tanto, el objetivo fundamental era el Estado y su aparato de gobierno y no la generalización de una lucha dentro de la sociedad civil.

Es quizá esto lo que se ve favorecido con el triunfo de los liberales. No porque hubieran implantado un terrorismo de Estado, como pretendieron hacerlo ver los conservadores; ni porque éstos única y exclusivamente se convirtieran en francotiradores del gobierno liberal. Más bien se podría argumentar que más de treinta años de aparente calma de la hegemonía conservadora incubaron en la vida nacional una formación cultural que dio fuerza a imaginarios que desde años atrás, quizás siglos, estaban irrigados en el escenario nacional. Dándole piso a rasgos fragmentarios de un tipo de cultura política que ahora emergían con fuerza. Piénsese solamente en el trato dado a los nativos y a los criollos que se perfilaban en contra de la monarquía y en , la implantación, casi que por "desarrollo natural", de toda una orientación de la cultura católica.

Hay que admitir, entonces, que no se puede caer en una postura maniquea cargando a uno u otro bando la responsabilidad en el cambio de actitud que se percibe. Es cierto que llamados directos al ejercicio de la violencia no fueron tan comunes entre los liberales; pero también lo es que, desde 1930, era el partido que gobernaba y, al igual que en los gobiernos conservadores, como tal debía “garantizar” el orden. No se hacía con un nuevo proyecto político de sociedad o de Estado o con nuevas maneras de hacer política. Se llegaba al poder con la representación que se habían hecho del mismo a través de los sucesivos regímenes conservadores, y, por tanto sin una alternativa nueva más allá de algunos principios muy generales. Lo poco que los diferenciaba era que en vez de tener enfrente una iglesia que regaba permanentemente agua bendita e incienso a toda obra del gobierno, el régimen liberal tenía que recibir permanentemente la confrontación de una institución religiosa que lo colocaba como paradigma de las fuerzas apocalípticas que destruirían la civilización cristiana.

Así mismo, del Partido Conservador, que no sólo se identificaba con los postulados religiosos sino que realizaba toda la acción política necesaria para propiciar que éstos se implantaran; ya fuera desde el Estado o desde la base misma de la sociedad. Es decir, no era sólo un mandato gubernamental ni eclesial el que se obedecía. Al comportarse como imaginario era factible que mucho tuviera que ver con su origen la capacidad de dominación de las élites conservadoras y la jerarquía eclesial. Sin embargo, esa característica hacía que el mismo pueblo actuara en correspondencia, confrontando todo aquello que creía se hacía en su contra. Un razonamiento que se corresponde con ello es el que expresaban ciudadanos católicos en una carta en que defendían al sacerdote de su localidad de las acusaciones de ser instigador de violencia:

El Partido Liberal, enemigo de Dios, despreciador de su doctrina, calumniador incansable y perseguidor contumaz de sus ministros trata, por todos los medios a su alcance, de extirpar la virtud y las cristianas creencias de la conciencia del pueblo... Aprovechan la bondad y credulidad de nuestras masas para formar la trinchera que ha de servirles para llevar a cabo la destrucción de nuestras cristianas instituciones.⁹

⁹ AN. FMG. SR. Sec. 1ª, T.1024, 1931: fols: 249-250.

Se identifican así los ejes que fueron centrales en los discursos e imaginarios que confrontaron al liberalismo. El carácter ateo de la doctrina y la práctica liberal. Su confrontación a los elementos doctrinarios que le daban fundamento al catolicismo. Rechazo a la acción de la jerarquía y de la base clerical de la institución eclesial. Inversión y destrucción de los valores morales y las conductas sociales pregonadas por la iglesia católica. Todo ello tomaba diferentes expresiones; tanto simbólicas como discursivas de acuerdo con cada momento histórico y con la forma de resolución de los diferentes desarrollos de las relaciones de poder. Sin embargo, cuando el liberalismo tuvo el control del poder e inauguró, con Enrique Olaya Herrera, lo que se denominó la "República Liberal", las conductas del conservatismo y de la iglesia tuvieron otra expresión. Podría decirse, de una mayor radicalización en la confrontación, con las consecuentes implicaciones que ello pudo tener.

En ese primer período de gobierno, 1930-1934, la reacción fue mucho más amplia de la que se registra en la historiografía, cuando ella se reduce a analizar el comportamiento de las élites y de sus partidos. A nivel del manejo del aparato de Estado, la política de Olaya Herrera de definir su gobierno como de "Concentración Nacional" buscaba hacer menos traumática la transición del largo período del régimen conservador a uno liberal y facilitar así el ejercicio de su gestión gubernamental. Pesaba mucho en esta decisión que no fuera un político con trayectoria directa en la vida política nacional, puesto que había estado mucho tiempo en el extranjero, que en su propio partido no hubiera un consenso para su gestión, que, a su vez, esta organización hubiera mantenido continuas divisiones durante la hegemonía conservadora, y que el impacto de la crisis económica del 29 se hiciera sentir justo para ese período. En esas condiciones, cuando el Partido conservador salió de la confusión que le había producido la división en torno a dos candidatos presidenciales de su misma organización: el General Alfredo Vásquez Cobo y el poeta Guillermo Valencia, arremetió con lo que pudo en contra del régimen que se instauraba. Así mismo, la jerarquía eclesial no tuvo otra alternativa que propiciar esa unidad después de que, en gran parte, la división del conservatismo se produjo por la indefinición de su arzobispo, el más alto jerarca del país, por uno u otro candidato.

A pesar de que ese fue el primer gobierno del régimen liberal en el siglo XX, no marcó una orientación que radicalmente confrontara a los conservadores y a la iglesia más allá de las que se derivaban de tener las riendas del aparato burocrático. Sin embargo, éstos efectuaron su lucha en todo aquello que socavara el pensamiento y la acción liberales y, especialmente, en los intentos tímidos de ese gobierno de producir reformas educativas que posibilitaran una pedagogía laica y, tendencialmente, por tanto, desprovista de contenidos religiosos católicos. En cambio, la izquierda de ese período de gobierno, identificada en el UNIRISMO de Gaitán, un grupo socialista y el Partido comunista, no veía en él mucha diferencia del conservatismo que había regido en los períodos anteriores.

Sin embargo, el control del poder, por la vía directa durante tantos años y ejercido de manera autoritaria, no podía más que producir entre los conservadores y la cleresía la búsqueda de su recuperación, al precio que fuera. No sólo propiciaron el regateo de los puestos públicos, cuando les interesaba o su rechazo u hostilidad cuando los consideraban conveniente, sino que identificaban revoluciones allí donde se proponían tímidas reformas para tratar de garantizar una mediana gobernabilidad. Sabían claramente que permitir cualquier avance era garantizar que lentamente fuera tomando fuerza una liberalización de las instituciones, del régimen jurídico y, en cierta forma, de la cultura política. Hecho que significaría un paulatino distanciamiento de los centros del poder político y la introducción de un nuevo tipo de cultura, que no estaban dispuestos a permitirla. Por eso no solamente cuestionaban y atacaban las acciones del gobierno orientadas en esa dirección, sino también todo aquello que se producía en las organizaciones que de manera más firme abrían espacios en la definición de las relaciones de poder.

1.3. LA REVOLUCIÓN EN MARCHA SIGNO CONSERVADOR DE LA BARBARIE

Frente a estas condiciones, el gobierno de Alfonso López Pumarejo adopta una conducta mucho más radical. Desde la presidencia de José Hilario López, quien consolidó la liberación de los esclavos; pasando por la dictadura de José María Melo, quien recreó en su gobierno muchos de los idearios de las sociedades democráticas; Tomás Cipriano de

Murillo Toro, no se había producido un proyecto de gobierno de clara estirpe liberal, como dirían algunos. Es más, con excepción del mencionado Murillo Toro y de Rafael Uribe Uribe, quien propuso el "Socialismo de Estado", el Partido Liberal no había tenido un estadista ni un ideólogo con la formación y experiencia de López Pumarejo, que sustentara su acción de gobierno en los principios liberales más clásicos y en sus desarrollos contemporáneos.

Sin embargo, su gestión gubernamental tuvo que realizarla, en la aplicación de dichos principios, a través de su iniciativa individual o con solo un sector del liberalismo, porque el Partido Liberal como tal no respaldó las reformas que pretendía impulsar. En gran parte porque una amplia fracción tenía intereses económicos y comulgaba con aspectos del ideario religioso católico que los aproximaba a los conservadores o a la iglesia, o simplemente temían que una radicalización de las transformaciones les quitara el poder que por largo tiempo habían disfrutado. Es más, se podría considerar que la larga convivencia con el conservatismo en el poder hizo que las luchas por los cambios quedaran restringidas a la élite intelectual del liberalismo, a los líderes que dirigían el partido, y a los funcionarios que a nombre de esa organización participaban de la burocracia estatal. Es factible que muchos sectores de las masas populares en determinados momentos se orientaran por esos símbolos partidarios; sin embargo, las investigaciones demuestran que no se producían conductas homogéneas, orientadas por una dirección partidaria.

Podría decirse que con Alfonso López cambia el discurso liberal y la forma de hacer gobierno que tenían los miembros de su partido. Enrique Olaya Herrera invocó al liberalismo y asumió su gestión como propia del Partido Liberal, pero el mismo rótulo que le puso, "Concentración Nacional", marcó el derrotero de sus permanentes concesiones al conservatismo y, por tanto su actitud de no diferenciarse radicalmente de los regímenes anteriores, respaldado en la necesidad del orden y de la estabilidad. En cambio, el nuevo periodo que se inició el 7 de agosto de 1934, partió de la búsqueda de establecer una diferenciación radical tanto con el gobierno liberal anterior como con lo que se había denominado la "República conservadora". Esta vez, no eran los artilugios de la demagogia

los que se imponían sino la convicción de que Colombia debía recorrer todavía un largo camino para llegar a formar bases sólidas de Democracia y de formación capitalista. Eso hizo que rápidamente sus aliados no fueran los conservadores sino los sectores más radicales del liberalismo, con sensibles variaciones del gaitanismo, y, paulatinamente, los comunistas. Igualmente, condujo a la propuesta de la reforma de la Constitución Nacional como una estrategia prioritaria para alcanzar los objetivos propuestos. Eso suponía que uno de los ejes fundamentales de la reforma debía situarse en desmontar el fundamento teocrático del Estado, romper con las prebendas que la iglesia católica tenía, producto de la larga hegemonía conservadora, y desestructurar los pilares constitucionales que le daban aliento a la organización derechista dentro de la lucha política. Con esa orientación, López propició la introducción de la libertad de pensamiento, de credos y de enseñanza.

La constitución de 1886 oficializó la religión católica, lo cual afianzó en la sociedad, por la vía impositiva no solo una religión sino también una ideología, e, incluso, una cultura. El soporte mayor no fue la postulación de ese mandato sino su ampliación a la dirección y control del aparato educativo y de toda la actividad de misiones en los territorios poblados por más de sesenta grupos étnicos indígenas del país. Además, se impuso la concepción teológica del Estado, con todas las implicaciones que ello tuvo. Por eso la sola propuesta de la reforma liberal produjo un revuelo en el país que se aproximó a una conmoción. No sólo se realindieron las fuerzas derechistas, que a sí mismas se calificaron como tales, incluyendo tanto a la iglesia y al conservatismo, como a algunas expresiones del naciente fascismo. Sus bases fueron mantener el orden, la tradición, el principio de autoridad y de la autoridad, pero con la convicción de que sólo ellos podían ser sus detentadores. Si a ello agregamos la inclusión en el proyecto de reforma del principio de la “función social de la propiedad”, no quedaba más que calificar al régimen como socialista. Puesto que no veían ninguna diferencia entre la socialización de los medios de producción, como había operado en los países socialistas, y esa postulación. Pues creían que conduciría a un colectivismo que dejaría el campo abierto para que los sin propiedad, que además fueron calificados como la “chusma”, pudieran apoderarse de los bienes de la “gente de bien”.

Sin embargo, la definición de las relaciones de poder en favor de quienes buscaban aprobar estas propuestas no favoreció al gobierno totalmente ni en el seno de su mismo partido ni en el del conjunto de la sociedad civil, mas allá de lograr reformas laborales, algunos aspectos en relación con las libertades, y el de la introducción del carácter social de la propiedad. Más no obtuvo el rompimiento de los pilares constitucionales que favorecían a la religión católica y a su iglesia. Es cierto que se trató de reformar el aparato educativo, pero no con la radicalidad con que se había propuesto. Los intentos de propiciar una renegociación del Concordato suscrito con el Vaticano en 1887 fueron vanos. Por tanto, así se hubieran producido algunas tímidas reformas, la muralla institucional era tan sólida que difícilmente podía permearla un gobierno que no había logrado un consenso fuerte para sus transformaciones, y que, al contrario, en la medida en que fue desarrollando su gestión se fue desgastando ante los mismos sectores de las élites que lo apoyaban, mientras el respaldo popular no era lo suficientemente organizado como para facilitar que se impusiera. De esa manera, la reacción conservadora y eclesial, ante el proceso de reforma, fue mucho más amplia y contundente que los logros obtenidos en él.

Los periódicos conservadores llegaron a hacer homologaciones entre ese gobierno y el de Rusia y el de la España del Frente Popular. En efecto afirmaban: “Guardadas las proporciones de lugar y de tiempo, no existe diferencia fundamental entre este gobierno y los que soporta, por ejemplo Rusia y España”. No contentos con la referencia histórica, iban más a fondo en el contenido ideológico:

La crisis de la Democracia la consumó en Colombia justamente este gobierno que se dice demócrata. Son cosas que las aprecian todos, pero que no tienen la franqueza ni la lealtad de reconocerlas. El colectivismo que da en este país sus primeros pasos vacilantes es la negación de la Democracia. (El Colombiano, agosto 15 de 1936: 3)

Luego analizaremos la relación que se establece con el discurso comunista y socialista. Aquí es necesario destacar que la función del discurso que tiene como fundamento de verdad los elementos ideológicos de emisores como la iglesia y el conservatismo es la de descalificar y anular aquél que se confronta. Se trata de parapetarse en un saber que por largos siglos no solo se fundamentó como verdadero en su sentido lógico y teológico sino que se instrumentó,

en su efecto de poder, a favor de una de las fuerzas que entraban en juego en las relaciones de poder de la historia política, social y cultural colombiana.

Lo significativo de la reacción frente a este gobierno es que se refuerzan los argumentos constitutivos del discurso por la aparente inminencia de la ejecución y realización de su contraparte. Los imaginarios se redefinen manteniendo las figuras y símbolos utilizados en el largo proceso de la historia nacional, pero reforzando o ampliando sus contenidos con todo aquello que incorporan los acontecimientos. A las tímidas reformas educativas del gobierno anterior y su reforzamiento en éste, se le responde con la calificación de anárquico, destructor de los valores morales, pedagogía que rompe con la unidad de la familia, orientación de la sexualidad hacia la promiscuidad; anulación de los mínimos principios de autoridad y de orden. Sin excluir sus implicaciones, en el relajamiento de las costumbres y la desviación de la misión salvadora que pregona la iglesia, al posibilitar que el pueblo pudiera escoger otras religiones, o al menos al ser planteado así libremente a la sociedad. Así, los símbolos y figuras de destrucción, barbarie, prostitución, adulterio, caos, pérdida de valores, infierno, Satanás, maldad, robo, violencia se convierten en elementos que resignifican los discursos y los imaginarios liberales y socialistas.

Todo ello se reestructura también con el apoyo de los ejemplos históricos. Pero, específicamente, con aquellos que los lleva a establecer una ligazón indisoluble con el comunismo. Por eso, Rusia, en primer lugar, fue el caldo de cultivo de la enseñanza sobre lo que había que condenar. Por la prensa conservadora y por la discursividad de los rituales católicos pasaron los supuestos o confirmados ejemplos o hechos de sacerdotes que fueron asesinados por el régimen comunista, por la sola razón de serlo. La pérdida del patrimonio de los propietarios, la eliminación de los disidentes, la destrucción de las iglesias o su conversión en escuelas, almacenes o bodegas; la anulación de toda religión en los programas de estudio y la introducción del materialismo como doctrina básica de la formación de la juventud y de la sociedad. Igualmente aparecía España como prototipo de la sociedad que se debía negar. De ella mostraban asesinatos, persecución a la iglesia, anarquía y caos. Llegaban incluso hasta la ficción, si mucho de lo expresado no lo era, de presentar al

aspirante, como patrón dominante en las escuelas de reclutamiento, las mansiones de los potentados españoles para que se representaran aquello que pasaría a ser su propiedad si se consolidaba la sociedad que estaba instaurando el régimen del Frente Popular. Hasta el régimen mexicano era identificado como socialista o “comunistoide”; fundamentalmente por la persecución a la iglesia, la propiciación de las libertades, el papel del Estado frente a la propiedad y por la apertura hacia actores sociales que adelantaban procesos políticos radicales en países iberoamericanos.

No sólo los ejemplos internacionales de las acciones comunistas servían para condenar al liberalismo, relacionándolo con ellas; igualmente toda actividad interna se la veía mezclada con la doctrina comunista y era interpretada desde el imaginario social y político que la derecha tenía del socialismo y del comunismo, como lo analizaremos más adelante. Factor que muestra un cambio de sentido y, si se quiere, de orientación, pues en la medida en que las doctrinas y organizaciones socialistas y comunistas adquirían más fuerza y más presencia, la construcción del enemigo cambiaba de matiz, e, incluso, de contenido. Ya no se aislaba al liberalismo, como había sido predominante en el siglo anterior y principios del XX, sino que se le relacionaba indisolublemente con el comunismo. Es más, maniqueamente, encontraban en cada una de sus acciones la orientación socialista o comunista o el fortalecimiento de funciones que no inducían a otra cosa que al apoyo del Estado Soviético y su reproducción en Colombia. Esto explica la interpretación que el conservatismo tenía del régimen liberal:

Vivimos bajo un gobierno de izquierda y este es el hecho que pretendíamos demostrar de manera palmaria; el triunfo del partido liberal se convirtió en una victoria comunista y esto se advierte por la desmesurada intervención del Estado en la vida de los individuos, en la legislación sobre la tierra, en el control de la escuela, en la restricción del crédito, en la autogestión de las industrias. Por todas partes se ve, se palpa y se siente la garra marxista, lo que se diga en contrario es literatura del Frente Popular mal dirigida por el gobierno y sus ideólogos. (El Colombiano, sep. 22 de 1936, 2a. sec.: 1)

Los posteriores gobiernos liberales, el de Eduardo Santos (1938-1942) y el segundo período de Alfonso López Pumarejo (1942-1945), que no culminó porque se vio obligado a renunciar, y luego el de Alberto Lleras Camargo (1945-1946), fueron mirados por el prisma

que produjo el denominado “la revolución en marcha”. De tal manera que se mantenían todos los elementos discursivos y los aspectos enunciativos y simbólicos de su representación e imaginarios. Reforzados, en cada gobierno, con la confrontación de aquellas políticas que consideraban más sensibles para el resquebrajamiento de sus objetivos culturales e ideológicos. En la gestión de Santos cuestionaron la supuesta entrega de la Universidad Nacional a los comunistas, el fortalecimiento de la orientación anticatólica en escuelas y colegios y el otorgamiento de altas posiciones burocráticas a los socialistas. (Nieto Rojas, 1956: 30)

En cuanto al segundo gobierno de López, se destaca la agresiva alerta a la opinión pública y a la población que, tanto en la campaña electoral como durante su ejercicio gubernamental, hicieron conservatismo e iglesia respecto de que se repitieran o avanzaran los contenidos anticatólicos de su primera gestión presidencial. Es factible admitir que ellos tuvieran responsabilidad en el fallido intento de golpe de estado, por parte de un sector del ejército al sur del país, el 10 de julio de 1944. De otra parte, confrontaron las concesiones que hizo al comunismo y las acciones que mostraban su simpatía con él. Quizá lo que dio mayor razón a tales argumentos fue la apertura de relaciones con la URSS en febrero de 1944. No sólo rechazaron el acto jurídico del decreto que las estableció a fines de 1943, sino el trabajo que condujo a su elaboración, pues argumentan que se realizó desde la embajada de la Unión Soviética.

Una de sus expresiones más radicales se produjo con los hechos desencadenados a partir del 9 de abril de 1948, día del asesinato del máximo dirigente del liberalismo y caudillo carismático, Jorge Eliécer Gaitán. Pues se produjo en un gobierno conservador que había accedido al poder por la vía electoral, por la división que se produjo en el liberalismo entre Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay. Ahora, la reorientación se producía en función de señalar los intentos desestabilizadores que las fuerzas liberales producían desde abajo para reconquistar el poder. Lógicamente, el liberalismo, con amplias mayorías en todo el país, no podía aceptar la pérdida del control del poder. Por ello actuó en consecuencia aprovechando sus mayorías en gran parte de las corporaciones parlamentarias tanto nacionales como

regionales de todo el país, hostigando desde los puestos burocráticos del Estado; que había ganado en sus diferentes periodos de gobierno, luchando para mantenerlos, y confrontando toda la política autoritaria que se ejercía desde el régimen conservador.

De igual manera, el conservatismo en el poder no fue extraño a adoptar una actitud revanchista y a intentar, a pasos acelerados, el desmonte de aquello que se había producido en el régimen liberal y que era más lesivo a sus doctrinas y estrategias políticas. Por ello, ese entrecruzamiento de prácticas aceleró las expresiones de violencia que se había alimentado en los procesos culturales y políticos de la historia nacional, y que tuvo su máxima realización en ese asesinato. Para la iglesia y el conservatismo no hubo allí más que una conjura del liberalismo y del comunismo para acabar con el gobierno de Mariano Ospina Pérez. Resultado previsible para ellos porque al admitir que, exentos de toda moral, o más bien, defensores de una moral utilitaria, y propiciadores de mecanismos violentos para obtener sus objetivos, no era extraño que acudieran al asesinato para mover las más “rastreras” pasiones del “populacho” en pos de la implantación de sus estrategias.

De allí que podamos compartir la síntesis que sobre esta problemática hace Darío Acevedo:

Los conservadores, al evocar con nostalgia el período de la hegemonía conservadora, revivían las imágenes de una sociedad tranquila, ordenada, recatada moralmente, pacífica y fiel a la tradición cristiana, y al referirse a los gobiernos liberales resucitaban los fantasmas con que en el pasado apuntalaron la imagen de un adversario sinónimo de anarquía, libertinaje, ateísmo, fraude y violencia, conjugándola con las visiones surgidas del presente, el basilisco, el comunismo encubierto, el espíritu colectivizante, la peligrosa masificación de la política, el estímulo desenfrenado a las pasiones sectarias de la multitud, la degradación moral y la secularización de la enseñanza. (Acevedo, 1995: 49)

Por ello, no sólo construyeron el señalamiento de que los comunistas habían sido los culpables de la muerte del caudillo y sus autores materiales. Igualmente consideraron que era el momento de arreciar su confrontación al liberalismo. Por eso su intervención siguió los parámetros aquí señalados. Llamando de nuevo, como lo hicieron antes, a la confrontación violenta. Nada diferente significa el llamado de *El Derecho*, periódico fundado por Monseñor Miguel Angel Builes, obispo del departamento de Antioquia, en su edición de

abril de 1949, un año después del suceso: "Conservadores de todo el país, a armarse". Orientación que coincide también con la de otros obispos del país "condenando al liberalismo y prohibiendo a los católicos dar su voto por personas afiliadas a ese partido". (Reyes, 1989: 26)

Argumento que se puede relacionar con un mayor despliegue de la acción de confrontación con el liberalismo y el comunismo que hasta ese momento el Partido Conservador hubiera efectuado. Quizá la figura simbólica del basilisco, sobre el liberalismo, que introdujo uno de sus máximos dirigentes, de representación de su contrincante, fue la que dominó por un largo período. Así la elaboró el 24 de junio de 1949 en Medellín:

El basilisco era un monstruo que reproducía la cabeza de una especie de animal, de otra la cara, de una distinta los brazos y los pies, de otra deforme para formar un ser amedrentador y terrible del cual se decía que mataba con la mirada. Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, y con un inmenso estómago oligárquico; con pecho de ira, con brazos masónicos, y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza. (Reyes, 1989: 29)

Aunque el símbolo hace evidente su significado, no está por demás resaltar que persiste la homologación entre comunismo y liberalismo. Enfatizando su violencia. Sin embargo, abriendo el espacio para su acción política al caracterizar su estómago como oligárquico; por tanto, ajeno a los intereses de los pobres, finalidad que estaría cubierta por su partido y por su credo religioso.

1.4. SOCIALISTAS Y COMUNISTAS TAMBIÉN VAN AL INFIERNO

Desde fines de la segunda década del siglo XX se perfiló una nueva opción política, con sus correspondientes trazos de una nueva cultura política: el socialismo. Primero, alimentado por elementos de la doctrina social católica y del liberalismo utópico, y luego, a mitad del 20, con una adopción explícita del marxismo. Todo esto en cuanto se refiere a la formación política relacionada con la construcción de organizaciones que adoptaran esas doctrinas o grupos que, igualmente, se orientaran por ellas. Porque en lo tocante a procesos de formación

de esos discursos en el país y a rasgos correspondientes de sus imaginarios y respectivas culturas políticas ya se habían producido hitos desde mediados del siglo XIX.

Durante el siglo XIX y principios del XX el conservatismo y la iglesia hicieron extensivo al socialismo y al comunismo la representación y tratamiento que dieron al liberalismo. Sin embargo, poco a poco fueron estableciendo un tratamiento particular. Especialmente porque esas nuevas fuerzas no se contentaban con confrontar la que denominaban “teocracia”, en el caso de la primera forma de socialismo. Tampoco con levantar la consigna “la religión es el opio del pueblo” o con expresar contenidos teóricos e ideológicos en contra de la burguesía en ascenso o sobre el carácter explotador del régimen capitalista y la relación con ellos de la iglesia católica y de toda clase de religión, en el caso del socialismo marxista. Sino que buscaba y obtenía, a la vez, respaldo en los nuevos actores sociales, los trabajadores asalariados y la clase media en ascenso. Las prácticas políticas adquirirían otra connotación y la confrontación interna en la vida nacional era interpelada por la nueva experiencia de sistema político en la URSS, con signos que la prensa hacía aparecer como arrolladores. De tal manera que si bien se mantenía esa generalización también se optaba por un tratamiento particular. Llegando incluso a plantear, a comienzos de la década del 30, una especie de inversión en cuanto a la representación que se hacían de las prioridades de conductas de ambas tendencias políticas.

Así, entonces,

Propagaban la creencia en un liberalismo asociado a las fuerzas del comunismo internacional, cuyo proyecto en Colombia sería el de suplantarlo el ordenamiento democrático por un régimen totalitario y ateo, para lo cual han organizado un complot, un ‘plan’ al que el liberalismo contribuye. (Acevedo, 1995: 38)

Ese matiz muestra un cambio en la apreciación, pero no propiamente en el contenido, pues la naturaleza del liberalismo no cambia en su representación. Lo significativo es que da cuenta de una amenaza política que trasciende el marco nacional y que, controlando el avance del liberalismo, colocaría a la nación a merced de las fuerzas totalitarias que pretendían dominar el universo. Aún mas, no pocas veces identificaron al liberalismo como un facilitador o estimulador de las prácticas revolucionarias de los marxistas. Es así como afirman que

“sobre el espinazo de las masas liberales cabalgan ahora los más desmoralizados perfiles de las nuevas tropas marxistas”. (El Colombiano, mayo 27 de 1936: 3)

Por eso desde la creación del partido Socialista Revolucionario en 1926, y aún frente al “Grupo Comunista”¹⁰ que le precedió, tanto la iglesia como el partido Conservador reorientaron la forma de enfrentar a su nuevo enemigo. El mismo liberalismo se situó frente al primer Partido socialista, fundado en 1919, con una actitud conciliacionista; bajo la consideración de que su doctrina era profundamente socialista y que no tenía sentido estar por fuera de él. Frente al Partido Socialista Revolucionario expresó que todavía el país era agrario y que no existía el proletariado que le diera contenido a su acción, y que su orientación ideológica y su proyecto social era algo exótico para la sociedad colombiana y violentador de su tradición y sus costumbres. Con lo cual se insinuaba ya un acercamiento entre los que hasta ese entonces eran enemigos irreconciliables y, en cierta forma, se producían aspectos de identidad en torno a la satanización, ahora, del comunismo. Pareciera que para el liberalismo fuera una forma de exorcizar, en esos eventuales espacios de reconciliación, la anatematización de que había sido objeto. Se le da así una cierta validez a la aseveración de un dicho popular según el cual la diferencia entre liberales y conservadores era que aquellos iban a misa de cinco y éstos a la de seis.

Sin embargo, no por ello puede aducirse que las actitudes fueran iguales. Se sabe que el comunismo identificaba en liberales y conservadores una misma expresión de clase. Los intereses de los burgueses y de los terratenientes eran identificados como iguales en los discursos de socialistas y comunistas. A pesar de ello, la lucha política les permitió establecer relaciones con el liberalismo, más no con el conservatismo. Eso hizo que la confrontación se hiciera mucho más fuerte. Hasta el punto de que el cuestionamiento hecho por la iglesia y el Partido Conservador, al socialismo y al comunismo, de perseguir la destrucción de la civilización, por predicar la violencia de clase contra clase, era asumido en

¹⁰ Un estudio detenido de este grupo lo hice en mi libro *Las Huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929*. De cierta manera, sigo la propuesta de Medófilo Medina en su *Historia del Partido Comunista de Colombia*, de calificarlo como transición al socialismo marxista y al comunismo. Aunque él lo menosprecia, lo mismo que al Partido Socialista Revolucionario, al considerarlos como parte de la prehistoria del verdadero socialismo y comunismo que encarnaría el Partido Comunista.

la práctica por ellos mismos. Es decir, los discursos, prácticas, símbolos utilizados eran de una contundencia que en nada se diferenciaban de aquellos que pretendían reducir.

Estaban en juego intereses económicos. La iglesia no solo recibía asignaciones del presupuesto estatal sino que era poseedora de innumerables bienes. Igualmente, sin caer en determinismos, entre los conservadores había un mayor control y propiedad de latifundios. Aunque eso no los alejó de adoptar políticas y proyectos económicos a favor de una industrialización o de una infraestructura que la posibilitara, como lo hizo el gobierno de Pedro Nel Ospina, 1922-1926, con el uso que hizo del dinero que recibió la nación de Estados Unidos como indemnización por la separación de Panamá. (Pecaut, 1973: 22-23) Sin olvidar que el control del aparato estatal había posibilitado colocar la formalidad jurídica y la justicia a favor de sus intereses. Obviamente, las relaciones de fuerza se disputaban también en el plano político. De allí que la tensión se hubiera hecho más fuerte cuando el conservatismo perdió el poder. Incluso estaban en juego intereses sociales, puesto que la jerarquía eclesial y la conservadora consideraban que "la plebe" no era capaz ni podía dirigir el Estado, mucho menos a la sociedad; por tanto, había que garantizar que las "clases altas" se reprodujeran para garantizar la continuidad no ya del régimen político sino de la sociedad misma.

Estaban también en juego los intereses doctrinarios. La ideología ha sido siempre para la iglesia uno de los pilares de su soporte material. La imagen de los apóstoles de Jesús distribuidos en una amplia geografía para difundir la doctrina de su maestro se convirtió, para unos, en una leyenda que adquirió vida en la multiplicación que posteriormente se produjo. Para otros, no fueron más que signos reconstruidos posteriormente en la redefinición de estrategias de fuerzas que posibilitaron el control del poder estatal de varias monarquías o la convivencia con ellas. No fue sólo doctrina o sólo ideología. La construcción de símbolos, conductas, comportamientos, la reglamentación y búsqueda de control de la cotidianidad, fueron su estrategia permanente. En el caso colombiano fue favorecida por el control de las instituciones educativas y por las políticas que se trazaban desde el estado. A la par, por la connivencia de las instituciones que detentaban el poder

político. Factor que facilitaba el ejercicio de su acción allende las fronteras de las iglesias o los conventos. Puesto que se movían con entera libertad por cualquier espacio. Circunstancia que la favorecía en su enfrentamiento a las organizaciones socialistas y comunistas. Sin menospreciar las otras fuerzas que entraron en juego, esta es quizá la que mayor atención tuvo en la lucha que había asumido. Quiere decir esto que los elementos doctrinarios, el fortalecimiento de símbolos y signos que alimentaran el mantenimiento de sus dogmas y los incentivos a prácticas que le dieran permanencia, fueron centrales en la acción que asumieron.

Por eso invocaban permanentemente las directrices papales que les sirvieran de auxilio y las recreaban con las características propias del país. Sin embargo, nos interesa destacar más aquellos aspectos discursivos que definieron una particular forma de enfrentar al socialismo y al comunismo. Se trataba de crear en el destinatario no una afirmación de sus creencias y valores por sí mismos, por el significado o contenido de sus doctrinas y de sus dogmas, sino por la vía de la negación del otro. En la defensa de sus principios teológicos, por ejemplo, no argumentos que sustentaran a Dios como principio y fin de todo sino que identificaban el ateísmo de esos discursos y prácticas y trataban de demostrar que intentaban

crear una república universal sin Dios, penetrar en todas las naciones, pero sin Dios, convertir a Europa en pueblo sin Dios y formar un mundo sin dios... El verdadero padre fundador del bolcheviquismo o comunismo ruso es Lenin, pues pisoteó la cruz y se declaró enemigo de Dios en la sociedad. (El Colombiano, febrero 4 de 1937: 1)

Argumento retórico que, al reiterar parte de la oración, buscaba la persuasión suficiente que garantizara una reacción del feligrés en contra de los que declaraba como sus "enemigos". Nótese que no prima el "amor al prójimo", la consideración de que su acción era producida porque eran "ovejas descarriadas", sino la declaración de guerra que debe tener como supuesto estimular las pasiones en aquellos que no comprenden las grandes definiciones políticas o teóricas; en este caso, teológicas.

De otra parte, tenemos que establecer los ejes fundamentales de los que para ellos eran signos de degradación, barbarie, caos. La propia destrucción del feligrés, o del ciudadano podía producirse si se permitía ser sometido a las nuevas fuerzas; si se les permitía colocarse

como dominantes. Así lo manifiestan muy tempranamente en un periódico regional, en 1917, retomado luego en 1925, en el vocero oficial de la iglesia, *El Catolicismo*: “Si algún día, por efectos de una sacudida violenta, llegara el socialismo a triunfar, lejos de acarrear la aventura que promete, nos reduciría a todos a la esclavitud y a la pobreza.” (El Catolicismo, octubre 6 de 1925: 2)

En efecto, esas orientaciones políticas socialistas, al propugnar por la abolición de las clases propiciaban una imagen seductora de la sociedad que le correspondiera. Por ello, si se mirara por fuera de las relaciones de fuerza era factible esperar que la gran masa popular, inmersa en la pobreza, falta de trabajo, etc. fuera inducida fácilmente hacia esa corriente. De tal manera, en el argumento católico, era necesario establecer que una condición negativa no fuera resuelta por otra mucho más negativa. Es decir, se trataba de producir todas las condiciones que facilitarían una reacción en contra del enemigo que se había construido.

Ahora debemos analizar cuáles fueron los signos de esclavitud y pobreza que llevaron a la iglesia a identificar en el comunismo al “enemigo común no sólo de la religión sino de la misma civilización”. Por eso se amparaban en una intervención del Papa, quien declaraba: “La propaganda comunista es el enemigo común que amenaza hoy a todos, a la familia y a la vida humana”. (El colombiano, mayo 12 de 1936: 1) Predicando, como lo hacía, la unidad familiar como eje de sus postulados en el aspecto social, nada más fácil que tomarla como respaldo para sus tesis de confrontación, pues asumía que socialistas y comunistas buscaban destruir la familia, fundamento del orden social, y estimular una promiscuidad sexual. Además asumía que, en el comunismo, los hijos les eran quitados a los padres para pasar al control del Estado, con lo cual rompían con el “orden natural” de la unidad entre padres e hijos. En esas condiciones, los tejidos culturales que ellos habían creado como “naturales”, valga la redundancia, producidos por Dios, creador de la naturaleza, entraban en una erosión que conduciría a su destrucción total. La “verdad”, su verdad, era puesta en entredicho.

De igual manera, encontraban en los postulados comunistas el significado colectivista respecto de la propiedad. De tal manera que no se consagraba el derecho de propiedad, que bajo su doctrina era inalienable. Ya desde Tomás de Aquino se había establecido que la

desigual distribución de la riqueza no era negativa ante los ojos de Dios. Es más, la posibilidad de que unos tuvieran y otros no facilitaba la formación de una jerarquía que era necesaria para la estabilidad social. Lo cual no significaba que el “reino de Dios” le fuera vedado a unos y otorgado a otros. Era más bien un cierto ordenamiento natural creado por Dios o, al menos, no contrario a sus designios. En lo específico, le daban un carácter ontológico a la defensa de sus intereses, como lo sostiene en una pastoral monseñor Israel Perdomo, obispo de Medellín, porque

La iglesia católica es... una sociedad perfecta y de orden sobrenatural. Por su naturaleza es una sociedad superior a la civil, y por eso goza de preeminencias que no tienen otras sociedades de orden meramente temporal. Así, por ejemplo, ‘la iglesia puede poseer bienes temporales para sus fines propios, y administrarlos con entera libertad e independencia del poder civil’, así lo expresa el canon 1495 del derecho canónico. De conformidad con el canon 1496, ‘tiene la iglesia, con absoluta independencia del poder civil, el derecho de exigir de los fieles lo necesario para atender al culto divino, a la honesta sustentación del clero y demás ministros, y a las otras obras del ministerio’. Otra consecuencia de esta verdad, es que las rentas propiamente eclesiásticas están exentas de impuestos. (El Colombiano, febrero 15 de 1935: 3)

Además, la iglesia había sufrido la amenaza de la expropiación de sus bienes en el sigloXIX, y los jesuitas habían sido expulsados del país, perdiendo con ello el control de su patrimonio. Por eso no puede verse como una simple defensa doctrinaria sino también afincada en sus intereses materiales. De hecho, no escatimaron esfuerzos para mostrar que ninguno de los bienes que tuviera cualquier ciudadano le pertenecería si llegara a triunfar el socialismo y el comunismo.

El trastocamiento de todo el ordenamiento moral y espiritual que la iglesia, el clero y la religión habían producido entraría en bancarrota, porque sus contradictores asumen la

Negación de la espiritualidad, al sostener el materialismo dialéctico e histórico. La única realidad es la materia que al evolucionar se convierte en planta, animal y hombre. Según eso no hay Dios, no hay libertad humana y por lo mismo no hay responsabilidad. No hay frenos morales, y el móvil de las acciones humanas es el instinto ciego. (La defensa, septiembre 10 de 1944: 2)

Según esto, no hay ningún sentido favorable para la vida y para la sociedad si se guían por las nuevas fuerzas que emergen. La humanidad posible es la que ellos han construido. La sociedad deseable es la que se produce en el "reino de Dios" y ella solo se alcanza si en la terrenal se vive de acuerdo con los designios de Dios, que la iglesia ha identificado cuáles son. Ya desde el siglo XIX Joaquín Pablo Posada había planteado que el comunismo "es la realización del pensamiento divino manifestado en el evangelio". (Posada, 1849) O sea que esa era la única opción que le daban a este proyecto político y social. La única civilización es la que ellos han impuesto a través de largos siglos. Todo lo que este fuera de ello es destrucción, es barbarie, es salvajismo. Es el "reino de las tinieblas", regido por el enemigo mitológico que existe desde los orígenes mismos del cristianismo: Satán. Por ello ven las acciones socialistas y comunistas como expresiones subterráneas de su fuerza. Eso hace que no solo se dirijan a la doctrina que producen la amenaza de su derrumbe sino también a los símbolos que le dan vida en su acción material.

En el orden religioso es el ateísmo; más aún, la aniquilación de Dios; es la irreligión, y como consecuencia el odio más diabólico al sacerdocio representante de Dios y a las personas religiosas y la conjura satánica de abatir las cruces, de acabar con todas las insignias religiosas y echar por tierra los templos dedicados a la oración. Ellos dicen con Marx, su padre: 'la religión es el opio del pueblo'. No más Dios, es preciso abatir a Cristo y lo abatiremos. No más curas, es preciso borrar la religión y la borraremos. (La defensa, septiembre 10 de 1944: 2)

Esta confrontación llevó incluso a adoptar un cambio en el tratamiento al pueblo; de una manera inusitada. Básicamente porque encontraron en estas prácticas políticas una apelación directa al proletariado, a los campesinos, indígenas, desempleados, etc. Dentro de la tradición eclesiástica hay referencias al llamado "pueblo llano" y a su incapacidad para acceder o comprender valores universales. Aún más, se enfatiza su volubilidad y su tendencia desenfrenada hacia el disfrute de las pasiones. Pero todo ello circunscrito principalmente a los debates teológicos o a respuestas ideológicas a los debates intelectuales que se produjeron en diferentes periodos de la historia. Sin embargo, al parecer, en tanto no hay un seguimiento minucioso de periodos anteriores, el surgimiento de estos nuevos actores sociales produjo una actitud radical no circunscrita a su proceso interior de control doctrinario, sino abierta a lo que podría aproximarse a lo que hoy se identifica como opinión

pública. Inciden también en ello las informaciones que llegaban de lo que era la experiencia del socialismo en Rusia, lo que se vivió en España con el Frente Popular y, más adelante, los resultados de la Segunda Guerra que dejaron el socialismo ampliado a países que antes de ella tenían un Estado diferente. Fue así como pudieron la iglesia y el conservatismo plantear que

Donde impera el comunismo, por una parte, todas las miserias morales, en tanto en cuanto no traigan males al partido, se permiten, como simple evolución de la materia, creando en los adeptos una conciencia de diabólica soberbia, aumentada por todos los instintos de la carne endiosados; y, por otra parte, dividen el mundo en dos bandos irreconciliables: uno siempre culpable en donde con el nombre de 'burguesía' esta de hecho catalogado todo lo espiritual, lo noble, lo sencillamente digno y decente; y otro siempre inocente en el que bajo el mote de 'proletariado' ha ido a parar, si atendemos a la historia, la muerte moral de la humanidad, la que por no tener nada, nada teme perder, la que se siente halagada con que le exalten sus bajezas morales, y le justifiquen el odio, la revuelta y el asalto, con el título de 'legítima e inocente reivindicación. (El Catolicismo, marzo 20 de 1949: 9)

Queda así configurada una especie de ambivalencia del discurso. Encontramos un sentido cuyo significado se orienta claramente a la defensa del pueblo, entendido como los desvalidos, los desposeídos; integrados a la noción general de humanidad. Hay otro que se insinúa claramente cuando destacan los fines de la acción política de los "comunistas" que se realizan entre los actores sociales que venimos enunciando. Se produce cuando argumentan que éstos recrean las "miserias morales", adoptan una "conciencia diabólica", estimulan los "instintos de la carne endiosados", son constructores de la "muerte moral de la humanidad" e incentivan las "bajezas morales", "el odio y la revuelta". También lo identifica como el cuerpo que integra a "los incultos de abajo." (El Catolicismo, abril 3 de 1949: 9) Los conservadores opinaban que "el comunismo no puede prosperar como postulado cerebral, sino como teoría consentida y mediante objetivaciones patéticas. Las masas sienten el comunismo en el corazón y en la piel". (El Colombiano, febrero 12 de 1935: 5) Así significan al pueblo en general y no a aquellos actores sociales que aceptan la nueva orientación. Hay una representación negativa de la gran masa que es lo que complementa la ambivalencia. Puesto que ve en ella la imposibilidad o dificultad de comprensión de los designios divinos.

Sin embargo, esta significación de lo necio, nocivo y ruin, y de apegarse a las pasiones, del pueblo es ambivalente en términos retóricos mas no en cuanto a los resultados. Atendiendo a la lógica racional, seria de esperarse que una calificación y valoración como la que se hace produjera una reacción en contra de los así señalados. Pero, lo que se descubre es que la práctica social y política de los aludidos no responde a los simples parámetros ideológicos o doctrinarios sino a unos símbolos y trazos culturales que sobrepasan el tiempo y los espacios. Pensado así, podemos encontrar que esa contradicción binaria entre Dios y Satán es resuelta a favor del primero, quizá, porque hay una memoria histórica y cultural que introdujo discursos y símbolos que se asumieron como verdaderos y como reivindicadores de vida y de felicidad. Lo otro, los discursos, imaginarios y prácticas socialistas y comunistas, era más aleatorio y por tanto, podía producir un temporal reconocimiento en él porque respondía a sus condiciones de vida, pero no a esa mirada y sensibilidad mítica de la muerte y la eternidad. Además, no era una opción deliberativa la que permitía definir si permanecía o no dentro de las orientaciones de la iglesia. A la fuerza de la tradición, de las costumbres, de la cultura, de la memoria colectiva se sumaba la permanente amenaza de la jerarquía eclesial. Tanto con las implicaciones teleológicas en función del "juicio final" por no aceptar sus lineamientos, como con la exclusión y sanción social al ser señalado como disidente de la iglesia. Es así como esta ordena que:

"De ninguna manera pueden tomar parte en sociedades u organizaciones de carácter masónico, comunista o soviético; y que si lo hiciesen, incurren en falta gravísima y se ponen por el mismo hecho fuera del camino de la salvación" (El Colombiano, febrero 15 de 1935: 3)

Mandatos como este del arzobispo Ismael Perdomo fueron reiterados a lo largo del periodo, desde las conferencias Episcopales de 1913 y 1916, pasando por las bulas y encíclicas papales hasta las homilias consuetudinarias de los rituales católicos.

De allí que, tan pronto la defensa de posturas revolucionarias dejo de ser un simple discurso o doctrina para articularse con procesos sociales, se produjera un cambio en el tratamiento que debía dársele. La década del veinte fue la entrada a Colombia de procesos de sindicalización, del nacimiento y auge de la lucha obrera, y de una nueva versión de la

movilización campesina e indígena. A la vez el régimen político experimentó una forma nueva de demandas sociales, para lo cual se tuvo que readecuar la formalidad jurídica. Aunque, en esta década, los gobiernos conservadores la orientaron más hacia el fortalecimiento de formas autoritarias de poder y levemente hacia la legislación sobre derechos laborales, como el derecho de huelga en 1921. La máxima expresión del carácter antidemocrático del régimen se produjo con la masacre de las bananeras¹¹, en diciembre de 1928, recreada universalmente en Cien años de Soledad de García Márquez. Pero es la década del treinta la que presencia una mayor y mejor organización de sectores obreros, campesinos, indígenas y estudiantes. A la vez la incorporación de derechos laborales en la estructura legal; especialmente en el gobierno de López Pumarejo. Si a este avance se le agrega otro que se corresponde con organizaciones de izquierda, en particular el Partido Comunista y el ala izquierdista del Partido Liberal, no podía más que alimentar los temores de generalización de la barbarie entre el clero y los católicos.

1.4.1. LA ACCIÓN SOCIAL: DISUASORA DEL COMUNISMO.

El incremento de organizaciones sindicales, de movilizaciones de protesta social y la presencia de núcleos socialistas explica que ya desde la conferencia episcopal colombiana de 1913 se propusieran impulsar la "Acción Social" que la Encíclica *Rerum Novarum* (1893) había incluido como una orientación papal, precisamente para contrarrestar el avance del socialismo. Conducta que no se reducía a la estructura clerical sino que la asumían también los feligreses. Tuvo tal impacto que condujo a actitudes tan radicales en varios departamentos, como las de los "Obreros católicos y patriotas de Caldas, Antioquia, el Valle y el Tolima", en su boletín No. 1 de mayo de 1928, cuando afirman que:

"El comunismo que en Colombia se llama así mismo socialismo revolucionario no descansa en su labor antipatriótica y se está preparando para hacer la revolución

¹¹ En noviembre de 1928 los trabajadores y pobladores de la Zona bananera del Norte de Colombia presentaron a la Unit Fruit Company un listado de reivindicaciones que no fueron aceptados por los norteamericanos que dirigían la empresa. Eso hizo que se fueran a la huelga encontrando la reacción tanto de los empresarios como de las autoridades de la zona; especialmente del ejército que se pusieron de acuerdo para reprimirlos. Reunidos en la plaza central de la población denominada Fundación el ejército disparó contra la muchedumbre el 6 de diciembre de ese año, dejando decenas de muertos que luego fueron llevados en tren y tirados al mar. Nunca se supo con certeza la cantidad. Algunos afirman que pasaron de mil.

social y acabar con todo lo que es orden y armonía, cultura y civilización, implantando la barbarie... El enemigo es el socialismo revolucionario, el cual está miserablemente vendido a la bárbara Rusia y a los tiranos mejicanos y por esto merece que Colombia lo considere como reo de alta traición. El socialismo revolucionario es el enemigo; guerra al socialismo... Debemos militarizarnos todos los ciudadanos patriotas". (A.N. SR, FMG. T. 983, F: 142)

Dejamos en suspenso el trasfondo de violencia que tiene este texto para retomarlo luego; pero nos interesa destacar aquí un sentido de la confrontación que permea todas las prácticas sociales. En este caso la referida al control organizativo del pueblo. Se nota claramente que la acción política no se le dejaba exclusivamente al Partido Conservador sino que la iglesia funcionaba como un partido paralelo y, regularmente, con mayor unidad.

Esta atención que la iglesia dio a crear una base social más amplia tuvo su máxima expresión, en la década del 40, con la formación de una confederación sindical, la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), que se le opuso a la recién creada por el liberalismo y el comunismo, la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC). Fue un forcejeo que se produjo desde inicios del siglo XX y llevó, incluso a los militantes del Partido Socialista Revolucionario, fundado en 1926, a denominarlo así y no Partido Comunista, como se lo exigía el Comintern de la III Internacional Comunista, para no contrariar los deseos y sentimientos de una mayoría del pueblo que era cristiano. Ignacio Torres Giraldo y María Cano llegaron a plantear: "el bien es nuestro camino (...) no nos arredra ni el rencor ni el odio insanos, si proclamamos la verdad de Cristo (...) El socialismo es todo lo bueno que soñaron las religiones antiguas" (La Humanidad, 1927) Produjo también no pocas contradicciones en la misma base de las organizaciones y en sectores urbanos cercanos a ellas. Hay cantidad de cartas, enviados desde apartadas poblaciones, suscritos por ciudadanos de todo tipo que denunciaban el avance del comunismo, del socialismo, o del liberalismo de izquierda dentro de las organizaciones que se estaban formando. Identificaban con ello la pérdida de valores y la amenaza para la "paz social", aunque los términos en que se expresaban fueran más bien declaraciones de guerra, y su disponibilidad a fortalecer otro tipo de organizaciones. Así lo entendió la iglesia cuando a través de la Acción Social, desde los inicios de 1930, se impuso la tarea de formar centros obreros en cada parroquia, fusionando las organizaciones previas

(Archila, 1991: 214), y estimulando la confrontación a los que había identificado como sus enemigos. De cierta manera, intentaban contrarrestar una táctica similar empleada por los comunistas en los sindicatos, al crear células en cada uno de ellos.

El fortalecimiento de la actividad organizativa de los trabajadores tenía su inmediata interpretación coyuntural de los movimientos más significativos que se producían en lo laboral. De esta manera, las huelgas en los centros petroleros, en los ferrocarriles, en la región bananera y en una que otra rama de la producción eran analizados con la lupa de sus doctrinas. Tanto para mostrar el “desvío” de las ideologías foráneas como para “hacer ver” la “ingenuidad” de los gobiernos liberales en el tratamiento de este tipo de conflictos. Además, para contrastar el tratamiento y las herramientas jurídicas utilizadas por los gobiernos conservadores anteriores que, según ellos, siempre garantizaban el orden y el “saneamiento” social, con la anarquía y la entrega a los intereses socialistas y comunistas de los gobiernos liberales. Por eso, cuando a fines de 1935 la huelga de los trabajadores petroleros alcanzó notoria beligerancia expresaron su punto de vista sobre ella, pero extensible a la mayoría de las que se realizaron durante el período:

“Las huelgas en Colombia se han convertido... en manifestaciones tumultuarias, en atentados violentos contra las personas y las propiedades, en negativa del derecho a trabajar, en una tiranía del motín y hasta del medio político para desconocer la acción de los representantes del pueblo. De allí que la gente diga con toda naturalidad al ver pasar un tumulto: ahí viene la huelga”. (El Colombiano, diciembre 9 de 1935: 3)

Reiteradamente, el fin principal era mostrar que detrás de toda movilización popular estaba el comunismo. Una de las demostraciones más fuertes en este sentido fue la del arzobispo de Medellín de prohibir a los católicos inscribirse en la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA) por considerar que estaba tomada por los comunistas, a quienes identificaba como ateos y revolucionarios. (La Defensa, septiembre 10 de 1944: 4)

Hicieron, así mismo, un seguimiento a las huelgas que se producían en otros países de América Latina en las que encontraban también la presencia del comunismo. Ya no sólo refiriéndose a la actividad sindical sino también a la gremial de los campesinos e indígenas,

porque siempre habían reivindicado el campo como el medio “natural” de su desarrollo económico y social, como la herencia que habían recibido “dignamente” de los españoles, produciendo tan buenos réditos al país. Al registrar las diferentes movilizaciones veían con buenos ojos la propuesta de formar un frente único contra el comunismo que, al parecer, no fructificó pero sí permitió poner en común informaciones, experiencias y orientaciones.

Se sigue reiterando así la imagen de un proyecto devastador que conduciría a la “barbarie”. Ahora con un aditamento: su fortalecimiento con el “antipatriotismo”, puesto que los intereses de los marxistas, socialistas o comunistas, estarían en la URSS y no en Colombia. Es cierto que hay una representación producida desde el imaginario construido por la iglesia y el conservatismo, pero también se debe aceptar que la misma conducta política de los marxistas, sobre todo del Partido Comunista, enfatizaba la defensa de la revolución rusa y un permanente despliegue de lo que consideraban sus logros y las acciones de las potencias capitalistas para eliminarla. A decir verdad, los periódicos liberales también lo hicieron, presentando periódicamente aspectos de la revolución agraria, avances en los medios de transporte, y la política educativa y cultural. De igual manera, hubo un énfasis en la revolución violenta, que fortaleció la actitud generalizada entre la élite conservadora y la iglesia de enfrentar a los marxistas y a su partido con acciones autoritarias y de fuerza. Aspecto que coincidía con el tipo de representación que se había hecho de los liberales y con la forma de confrontarlos.

Al parecer, se produjo una ambigüedad: pues conservadores y liberales se unían en algunos espacios de confrontación al comunismo y ambos lo satanizaban; pero esa unión o identidad no era más que en el discurso y en la aceptación de acciones tomadas desde el gobierno ya fuera en los últimos años de la hegemonía conservadora o ya en el ejercicio del gobierno liberal; porque su abierta confrontación se mantenía. Por ejemplo, el gobierno conservador hostigó y censuró la prensa del partido Socialista Revolucionario, como lo hizo con el periódico *LA HUMANIDAD*, editado en Cali y dirigido por Ignacio Torres Giraldo. El gobernador del Valle llegó a declarar, en abril de 1928, que los contenidos de ese periódico “mantienen en tensión los nervios de los ciudadanos y provocan, como es natural, la

indignación del clero". (A.N, FMG, SR, T. 983, 1928: 267) Por ello fue prohibido por el obispo del lugar y excomulgados sus directores. Otro gobernador, el del departamento de Boyacá, en abril 28 del mismo año, llegaría a afirmar:

"La opinión general anhela vivamente una ley que venga a reprimir la prensa de este carácter... Me he puesto de acuerdo con algunos miembros del clero, principalmente con el presbítero Dr. Emiliano Lombana de esta ciudad, para colaborar de manera efectiva en las tareas de la Federación Obrera católica, y con otras instituciones de esta índole que funcionan en el departamento, a fin de emprender la publicación y profusa circulación de escritos contra las ideas socialistas... En las instrucciones dadas a los prefectos y alcaldes se les ha ordenado proceder en todo caso de acuerdo con los párrocos" (AN, FMG, SR, T. 982, 1928: 300)

Igual fue el comportamiento del gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera, no sólo porque persiguió a los militantes comunistas en cuanto acción realizaban sino también porque ejerció el control de su prensa, como en el caso del periódico *TIERRA*, del Partido Comunista, por medio del impedimento de su circulación en muchas regiones, la detención frecuente de quienes lo voceaban o la confiscación de ejemplares en diferentes sitios. Sin olvidar que muchos dueños de carros que se identificaban con el conservatismo o con el liberalismo se negaban a transportarlo a regiones a las cuales se enviaba. El solo hecho de ser comunista, o declararse como tal podía acarrear encarcelamiento, como el caso de un campesino que fue a la prisión a averiguar por la situación de dos compañeros que habían sido detenidos el día anterior, en agosto de 1932, "y el alcalde le preguntó si era comunista, como contestara afirmativamente el alcalde lo puso preso" (Tierra No. 18, 1932: 4).

1.4.2. LAS RELACIONES PECAMINOSAS

Históricamente, hubo tratamientos específicos a las prácticas de socialistas y comunistas. Primero fue sobre su acercamiento con los uniristas¹². En la mayoría de las veces identificando los puntos de unidad que los hacía iguales a ese símbolo apocalíptico de la bestia que arrasaría con todo. Igualmente, argumentaba permanentemente que el liberalismo, y, en este caso, este grupo, y luego López Pumarejo, no alcanzaba a entrever a donde sería

¹² Nos referimos a los militantes de la UNIR (Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria) fundada por el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1933, cuyas relaciones con el socialismo serán tratadas en el capítulo Tercero.

llevado por la astucia de los comunistas. Luego, frente al gobernante anteriormente señalado, en su gobierno denominado “la revolución en marcha” se acentuó la lucha contra los prosoviéticos porque encontraba que se estaba produciendo un campo abierto para su desarrollo. Ya analizamos lo pertinente al proyecto de reforma constitucional y a los aspectos centrales que hacían mella entre conservadores y la jerarquía eclesial. Sin embargo, no sobra enfatizar que durante todo ese proceso hubo un énfasis muy marcado en confrontar al Partido Comunista, a sus militantes y a los que se denominaban socialistas. Toda acción era sobredimensionada de tal manera que la hacían aparecer como un inminente asalto al poder.

De esa manera la formación de un Frente Popular tuvo un seguimiento minucioso desde las disposiciones de la III Internacional, en su VII Congreso, específicamente las intervenciones de Dimitrov, hasta todo el proceso de su implementación interna en el país, por parte de los comunistas colombianos. Con lo cual reafirmaban que el reino de este mundo también era de su interés. Tanto, que un jesuita del prestigio de Felix Restrepo llegó a plantear que el

“Frente Popular es empresa comunista ideada para dividir a los partidos tradicionales de izquierda arrebatándoles las masas y conquistando con ellas el poder para implantar tarde o temprano la dictadura del proletariado”. (El Colombiano, 23 de julio de 1936: 3)

Una vez más establecen una clara diferencia entre el socialismo y el liberalismo. Aquí, el articulista hace ver que coincidir en ese organismo político no conduce a otra cosa que a la dispersión de las fuerzas de los partidos que han conducido al país. Para estos efectos, relegan las acusaciones persistentes que hacía a esa organización y doctrina. Hacen notar que hay inteligencia en la táctica de los comunistas no advertida por quienes respaldan esas acciones. Referencia directa, en este caso, al gobierno de López Pumarejo que aceptaba que el Partido Liberal hiciera parte del frente. Sin notar, afirmaban ellos, que “el mundo hace una conversión rápida y enérgica a la derecha”.¹³

¹³ Hubo un reiterado reconocimiento como derechistas. Se referían a los que comulgaban con sus ideas como “patrióticos compañeros de las fuerzas derechistas”. Ellos mismos identificaron en el conservatismo, el clero y la iglesia católica las “fuerzas derechistas de todo el país”. La izquierda, por tanto, estaba integrada por liberales, socialistas y comunistas.

También tuvieron en cuenta el desarrollo del comunismo en Rusia y los avances de las organizaciones socialistas y comunistas en el mundo. Especialmente aquellos que identificaban como los que habían obtenido mayores realizaciones: España y México. No se trataba de hacer un registro histórico de los cambios que se producían en los procesos políticos de esos países. Se buscaba más bien seleccionar todos los hechos y aspectos doctrinarios que hicieran ver el horror de lo que eso significaba si se implantaba en el país. Ya señalamos como usaron este recurso para demostrar la alianza de socialistas y comunistas con liberales, haciendo ver que éstos parecieran ignorar las consecuencias que tenía esa unión. Por supuesto, el enfrentamiento con aquellos hacía más fuerte la carga de sentido en la interpretación de los acontecimientos internacionales. No se trataba, en ese caso, de organizar los argumentos en función de demostraciones teóricas o doctrinarias sino de destacar la crudeza de los hechos para que concitara más fácilmente la aceptación de quienes eran los destinatarios. Por eso eran contundentes al afirmar que

“cuando los comunistas llegaron al poder en Rusia acometieron el aniquilamiento inmediato de los grupos que consideraban sus más peligrosos enemigos, los oficiales del antiguo ejército, los socialistas, los anarquistas, la aristocracia y la alta burguesía” (El Colombiano, agosto 14 de 1936: 1)

Reforzaban lo planteado antes respecto del liberalismo haciendo ver que igual destino tendría si triunfaba esta orientación política. Pero el mensaje también iba dirigido a quienes, adoptando incluso el mismo lenguaje en muchos aspectos, serían discriminados a la hora de “repartirse el ponqué”, como lo vulgarizaban muchas veces. Conducta que no encontraban lejana, puesto que el tratamiento dado por el partido comunista a sus disidentes, y a quienes profesaban el socialismo y el anarquismo se correspondía con lo que aquí se anota.

1.4.3. PROXIMIDADES CON EL FASCISMO

Es igualmente significativo que conservadores, para enfrentar al “bolcheviquismo”, hicieran uso recurrente de ejemplos de acontecimientos liderados por el fascismo y de discursos con los cuales los respaldaban. Es cierto que hubo un sector proclive a las orientaciones fascistas. Pero la prensa reseñaba frecuentemente esto haciendo énfasis en los aspectos que debilitaran

al comunismo, independientemente del sector al cual se perteneciera. Por ejemplo, las intervenciones de Rosemberg y Goebels el 10 de septiembre de 1936 en el Congreso Nacional Socialista, en Nuremberg, fueron tituladas así: "Formidable discurso pronunciado por Goebels contra el comunismo ante el congreso nacionalista. La complicidad de comunistas y judíos, la farsa de Lenin, la mentira como arma política". Seguidamente reseñaron la defensa del nacionalsocialismo que hicieron los oradores y resaltaron como fustigaron al comunismo al decir que

"la revolución en nombre de las libertades ilimitadas condujo al pueblo ruso a la anarquía y al bolcheviquismo judío. La revolución nacionalista no es la revolución de las libertades ilimitadas sino la revolución de los deberes... El bolcheviquismo es superior a todos los grupos políticos que se le oponen debido a que aprovechan el descontento del pueblo para movilizar a este en contra del Estado. Es la organización de los bajos instintos del pueblo en pugna contra los altos elementos raciales del mismo y que trata de destruir.... Fundamentalmente el bolcheviquismo es la dictadura de los degenerados que llega al poder con mentiras". (El Colombiano, septiembre 11 de 1936: 1)

Se nota claramente que destacan los aspectos que buscan destruir al comunismo o debilitarlo; pero también se encuentra que hay varios elementos del discurso que se corresponden con partes de la doctrina que ellos promulgaban. Valga decir, el llamado al orden, a la autoridad. La consideración de que todo lo propiciado por socialistas y comunistas conduce a la anarquía. El señalamiento de que el pueblo que sigue esas orientaciones es de "bajos instintos" y "degenerado". Solo así se puede comprender la simpatía que producía en un comienzo el nacionalsocialismo entre sectores de la iglesia y del conservatismo, y su posterior distanciamiento, cuando empezaron a conocer los "horrores" del fascismo. El mismo periódico, por ejemplo, informa con agrado que en una manifestación del Frente Popular en la ciudad de Bucaramanga los conservadores salieron a proteger un colegio de los jesuitas porque creían que sería dañado o destruido por los manifestantes. Lo que más resaltó es que "Laureano Gómez, Hitler y los nacionalistas españoles eran victoreados frenéticamente por los conservadores". (El Colombiano, noviembre 11 de 1936: 4)

Se llegó hasta asumir exabruptos como el del Consejo Municipal de Barranquilla que aprobó pedir a

“las autoridades portuarias, diplomáticos y cónsules de la república en el exterior impidan la entrada al país de personas afiliadas al comunismo y ordena la expulsión, como extranjeros... de los que actualmente se encuentran en Colombia, solicitar de las cámaras legislativas, actualmente reunidas, la expedición de una ley que declare inhábiles para entrar en el territorio colombiano a toda persona que profese ideas comunistas, en atención de que se trata de una secta internacional que ha inscrito en sus banderas el odio a los conceptos de patria, de propiedad, de hogar y de orden y que precisamente en eso basa su estabilidad nuestra nación”. (El Colombiano, noviembre 24 de 1936: 1)

No se trataba de propiciar la salida de los inmigrantes. Ya desde inicios de la década del veinte se había producido las normas para el control de los extranjeros que llegaban al país y varios de ellos fueron expulsados. Se volvía, tal como se hizo también en dicha década, pero ahora dentro de un gobierno liberal, a darle un contenido internacional a la lucha de comunistas y socialistas y como tal no merecedores de considerarse patriotas por lo que se pedía su destierro.

Se puede concluir que si en el discurso liberal no se encuentra de una manera recurrente el lenguaje religioso que asimilara a las fuerzas comunistas como las fuerzas del mal, no se distancia de las del conservatismo y la iglesia católica que se representaba en unos y otros al Satán que encarnaba lo más degradado de la creación y el ser maligno que había que extirpar de la sociedad. En síntesis ninguno de los dos se salvaba de la satanización y ambos estaban condenados a buscar su reino fuera de este mundo.

“Os decimos: abrid los ojos, ya no hay sino dos campos en el mundo: el campo de Jerusalem y el campo de Babilonia; no hay sino dos ejércitos: el del pontífice de Roma sellado con la cruz y el jefe del comunismo marcado con el sello de la bestia; el bando de Cristo y el de Satanás. Si sois cristianos e hijos de Dios, sabéis ya en cuál ejército habréis de enfiar.” (El Catolicismo, abril 3 de 1949: 9)

Llamado que coincide plenamente con el que hiciera el conservatismo en las elecciones de 1949:

“El Partido Conservador vota hoy... por Roma contra Moscú... contra la intervención soviética en la política colombiana; contra 16 años de enseñanza materialista y corruptora de la juventud... contra la orientación marxista de la Universidad Nacional... contra la anarquía, contra Stalin, contra Moscú... contra el Partido Liberal soviétizante”. (Acevedo, 1995: 97)

De tal manera que también caen en la postura que confrontan pues atacan el antipatriotismo de los comunistas y socialistas colombianos por seguir las orientaciones de Rusia y, al mismo tiempo, reivindican su aceptación de las directrices de Roma. Explicable porque, justamente, antes de que apareciera el comunismo, el catolicismo era una religión de carácter universal dirigida por el Papa residenciado en esa ciudad.

1.5. LA SANGRE TAMBIÉN REDIME

Si nos detuviéramos en la afirmación final, y en muchas que pudimos registrar a lo largo del período, claramente encontraríamos un significado que directamente se enmarca dentro de una forma de violencia. La identificación del otro, dentro de la confrontación, como el “enemigo”, por sí, llevaba ya la carga de ubicar el conflicto dentro de perspectivas excluyentes, que conducían a su eliminación. Si, además, el discurso incorpora la identificación de los bandos o las partes, como “ejércitos” no tenemos que hacer esfuerzos para concluir que el lenguaje está expresando una polarización que va más allá de la simple confrontación verbal. Ya introducimos varios casos en los que el discurso identificaba al otro, ya fuera liberal, socialista o comunista, de una manera tal que sus adherentes veían tanto al Satán del que se debía huir, como al enemigo que se debía destruir. De tal manera que fuera el que fuese, incluyendo a miembros de otras religiones, se le enfrentaba con las armas que estuvieran más a la mano: así ellas condujeran a su eliminación física.

Igualmente tenemos que decir que esta construcción del otro no se reduce a la que el conservatismo y la iglesia hicieron del Comunismo y del Socialismo. Los trabajos de Darío Acevedo y Carlos Perea se detienen ampliamente en identificar que los imaginarios de exclusión mutua le son comunes a liberales y conservadores. El signo de la sangre estaba presente en ambos discursos como el elemento de redención de los males que cada cual le adjudicaba al otro. Su implicación iba más allá de la simple estrategia verbal para convertirse en acción que asolaba regiones enteras con la destrucción física del oponente en todas sus expresiones. El asesinato fue la forma definitiva de doblegar al otro, pero se recurría a la quema de las casas, a la destitución de los trabajadores de sus trabajos, al robo o la expulsión

que hasta los colores usados en los vestidos, el rojo o el azul, eran signos de desafío que incitaban al asesinato. Sentido del que no se escapaban los comunistas que incorporaron la consigna de la violencia como “partera de la historia”, atizando el fuego de la barbarie hasta dimensiones que se detuvieron misteriosamente en el transcurso de la historia para repetirse una y otra vez en el ocaso del siglo XX.

El conservatismo se disputó como pudo los espacios de poder que a través de los diferentes gobiernos liberales fue perdiendo en la contienda política. En no pocos lugares fue una respuesta a una acción deliberada de ejercicios de violencia de funcionarios liberales que controlaban el aparato burocrático. En muchos otros fue el enarbolamiento de los conservadores de la bandera de una especie de “guerra santa” porque se asumían como los poseedores de la verdad y realizadores de los designios divinos. Por eso, no hay proceso electoral, durante el período estudiado, en varios meses antes y otro tanto después, en que no se encuentren innumerables casos que demuestran el desenfreno de la confrontación. Asesinatos, quemas de casas de familias de los militantes contrarios a los atacantes, destrucción o quema de urnas electorales, robo o pérdida de ellas, sabotaje a la participación electoral. Son muchos los casos de denuncia de la presencia de sacerdotes en esas acciones, o de funcionarios del gobierno de uno u otro partido. Es por eso que la violencia desatada, de una manera más generalizada, el 9 de abril de 1948 con el asesinato de Gaitán, no era más que el resultado de procesos acumulados en la reciente memoria histórica que provenían desde fines de la década del veinte.

Así, podemos encontrar que tanto conservadores como católicos, estimulados por algunos sacerdotes, vieron en los liberales la personificación del enemigo y por ello había que destruirlos. Los liberales no sólo estaban condenados a no disfrutar del reino de Dios sino que el que pretendían controlar en este mundo era espúreo, y, por tanto, había que acabarlos como fuera porque, como muy bien lo definiera un autor, refiriéndose a como lo definía la derecha, “la sangre es espíritu”, y, por tanto, redime, ya sea la propia en función de la nueva cruzada, o la ajena que debe correr para que arrastre consigo la “barbarie” que había

entronizado. (Perea, 1996) Es por eso que no quedaba otra alternativa que la de ser los nuevos "cruzados" que a sangre y fuego defenderían los valores católicos.

Así fue entendido en muchos lugares del país tanto por jerarcas y fieles cristianos, como por jefes, dirigentes y militantes de base, "soldados rasos", del conservatismo. Qué otra cosa se puede concluir del siguiente llamado, escrito en un volante de Chiquinquirá, distribuido en sus calles en una noche de febrero de 1931:

"Conservadores: por disciplina, y para demostrar una vez más al mundo que sois un partido de orden, habéis permitido el asesinato cobarde de centenares de vuestros hermanos políticos, pero como este orden de cosas no puede continuar, es necesario que al plomo le opongáis el plomo y al puñal el puñal, porque si no acaban con vuestra propia vida, acabarán con la vida y honra de vuestras hijas y de vuestras esposas. CONSERVADORES A DEFENDERSE". (A.N, FMG, SR, sec. 1a., T. 1024, 1931: fol: 533)

El llamado no invoca elementos doctrinarios que afiancen las creencias católicas ni tampoco los postulados políticos del conservatismo, más allá del "orden", la "disciplina", y la "honra". Solo acude al recurso, muchas veces exteriorizado de la ley del Talión: "ojo por ojo y diente por diente". Ninguna mediación que fortalezca la institucionalidad; tampoco, supuestos éticos que fortalezcan los lazos colectivos. Es solo el llamado a la retaliación, el recurso de la venganza como supuesto básico de imposición de lo que se cree verdadero. Sin embargo, conducta que no se puede reducir a una expresión típicamente conservadora o de la iglesia, como lo expresamos antes. Los documentos reiteran similares informaciones que proceden de todos lados. Por ejemplo, liberales denuncian:

Turbas conservadoras asaltaron alevosamente honrados ciudadanos liberales, hiriéndolos. Igualmente dispararon sobre el ejército acantonado en esta plaza. Claramente vióse, que disparos salieron casa cural agusados por párrocos Alvarez y Anaya quienes a su vez opusieron ante el teniente Reyes, no dejando sacar responsables delitos cometidos (A.N, FMG, SR, sec. 1a. T. 1034, 1931: fol: 282)

Los conservadores se pronunciaban similarmente, como lo dice un ciudadano conservador en carta enviada a un expresidente de la República, el Doctor Carlos E. Restrepo:

“Aquí se atentó contra el orden público, se cometieron delitos propios de una guerra sin cuartel: se desarmó a varios policías y se les quitó el arma y los vestidos, y disfrazados de autoridades, se asesinó vilmente a ciudadanos indefensos, se amarraron a los árboles de los parques públicos a dos ciudadanos inocentes y al uno se le ultimó a bala y al otro a machete; a otros se les asesinó en medio de mujeres, en los cuartos de las casas, y no son pocos los asesinados a machete y tirados al río. Y a pleno día, a pleno sol sin temor al terrible delito y a sus consecuencias se le prendió fuego a la primera casa y de allí surgió el más espantoso incendio, destruyendo, según datos hasta ahora recogidos, algo así como 385 casas pajizas, la mayor parte de gentes pobrísimas, que hoy gimen bajo el peso de la miseria. Después en la huida, incendiaron potreros y casas de estos. Antenoche, al amparo de la oscuridad, a legua y media de aquí, a distancia y con arma de largo alcance, se mató a un ciudadano en la puerta de una casa. Hasta estos momentos hay como doce o catorce muertos ya enterrados y corren noticias de varios cadáveres que va devolviendo el río; y le aseguro que pasan de 50 hombres los heridos”. (A.N, FMG, SR, sec.1a. T. 1041, 1931: fol: 393)

Igualmente fue retomado cuando desde el poder, ya en 1948, la iglesia se hizo eco de la cruzada conservadora de limpiar el ambiente social y cultural de todo aquello que en su lógica introducía el totalitarismo y el abandono de los valores católicos. De allí que la iglesia también persiguiera a liberales y conservadores. Incluso, en algunas zonas rurales no era extraño encontrar iglesias decoradas con retratos del máximo líder conservador, propulsor del falangismo: Laureano Gómez. Tanto el partido Conservador como la iglesia, en 1949, calificaron al liberalismo como comunista, con lo cual se recrudeció el proceso de confrontación. El célebre Monseñor Builes llegó incluso a plantear que "no se puede ser liberal y católico". (Reyes, 1989: 25)

Por ello, el espacio sindical también tuvo que ser objeto de atención. La pugna por tener un control de la CTC la vieron perdida y por eso propiciaron la formación de otra que empezó a funcionar desde inicios del gobierno de Ospina Perez. Como estaba prohibido el paralelismo sindical, aprobado en el primer gobierno de López, el presidente conservador lo derogó en 1949; autorizando con ello la creación de la UTC. Desde un principio se caracterizó por anticomunista, confesional y disuasora de movilizaciones de trabajadores; especialmente de las que se producían auspiciadas por la CTC. (Reyes, 1989: 9)

CAPITULO II

UN SOCIALISMO SIN SATÁN

Quizá pudiera afirmarse que desde *El Manifiesto del Partido Comunista*, en el que Marx y Engels calificaron de utópicos los socialismos anteriores al suyo, se produjo una disputa permanente por establecer cuál era el verdadero y, por tanto, cuál el revolucionario. La búsqueda del fundamento de verdad no se establecía sólo en el campo epistemológico de su valoración filosófica, sino también en aquél que permitía respaldar formas de poder en las luchas políticas de lo que era su bandera ideológica. Es cierto que el juego del poder se resolvía en la lucha por el control de los sindicatos, en la movilización social, en la confrontación a los patronos o en la lucha contra las políticas estatales y contra el Estado mismo. Sin embargo, no lo era menos el orden de la argumentación, la capacidad propositiva y demostrativa de los programas, y sus alcances prácticos. A la par, las representaciones, imágenes y símbolos que fueron produciendo cada uno de los grupos u organizaciones y las directrices ideológicas introdujeron un peso específico en la definición de la contienda y en elementos culturales que irían expresándose en el desarrollo de las sociedades. El proceso de decantación se hizo fuerte cuando triunfó la Revolución rusa. No era lo mismo dirimir el conflicto por la demostración de la eficacia de las doctrinas y de las organizaciones en la lucha política de cada país, ni tampoco por los énfasis que se produjeron sobre la calificación de la experiencia de la Comuna de París. Ahora la historia política llenaba sus páginas con el triunfo real de un proyecto socialista, en este caso el marxista. Los líderes del Partido Comunista ruso, con Lenin a la cabeza, así lo entendieron al darle vida a la Tercera Internacional y estimular las experiencias que pudieran seguir su ejemplo.

Estos procesos se entretejieron y le dieron vida a aspectos ideológicos, culturales y sociales de la producción de una nueva dinámica en la acción de los pueblos y de las sociedades. De tal manera que prácticas socialistas y comunistas surgieron de manera desigual en los diferentes países. Unas veces lenta, como el caso colombiano; otras acelerada, como el caso

argentino. Así como Le Goff afirma, al hacer una reflexión sobre el “tiempo largo” en la historia, que los “inventos técnicos” tardan mucho tiempo en “aclimatarse en una sociedad”; igualmente plantea sobre

“las mentalidades que cambian muy lentamente, que representan esa ‘alma colectiva’, de que habla M. Dupront, que nutren el mundo de las ideas, pero que abreven ellas mismas en el mundo de las profundidades que carece de la agilidad y de los instrumentos mentales de los medios intelectuales especializados, informados, abiertos al cambio.” (Le Goff, 1994: 156)

Si bien el historiador tiene aquí como referente principal a la edad media, sus aportes bien pueden aplicarse a la época en referencia como estrategia metodológica. Particularmente, para orientar el análisis sobre las prácticas, discursos y símbolos de grupos privilegiados por tener acceso al discurso socialista. A partir de lo cual se asumen como vanguardias al constituir una organización, desarrollar una lucha y dirigir una gran masa que tiene el peso de la tradición y una incertidumbre frente al cambio. En primera instancia, inscrito en el campo propio de la comprensión y apropiación de ideas, y en segundo lugar, en el ámbito de formación de una mentalidad que se alarga en el tiempo. Sin que la difusión de ideas, la propagación de doctrinas y de textos sean condiciones determinantes para su constitución y desenvolvimiento.

2.1. GERMINACIÓN EN CAMPO PROPIO

La historia política colombiana vivió tardíamente esta experiencia europea. En 1910 hubo un intento de constitución de un “Partido Obrero” en la costa norte de Colombia, según convocatoria que circuló en el semanario *El Comunista*. (Medina, 1989: 263) Texto que ya anunciaba la lucha por la socialización de los medios de producción y de acabar la “explotación del hombre por el hombre”, sin que se pudiera precisar muy claramente su perfil ideológico y sin que se hubiera materializado en un trabajo político de largo alcance. Jorge Regueros Peralta, dirigente socialista y comunista desde la década del treinta, afirma que también en ese año, en Bucaramanga, Luis María Rovira, quien había vivido en España y fue amigo de Pablo Iglesias, y Jorge Pichacón fundaron el “primer partido socialista de la historia colombiana” (Regueros Peralta, 1988: 5), pero tuvo muy poco tiempo de

funcionamiento. Sin embargo, es solo hasta 1919 en que se funda una organización definida como socialista, el Partido Socialista, que logró mantenerse hasta 1923. El escaso desarrollo de la industria, y por tanto del sindicalismo, y de experiencias de lucha política del pueblo, independiente de los partidos liberal y conservador, hizo de esta una organización muy débil. Tanto que no solo su programa político le dio concesiones muy fuertes al liberalismo sino también que su acción política lo aproximó bastante al partido que confrontaba. Así lo entendieron dirigentes radicales de esa organización quienes pusieron todo su empeño en asimilar a la nueva organización a su mismo caudal político, hasta lograrlo. Aún a costa de reformar su programa político, en el que incluyeron aspectos que permitían a los socialistas ser diferentes de los liberales.¹

De todas maneras, esta organización albergó diferentes tendencias; tres de ellas con el acento que a cada una las caracterizaba dentro del marxismo, el anarquismo o un socialismo cristiano. Periódicos como *Gaceta Republicana*, *Claridad* y *El Socialista* mantuvieron, a comienzos de la década del veinte, la polémica ideológica y política propia de un proceso en formación que sólo encontró en Luis Tejada, en el periodo 1922-1924, al ideólogo que se aproximaba a una mayor y mejor estructuración teórica. Sobre todo en cuanto a una articulación con el movimiento popular de la época, porque, desde una perspectiva política diferente, Gaitán daba muestras, ya en 1924, de un conocimiento académico de las corrientes socialistas en su libro *Las Ideas Socialistas en Colombia*. Sin embargo, no debe reducirse la difusión y desarrollo del socialismo marxista en Colombia, y de las diferentes expresiones de socialismo, a su formación y difusión teórica. Las constantes referencias al socialismo que hacían periodistas como Tejada, José Mar, Armando Solano y editoriales y artículos de revistas y periódicos eran una no despreciable manera de su difusión y socialización. Incluso, la estigmatización del socialismo y del comunismo realizada desde la gran prensa, el gobierno, y el aparato eclesial, producía, en no pocos casos, la reacción contraria a la que se pretendía con su condena. No menores fueron los signos de redención que produjo la

¹ Un análisis más detallado de esta organización, de sus discursos, y de sus acciones se puede encontrar en mi libro ya citado, en su capítulo II. (Jaramillo, 1997) Así mismo en Darío Acevedo Carmona, *Primer Partido Socialista de Colombia. 1917-1922*. Tesis de grado en la licenciatura de Historia, Universidad de Antioquia, Medellín 1978, quien se

revolución rusa. El mismo socialismo cristiano del Partido Socialista había popularizado la imagen de Lenin como la de alguien que engrosaba el santoral de los redentores.

Esta tendencia adquiere mucho más peso si tenemos en cuenta que el proletariado como tal sólo empezó a adquirir fuerza en Colombia en esta década, la del veinte, condición para que sus demandas y sus formas de organización y de lucha, fueran reivindicadas, en general, por las diferentes tendencias y organizaciones socialistas. El mismo Partido Liberal, con las excepciones del radicalismo liberal y de Manuel Murillo Toro en el siglo XIX y de Rafael Uribe Uribe en el siguiente, no había hecho eco a renovaciones que partidos similares del mundo habían realizado. De tal manera que la ventisca política producida por el Partido Socialista fue un campanazo que removió los cimientos de esa organización hasta hacer declarar a su dirigencia que no era necesario hacer la revolución por fuera de él puesto que “en esencia el liberalismo era profundamente revolucionario”. Definición que adquirió un profundo significado en la lucha política posterior porque facilitó acercamientos con las organizaciones que se reclamaron del socialismo y del comunismo. Por cierto, ello también incidió de modo ambivalente en los procesos posteriores. De una parte, ayudó a socializar aspectos centrales y programáticos de los proyectos políticos socialistas, y a recrear sus símbolos, sus formas de organización y sus experiencias de lucha. De otra, fue una forma de disuadir a la militancia de esas organizaciones para que siguieran en ellas, y referente obligado en la historia política nacional para explicar la imposibilidad de afianzamiento de una tercera fuerza.

Es quizá el Partido Socialista Revolucionario el que obtuvo mayor impacto político en esa década. Profundizó la brecha abierta a los partidos liberal y conservador por el Partido socialista y arraigó sus bases en el naciente movimiento obrero, en el creciente movimiento indígena; liderado por Manuel Quintín Lame, en las ligas campesinas que tenían expresión organizativa en algunas regiones del país y en las acciones populares de la naciente clase media y del experimentado artesanado. Fue creado a nombre del marxismo, doctrina que, con limitaciones teóricas, fue difundida tanto en la acción de los activistas como en los diferentes

centra más en la actividad regional de esta organización en el departamento de Antioquia, a través del periódico *El*

periódicos de la organización. Llegaron, incluso, a buscar su admisión a la III Internacional. Petición que fue rechazada por la exigencia que se le hizo de cambiar su nombre por el de Partido Comunista y la de darle un contenido más obrerista a su composición y a los contenidos de su lucha política. También planificaron un plan insurreccional en 1927; bandera que agitaron hasta 1929. Un período corto que tuvo como resultado una incontenible represión que indujo prácticamente a su desaparición en ese último año.

El cierre de esta década dejó la imagen de un gobierno desprestigiado al favorecer a los empresarios de la Unit Fruit Company en la huelga de las bananeras. Puesto que favoreció las decisiones verticales y autoritarias, en los diferentes conflictos, impuso la política conservadora del partido que defendía esa doctrina y afianzó el carácter confesional y dogmático de la iglesia católica y lo entronizó en las políticas estatales. A través de la persecución y el terror impuso el imaginario de que socialismo, comunismo y liberalismo de izquierda eran los enemigos fundamentales de la sociedad colombiana. Sin embargo, el fin de esta década también dejó experiencias de lucha del pueblo y de los trabajadores que marcarían el desarrollo futuro de la lucha política. Popularizó las ideas socialistas y comunistas y la vigencia de construir otro tipo de organizaciones diferentes de las de los partidos liberal y conservador. En general, este proceso surgió de las dinámicas internas que se fueron produciendo. Sin negar que tuvo su peso la información que venía de fuera sobre las luchas europeas y de sus doctrinas. Sin embargo, puede afirmarse que fue un parto en el espacio colombiano, en campo propio, que le asignó condiciones particulares a los procesos que se vivieron.

2.2. EL MITO DE LA CAÍDA DEL CAPITALISMO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Desde el triunfo de la Revolución Rusa, el comunismo internacional creyó ver a la vuelta de la esquina el desmoronamiento del capitalismo. Postura que conduciría a la búsqueda de la aceleración de los procesos en curso para que, de esa manera, se produjera su debilitamiento y se garantizara el triunfo de la revolución en el mundo. Así lo consideró la Internacional

Luchador, que en el análisis de su actividad nacional.

Comunista desde su constitución en 1919. Por ello nos interesa analizar la tesis que elaboró sobre la caída o derrumbe del capitalismo en la perspectiva de lo que se puede considerar como un mito. Tanto en el significado de su postulación y del discurso que se produjo desde el comando central como en los elementos simbólicos, irracionales y culturales que lo acompañaron para que fuera aceptado como una verdad y como una orientación práctica inapelable. Análisis que articularemos al impacto que produjo en Colombia y a las implicaciones que de ello pudo derivar en la lucha política del período; principalmente en la crisis del PSR y la fundación del Partido Comunista.

El período propiamente dicho podría situarse entre 1919, año de la fundación de la Internacional, y 1924 con la muerte de Lenin que da paso a la orientación hacia la revolución en un solo país, impulsado por Stalin. Sin embargo, es posible hacerlo extensivo hasta 1935, cuando se consolida la política de Frente Popular. En particular, porque a partir de esta fecha el Comintern terminó trabajando contra la “revolución mundial”, estrategia que le había dado nacimiento. Es un período decisivo, si se tiene en cuenta que la caída del capitalismo era el preámbulo necesario para la revolución mundial. Mucho más si lo entendemos como un imaginario que se construyó en la primera década de vida de la IC y que, como tal, trasciende su adscripción formal a una forma temporal para desplegarse en otras condiciones históricas y culturales. Manuel Caballero llega incluso a afirmar que las revoluciones cubana y nicaragüense desplegaron mucho de los supuestos básicos planteados por la IC en este aspecto.

Recurrimos al mito en dos direcciones. Primero como acto fundacional que no se circunscribe a un momento histórico. Es la formación de un arquetipo, como lo definiera Mircea Eliade, que se reactualiza en cada momento (Eliade, 1995: 47); “anulando el tiempo transcurrido, aboliendo la historia mediante un regreso continuo”. (Eliade, 1995: 86) Es cierto que el origen del discurso que se estudia tiene una concreción en el Partido Comunista Ruso y en la IC. A la vez, que es construido de manera racional a partir del marxismo. Sin embargo, “los mitos carecen de autor, desde el instante en que son percibidos como mitos, sea cual haya sido su origen real no existen más que encarnados en una tradición”. (Levi-Strauss, 1994: 233)

De todas maneras, no se producen triunfos revolucionarios consuetudinariamente; tampoco líderes como Lenin. Además, la Revolución Rusa fue la expresión real de que el capitalismo podía ser vencido y, por tanto, removía las fibras de frustraciones de sociedades enteras. Aspectos que eran interiorizados por los individuos y los grupos no por su procedencia y atinencia temporal sino por el signo que les significaba y el símbolo que les representaba. Prueba de ello es que su literatura sólo empieza a llegar a América Latina de manera menos restringida hacia 1924, cuando ya los símbolos de la revolución eran conocidos en otros continentes. Su difusión en América tuvo mucho de contenido épico y cuasi religioso. Un periódico socialista colombiano presentaba la fotografía de Lenin con un pie de foto exclamativo que lo aproximaba a un beato o a un varón en vía de canonización.

Así, entonces, el anuncio de que el capitalismo tocaba a su fin removía los tejidos culturales y sociales de no pocos oprimidos, humillados y explotados de esta parte del planeta. Así fueran analfabetas o sólo tuvieran la deformada concepción del marxismo del *ABC del Comunismo* de Bujarin, tan socorrido en estos países. Se realizaban así los sueños de redención, de justicia y de emancipación que la memoria histórica, a través de la tradición, registraba como frustrada. Porque “la conciencia soñadora y la conciencia mítica trabajan análogamente, desplazando y enmascarando los tiempos en sus imágenes”. (Mejía Duque, 1970: 42)

En segundo lugar, entendiendo mito a la manera de Mariátegui. No sólo en el sentido de admitir que “el proletariado tiene un mito: la revolución social” sino la amplitud que le podemos dar al significado que le asigna. Principalmente cuando sostiene que “la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su pasión, en su fe, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del mito” (Mariátegui, 1982: 415); extendiéndolo a su consideración de que “ni la razón ni la ciencia pueden ser un mito”. Aunque, en este caso, el que nos ocupa, podríamos decir que la formulación racional, o quizás científica, en lo que tenga de ello, es transformada en elaboración mítica, con sus correspondientes prácticas.

2.2.1. LA VERDAD PRODUCIDA POR EL CENTRO DE PODER COMUNISTA

El asedio de que fue objeto el proceso revolucionario ruso desde que triunfó el Partido Bolchevique, obligó a la búsqueda de la solidaridad internacional. Lenin mismo “no pensó jamás que la revolución proletaria pudiera vencer o ni siquiera sobrevivir un poco más sólo en la atrasada Rusia”. (Furet, 1995: 150) Se trataba de defender esa revolución y a la vez darle desarrollo a la tesis de que el triunfo del socialismo se garantizaba en cuanto se multiplicaran las revoluciones a nivel mundial o por lo menos en Europa.² Espacio geográfico que, referido a algunos países, el mismo Marx había señalado como vanguardia de la revolución mundial. Pero, quizá era el papel de una revolución triunfante el que adquiría mayor significado. Porque una cosa era lo que había planteado Marx y otra que una lucha revolucionaria, dirigida por un partido marxista, hubiera logrado el triunfo.

Fue así como se construyó el modelo ruso como el ejemplo a seguir y el Partido Comunista de la Unión Soviética como la autoridad moral y política para dirigir cualquier proceso revolucionario en el mundo. Hasta tal punto que

“Hosbawn no encuentra precedentes, entre movimientos seculares, a ‘la apasionada y total lealtad que cada comunista sentía hacia su causa, que para él significaba su partido, lo que a su vez significa lealtad hacia la Internacional Comunista y la URSS’”. (Caballero, 1987: 30)

Circunstancia que se vio favorecida porque “la capacidad de mitologizar su propia historia constituyó uno de los logros más extraordinarios del régimen soviético”. (Furet, 1995: 169) Además, es explicable que, si los vítores del triunfo revolucionario todavía estaban presentes en las calles y en el ambiente de la vida cultural de ese país, se creyera, igualmente, que similares honores podían conquistarse en otros países. Mucho más si se llegaba a la conclusión de que la realización del socialismo en un país resquebrajaba el equilibrio del capitalismo mundial.

² “Si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África”. (Caballero, 1988: 15). Más adelante plantea que el Comintern sólo llegó a “descubrir” a Latinoamérica nueve años después. En concreto, muestra que ese paso se produjo en 1928, en el Sexto Congreso. Sin embargo, aún allí colocaba el proceso de los Estados Unidos como el llamado a dirigir las luchas de los partidos comunistas de los países que le quedaban al sur. Sin destacar las contradicciones en el Comintern. Tratamiento que si lo da Ricardo Melgar Bao cuando hace el seguimiento de las discusiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. (Melgar Bao,

Factores éstos más que relevantes para aceptar crear un centro global, o un organismo legitimador de la dirección que el Partido Comunista ruso reclamaba de la revolución mundial. De hecho, con la creación de la Internacional los poderes se centralizaron mucho más de lo que trazaba la teoría leninista de partido. En este caso en el Comité Ejecutivo, pero en última instancia en el Partido Comunista ruso y no pocas veces en su Secretario General.

“Los poderes del Comité Ejecutivo eran bastante extensos, ya que los tenía para expulsar de la Internacional no solamente a individuos sino también a secciones enteras. Tenía poder para oponerse a cualquier decisión de un Comité Central o congreso que le pudiese resultar heterodoxa. Podía incluso decidir la disolución de un partido. La posibilidad de cooptar nuevos miembros para el Comité Ejecutivo fue agregada por el Tercer Congreso.” (Caballero, 1988: 15)

Así, el fundamento de verdad se establecía desde las selectas instancias burocráticas que, al estar determinadas por la experiencia bolchevique, imponían una orientación ideológica que no era confrontada por los propios procesos de las seccionales. Si acaso se hacía, se reducía a la actitud de obcecados militantes que tenían poca capacidad de prosperar. Puesto que eran desvirtuadas por funcionarios enviados por el propio Comité Ejecutivo; quienes no buscaban más que adecuar la realidad a lo que consideraban era impuesto por la fuerza de la historia.

La justificación central de la creación de la III Internacional está, entonces, en la necesidad de diferenciarse de su antecesora y, principalmente, como lo venimos exponiendo, en la urgencia de unir fuerzas para garantizar que se produjera “La revolución mundial”. A la base está lo que Rezler llama un mito político fundacional: la posibilidad de instaurar en un futuro el comunismo; pensado como la vuelta a un comunismo primitivo que se sitúa en el origen mismo de las sociedades. A la vez se instauraron dos “mitos revolucionarios”: el de la revolución rusa, cotidianamente revivida y el de la caída del capitalismo como condición de posibilidad que alimentara las acciones revolucionarias.³ De allí que la plataforma de la IC así lo expresara: “Una nueva época surge. La época de la disgregación del capitalismo, de su

1983) Aunque luego reconoce que rápidamente se impuso la oficialidad y el centralismo de la Internacional.

³ Dice Rezler: “los mitos fundacionales -o mitos de los orígenes- se refieren a los hechos fundadores del Estado, a las leyes dictadas de una vez para siempre por un legislador de poderes sobrenaturales” y “los mitos revolucionarios (incluimos también en esta familia de mitos a los mitos del progreso) están estrechamente asociados a la reorientación de la sociedad moderna desde el siglo XVII, y apuntan hacia el futuro: lo desconocido, la creatividad prometeica de un hombre futuro- por su sola trascendencia real” (Rezler, 1984: 283-285)

hundimiento interior. Época de la revolución comunista del proletariado”. (Los cuatro Primeros Congresos, 1981: 62) Luego lo ratifica: “El comunismo surge ahora de los escombros de la sociedad capitalista”. Afirmación que por sí da fuerza para emprender cualquier lucha; pero sería insuficiente si no se complementara con aquella frase que marca el destino teleológico: “La historia no dejará otra salida a la humanidad”. (Los Cuatro Primeros Congresos, 1981: 66)

El II Congreso reforzó esta orientación, persistiendo en enunciados que impidieran decaer en la lucha, y ayudaran a fortalecer su significado, a magnificar la necesidad de la acción: “el proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía”. (Los Cuatro Primeros Congresos, 1981: 131)

2.2.2. EL MITO SE RECREA EN LATINOAMÉRICA

Hay coincidencia entre los analistas en concluir que sólo hasta el VI Congreso la IC efectuó lo que se denominó el “descubrimiento de América”. No sólo por los avances que se habían producido en las luchas y formas de organización de los marxistas. Incidía también la consideración de que

“La depresión económica cada vez mayor parecía respaldar el argumento de la Comintern según el cual el capitalismo estaba en crisis y, por tanto había que crear las condiciones para una salida revolucionaria”. (Carr, 1986: 56)

Sin embargo, la perspectiva de nuestro trabajo puede prescindir de la intervención organizativa para registrar que hubo conocimiento amplio sobre la revolución de octubre y, en parte, sobre la creación de la IC y sus pretensiones a nivel mundial. Incluso, Caballero sugiere que “el Secretariado Suramericano parece haber sido creado realmente después del Quinto Congreso Mundial de 1924”. (Caballero, 1987: 51) El fortalecimiento de los elementos míticos no sólo se produjo por la construcción de valores y símbolos de quienes apoyaban las ideas comunistas y socialistas, que fue limitado y desigual en los países latinoamericanos. También se dio por la campaña en su contra que se hacía desde los periódicos de las élites y de sus partidos. La iglesia católica ayudó a darle contenido a esta orientación; al identificar, de manera apocalíptica, el advenimiento del comunismo y satanizar los discursos, los símbolos y prácticas que le eran correspondientes.

En lo pertinente al rol de la IC en el subcontinente, se sabe que el conocimiento de sus procesos fue de segundo orden. Tanto que “los asuntos de América Latina en Moscú eran discutidos en el “Secretariado Latino”, es decir, el mismo que se ocupaba de Francia, España y probablemente Portugal”; (Caballero, 1987: 49) al parecer hasta 1928, como se había señalado anteriormente. No obstante, después del V Congreso creó un Secretariado Sudamericano que, sin embargo, no cambió el tratamiento que se venía dando puesto que las decisiones se tomaban en el organismo anteriormente anotado. Conducta que toma mayor significado si se tiene en cuenta que las acciones revolucionarias en este continente eran contempladas como apoyo a las que se produjeran en Europa; escenario destinado, según el Comintern, a la realización de las próximas revoluciones. Aún cuando luego se produjo un ligero cambio; pero haciendo depender sus procesos de los avances o desarrollos de la lucha comunista en Estados Unidos. Pues la consideración era que propiciar allí el triunfo de la revolución garantizaría el logro de la revolución mundial.

Pero no es este el aspecto que nos ocupa. Porque no pensamos que la formación de un imaginario a través de un mito requiera de este tipo de dedicación formal; normativa. Bastaba sólo con que la revolución rusa se hubiera dado a conocer para que su simbolismo se extendiera no pocas veces como una nueva religión. No importaba que el desarrollo económico permitiera identificar a la mayoría de países en condiciones de poco avance del capital. Al contrario, pareciera que las mismas condiciones de miseria alentaban a los militantes, y a quienes los respaldaban en sus luchas, a persistir en la acción movidos por la fuerza interior que producían los mitos creados, como lo anotara Mariátegui. Mucho más si tenemos en cuenta que en países como Colombia, la acción autoritaria, despótica y vertical de las élites produjo la necesaria búsqueda de alternativas al tipo de sociedad que se imponía. Principalmente porque no hubo tampoco otro tipo de opciones que marcaran derroteros hacia una nueva sociedad. El liberalismo, incluso, no hizo otra cosa que respaldar procesos oligárquicos que no posibilitaron señales de superación de las condiciones de miseria y de opresión.

Es cierto que en el cambio de la IC, producido por el VI congreso, el Comintern registró que se iniciaba un proceso revolucionario en América Latina; pero con ello no hacía más que

identificar un proceso propio, cuyo desencadenamiento se expresaría simultáneamente al mismo congreso y en los años siguientes. Principalmente porque no se puede hablar de

“homogeneidad internacional del movimiento comunista. Todos los partidos, sin importar cuan estalinizados y serviles fueran, invariablemente asimilaban muchas de las características peculiares de la cultura nacional y las tradiciones radicales de su país”. (Carr, 1986: 24)

La demostración más palmaria de este aserto se produjo con la participación de Mariátegui en el debate internacional reivindicando la tradición de la cultura inca. Ricardo Melgar coincide con el anterior planteamiento afirmando que

“Sería erróneo e injusto afirmar que las secciones adheridas a la IC, reconocidas o no, fueran marionetas de la política soviética, del socialismo en un sólo país. Por el contrario, floreció la defensa de la relativa autonomía de los partidos marxistas en México, Colombia, Ecuador y Perú”. (Melgar Bao, 1982: 127)

De todas maneras, autonomías como éstas tuvieron períodos cortos de sobrevivencia y fueron expresiones de embriones de rebeldía que luego tuvieron desencadenamientos en organizaciones por fuera de los partidos comunistas o simplemente fueron condenados a desaparecer.

2.2.3. SU SOMBRA EN COLOMBIA

El caso que nos ocupa, el colombiano, es muy diciente en este aspecto. En efecto, exigencias como las del cambio de nombre del PSR (1926-1930), hechas por la IC, solo pudieron eludirse hasta 1930, año en que se funda el Partido Comunista de Colombia. Circunstancia que fue similar para el Partido Socialista del Ecuador. De igual manera, sólo hasta allí fue admitida una mayor amplitud en el tipo de militancia que podía pertenecer a la organización y en las alianzas que ésta podía realizar.

Si bien la asistencia del Comintern al PSR no fue constante, para antes de 1930, si se encuentran señales de esas relaciones. Ya en 1927 circulan entre algunos activistas periódicos de células comunistas de Buenos Aires, como *El Luchador*, *El Alpargatero* y *El Hornero*. De igual manera, se conocía el periódico *El Machete* de México y *La Antorcha* de

Madrid, como se deduce de la comparación que hace el militante socialista revolucionario Gonzalo Arce, en enero de 1928, entre esos periódicos y *La Humanidad* dirigido en Cali por Ignacio Torres Giraldo. (AN, FMG, T. 978, fol: 464) Igualmente, se sabe que Nefalí Arce y Alberto Castrillón fueron a Rusia en 1927; luego lo harían Guillermo Hernandez Rodriguez e Ignacio Torres Giraldo. Así mismo, que tanto Castrillón como Mahecha estuvieron en la Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina en 1929. Eso explica que el acercamiento del socialismo revolucionario colombiano a la III Internacional no fuera solo ideológico sino también a través de relaciones directas, por medio de estos desplazamientos y de visitas de delegaciones del Comintern. Pero no con el énfasis como se efectuó en otros países, sobre todo México y los del sur del continente.

Los aspectos doctrinarios e ideológicos eran señalados por el centro de verdad en que se erigía la Internacional. Y no necesariamente por gente de fuera. Bastaba con que se hubiera realizado un viaje a la URSS para que quien regresara ya estuviera unguido con los argumentos de verdad que se debían imponer. Si esto no sucedía, la simple invocación del eje de poder producía los conceptos necesarios para que así fuera aceptado. Los mejores ejemplos son los de Guillermo Hernández Rodríguez, a su regreso de la Unión Soviética, quien rápidamente tomó el control del grupo comunista o el de Ignacio Torres Giraldo; quien estando allá, envió una carta con un mea culpa por sus actuaciones en el PSR.

De tal manera que el mito de la caída del capitalismo era inscrito en el imaginario de la militancia como una corriente inevitable de la historia. Exaltaciones apocalípticas de la acción política así lo confirman; con el peso que tiene que sean mujeres quienes lo hagan por la exclusión de que fueron objeto en la política.

“Nosotras las mujeres de la fábrica, las señoritas asalariadas por el feroz capitalista, las hijas del pueblo, antes que ser las madres conformes y ‘patriarcales’ queremos ser las mujeres de la revolución social, las mujeres de la revolución que vemos venir entre alaridos de miseria y el estampido de los cañonazos disparados contra las fortalezas de la burguesía”.⁴ (Pécaut, 1987: 211)

⁴ Carta de la presidenta de Textiles Monserrate de Bogotá, publicada en *Unirismo*, 14 de junio de 1934; citada por Pécaut, 1987: Orden y Violencia en Colombia, Bogotá: CEREC y Siglo XXI, p. 211.

Simulando una especie de batalla campal en que sus ejércitos están a punto de coronar la victoria. Sin embargo, la misma Internacional daba cuenta de las limitaciones para que esto se produjera. Al hacer un análisis del PC colombiano mostraba lo que consideraba profundas debilidades. Que no se distanciaban de las que le hiciera en vida al PSR, en 1928. Cuya opción para superarlas las veía en alejarse del liberalismo, cambiar de nombre y abrir trabajo obrero, entre las principales. Recomendaciones que resultaron fallidas. Por eso enfatizaban: "los campesinos y los indígenas predominan, junto -y casi a la par- con pequeños burgueses y artesanos. El Partido está prácticamente ausente de las empresas industriales".⁵ (Pécaut, 1987: 202)

De hecho, las directrices de la Internacional fueron asumidas de manera oficial por el Partido Comunista de Colombia hasta su disolución. Incluso, posterior a ello es persistente el reconocimiento del papel directriz de la Unión soviética. Esta fue puesta permanentemente como ejemplo, resaltados sus logros, y, a través de ello, se desprendía la aceptación de sus lineamientos políticos. Aún el Octavo Congreso del Partido Comunista de Colombia, realizado en Bogotá del 7 al 15 de diciembre de 1958, da cuenta de esta orientación y de la pervivencia del mito que analizamos: "Vivimos en la época en que el sistema capitalista está siendo sustituido por el sistema socialista". (Documentos, 1958:3)

De igual manera se expresó en los intentos insurreccionales, como los que se produjeron en algunos países, que dan cuenta también de las especificidades de la región y de cada país. En el caso colombiano se inicia con una primera derrota en 1928 en la masacre de las bananeras, y se aborta definitivamente en julio del año siguiente. Específicamente, cuando tomas aisladas de gobiernos municipales, como el de Libano, Tolima, a nombre de los bolcheviques, y La Gómez, Santander, consagrando y constituyendo una supuesta Colombia Socialista, (Jaramillo Salgado, 1997: 139-150) no fueron más que la demostración de que el mito había obrado hasta en sectores campesinos e indígenas, como eran los pobladores de los lugares que se nombran. Otro es el venezolano, que, en gran parte planificado con los colombianos del PSR, en particular en la frontera con Colombia, fue también fallida. (Retana, 1996: 41) A pesar de ello,

⁵ La Correspondencia Internacional, No. 103, 3 de noviembre de 1935. Citado por Pécaut, op. cit, p. 202.

la toma de la guarnición holandesa de Curazao y el intento de invadir a Coro. recrearon el espíritu bolchevizante que animaban muchas de las acciones; a pesar de que la composición proletaria fuera escasa dentro de su militancia.

Similar reflexión se puede hacer de la lucha insurreccional dirigida por Farabundo Martí en el Salvador. A la vez, del Partido Comunista cubano en que "la idea de revolución obrera y campesina orienta su actividad del 29 al 35". (Retana, 1986: 51) Específicamente, vale la pena destacar el "impulso a la creación de soviets en diversas centrales azucareras" en 1933. Tendencia que se cierra con el levantamiento de Luis Carlos Prestes en el Brasil en 1935; que, si bien tiene características muy particulares, no se distancia, en mucho, de la simbología que marcó la dinámica de la revolución bolchevique. A pesar de los abortos producidos, siguió pesando mucho el imaginario que inducía a creer que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. Quizás tanto como el tiempo que demoró adoptar la táctica de los frentes populares. Aunque con excepciones, como la de Colombia que se puede prolongar mucho más en el tiempo. De igual manera, sobra decir, que de esta directriz se distanciaban todos los demás grupos socialistas que analizamos en este trabajo.

Podemos coincidir con Ruperto Retana en que las prácticas de los partidos y militantes comunistas fueron unas formas de propiciar la modernidad en América Latina. En cuanto que le plantearon al proletariado y sectores populares un proyecto de sociedad, introdujeron la prensa como una manera educativa de difundir su ideología, pusieron a la sociedad, en su conjunto, a elegir su apuesta de sociedad como una de las tantas que la lucha política ofrecía. Pero, igualmente, se puede asegurar que la dinámica de los mitos que se produjeron incentivaron la acción y la pasión revolucionarias, con la particularidad de que introdujeron imaginarios excluyentes, ortodoxos y dogmáticos, transgresores de la institucionalidad, que difícilmente se abrieron paso como rasgos de una nueva cultura política. Es decir, que sólo se aproximaron a construir modernidad; porque los elementos simbólicos, institucionales, discursivos y racionales no lograron producir las raíces suficientes para que fuera un espacio que se ofreciera como alternativa real a las formas dominantes que se habían impuesto. Igualmente, que el énfasis de la Internacional de que la revolución se haría primero por fuera

de Latinoamérica condujo a que los partidos comunistas padecieran la falta de "una verdadera vocación de poder". (Caballero, 1987: 125) Conducta que luego fue fortalecida en la mayoría de países por la colaboración con sectores de las clases dominantes, o con ellas mismas, a través de los frentes populares.

2.3. EL PARTIDO COMUNISTA ABRE CAMINO

No fue solo la represión la que acabó al PSR. También incidió la presión ejercida por la IC y las contradicciones que esto produjo en su seno. Incluyendo la directriz internacional de acelerar los procesos revolucionarios, así fuera para otros países por fuera de Latinoamérica. Factor que pudo incidir notoriamente en la táctica de plan insurreccional en que se vio envuelto. Fue también la inexperiencia en la lucha política y sindical. No menor fue la amplia acogida que tuvo a lo largo y ancho del país, porque rápidamente llevó a una sobreestimación de las fuerzas que tenía la organización. Todo se presentó con un desarrollo tan inusitado que nunca antes había tenido antecedentes en la historia política del país. Un sindicato que se formaba lo hacía investido con la bandera roja que hacía sombra en la fábrica donde había un conflicto obrero- patronal. Los braceros del Río Magdalena hacían el correo que voz a voz llevaba el anuncio de que era posible una nueva sociedad. Los campesinos creían que podían multiplicar las ligas campesinas que preanunciaban la redención agraria y que el PSR era el líder que los orientaría. Los indígenas agotaban las opciones que el peso de las fuerzas dominantes habían aplastado como el signo de los tiempos y recurrían de nuevo a hacer de la voz la expresión de la naturaleza, y de la movilización y de la lucha la posibilidad de garantizar el sentido de pertenencia. Todo ello se apiló en un caudal sin barreras, con cauces temporales. Salido de madre en la huelga de los petroleros de 1927 y en el mar de represión y confusión que produjo la huelga de las bananeras en 1928.

Por último, la presencia de sectores del liberalismo, de corte militarista, arreciaron en su seno la opción insurreccional que precipitó, desde 1927, la orientación de la mayoría de las acciones políticas hacia el logro de ese objetivo. Además, la ortodoxia de la III internacional creó confusión y conflicto en el seno de la organización, porque produjo desconfianza entre

los sectores que se formaron agrupados en quienes tenían la verdad y los que no, y los que eran verdaderos comunistas y los revisionistas, reformistas o pequeñoburgueses.

La desconfianza se hacía más fuerte si identificaba a un aliado inevitable, el liberalismo, como la expresión de la burguesía en el seno de la organización marxista. Orientación que se profundizaba con declaraciones como las de Cuberos Niño, excombatiente liberal de la guerra de los mil días, respecto del comunismo: "Niego formalmente que entre nosotros sea posible siquiera la existencia de un Partido Comunista dándole a esa palabra su verdadera significación". (AN. FMG, T. 983: 76) Signo inequívoco, para el ala comunista, de que esa era la expresión de la burguesía en el seno de la organización revolucionaria.

Sin embargo, el gobierno conservador y la elite de ese partido y de no pocas fracciones de la liberal veían aún en los pocos reductos del PSR una amenaza al orden institucional e incluso al sistema. Los movimientos de sus líderes fueron cobijados de una aureola épica, y vistos como la amenaza de subversión permanente; mientras se les posibilitara contacto con la población. Particularmente, esto ocurrió con Mahecha, quien siguió desplazándose por la zona bananera y con María Cano, a pesar de que ella empezaba ya a marginarse de su vinculación directa de la lucha política. Tomás Uribe Márquez, incluso, a pesar de haber sido detenido a comienzos de 1929, era observado como un revolucionario supremamente peligroso, quien desde la misma cárcel podría incendiar el fervor revolucionario de unas masas resentidas por la oleada de represión de que habían sido objeto y por la difícil situación económica, que se acentuó al finalizar el último período de gobierno de la llamada República Conservadora.

La caracterización que el Partido Comunista ruso hizo de la sociedad colombiana marcó por un largo período la práctica política de socialistas y comunistas. No importaba que se hiciera con informaciones generales que miembros del Comintern obtenían desde Rusia. Esta conducta marcaría la acción política de sus militantes en un largo período del siglo XX. Esto explica, en gran parte, el distanciamiento que se produjo entre la ideología y la práctica, entre los programas y la realidad colombiana. Un ejemplo de ello fue definir, en diciembre de 1928, en la *Gaceta Obrera* de Moscú, que "el proletariado rural e industrial forma la mayoría

de la población de Colombia”, con el afán de justificar su estrategia de dictadura del proletariado, con la cual se fustigaba al PSR como no defensor de la doctrina comunista. En circunstancias en que más del 70% de la población habitaba en el campo y que el desarrollo industrial apenas empezaba a tener su despegue. No obstante, mantenían esa postura y, a través de ella, respaldaban su apreciación de que

“hasta ahora no se encuentra allí un partido comunista susceptible de ponerse a la cabeza del movimiento. Solamente existen organizaciones obreras que, en resumen, son los eslabones que atan el partido a los sindicatos. Están unificadas en un Partido Socialista Revolucionario que, cuando tuvo lugar el último congreso del Komintern, fue admitido a hacer parte de la Internacional Comunista en calidad de simpatizante. Así, el problema esencial consiste en la creación de sindicatos profesionales y de un verdadero partido Comunista” (El subrayado es nuestro). (AN, FMG, T.978, FOL: 55)

Desconoce así la adopción del marxismo que, desde un principio, hiciera el PSR e, igualmente, de la dirección del movimiento de masas que tuvo esta organización hasta 1929. De otra parte, interesa destacar que la “verdad” sobre lo que se hiciera por fuera de la URSS, era definida por el PCUS y el Comintern que era, a su vez, hegemonizado por aquél. Particularmente en la caracterización de lo que era o no comunista. Definición que adquiría el peso suficiente para que fuera adoptado por los partidos comunistas o por fracciones de ellos en los países en que no había mucho desarrollo del movimiento socialista y comunista, como el de Colombia. Explicable porque era la única revolución triunfante en el presente siglo y porque los logros obtenidos en los pocos años de su desarrollo producían prácticamente múltiples fantasías en las esperanzas de no pocos dirigentes marxistas. Qué no decir del pueblo que recibía informaciones generales y vagas sobre lo que acontecía con la revolución.

La Internacional Comunista fue mucho más fuerte en sus críticas. Así se desprende de una carta enviada a la dirigencia del PSR en febrero de 1929, que se convirtió en la Biblia de los comunistas durante un largo período, si registramos que fue reproducida luego en agosto de 1932 en el periódico Tierra del ya constituido Partido Comunista de Colombia. Allí planteaban que

“El Partido se ha dejado guiar hasta el presente sobre todo por impresiones sentimentales, por el entusiasmo de los trabajadores en vuestros mítines, por la simpatía de las masas obreras hacia el socialismo y la revolución, en general. Pero el partido no ha organizado sólidamente esta influencia creando sindicatos de masas, ligas campesinas, organizando el partido mismo como lo debe estar un verdadero partido comunista” (*Tierra, 1932: agosto.*)

Planteamiento que da cuenta de un desconocimiento de la realidad nacional, porque si hubo un período de inserción en el movimiento de masas de un partido marxista, fue ese. Dirigentes del PSR dirigieron las huelgas de los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico en 1926, la de los petroleros en 1927, la de los bananeros en 1928 y las diferentes huelgas y movilizaciones de los braceros del Río Magdalena. Orientaron muchas de las otras huelgas y protestas que se produjeron en empresas manufactureras e industriales e incidieron en la movilización y organización estudiantil. Fundaron organizaciones campesinas y activaron la lucha indígena, cuya mayor expresión fue la participación del líder de la etnia paez Manuel Quintín Lame en el inicio de la organización. (Archila, 1991: cap. 5)

Es cierto que no se amoldaron al esquema disciplinario de los comités o células comunistas. En gran parte porque desconocían las orientaciones en este sentido y porque había poca literatura que les permitiera saber cómo se construía organización a la manera leninista. Además, porque los que viajaron a Europa o a la URSS sólo regresaron al país a partir de 1927, en pleno desarrollo de la estrategia del plan insurreccional. Aunque no se puede llegar al extremo de concluir que no tuvieran bases generales de organización ni que no estuvieran interesados en ello. Por ejemplo, en el pleno del 25 de diciembre de 1928

“una conclusión de gran importancia ... fue la tarea de crearle base celular al partido. Es cierto que esta tarea no se acometió en forma inmediata, sin embargo constituyó un esfuerzo por asimilar los principios leninistas de organización”. (Medina, 1980: 137-138)

Sin embargo, el mismo historiador, que con ese libro hizo historia oficial de la organización, toma ese como un argumento que explica la ausencia de una formación marxista-leninista del PSR. A pesar de ello, es de tener en cuenta que la adopción del marxismo se hizo claramente explícita desde su fundación. En sus periódicos no son pocos los artículos con base teórica marxista y la propuesta de Constitución para la República Socialista de Colombia, que se

derivaría de la insurrección, es de un claro ejercicio y concepción marxista. Así se concluyera que gran parte de él fuera una reproducción de los programas de la revolución rusa y de partidos comunistas europeos.

Eso no es obstáculo para registrar que hubo pocos teóricos en esa doctrina; si así se pudiera denominar a Neftalí Arce, precedido de Luis Tejada quien murió en 1924. Manuel Abella, obrero de la empresa cervecera Bavaria, sostiene que Francisco de Heredia, muerto en un incendio en Costa Rica en 1927, en donde estaba pidiendo ayuda para el plan insurreccional, era uno de los formadores, junto con Moisés Prieto, en la teoría marxista. Aunque, curiosamente, todo lo que recuerda es que les ponían a leer *Las Ruinas de Palmira* de Voltaire y *El ABC del comunismo* de Bujarin. (Abella, 1988) Bases que poco fueron superadas a lo largo del siglo si encontramos que en 1970, en lo que tiene que ver con la captación de militancia por la izquierda marxista, la introducción al marxismo se hacía con este último texto y *El Manifiesto Comunista* y *Salario, precio y ganancia* de Marx. Pocos recurrían a *El Capital*, en la ya difundida versión del Fondo de Cultura Económica. Por supuesto, se leía *Qué hacer* y *Dos pasos adelante, un paso atrás* de Lenin. Bibliografía suficiente para que algunos analistas encuentren que aquí si hubo una sólida formación teórica y no en el periodo del PSR. Regueros Peralta también afirma que la esposa de Guillermo Hernández Rodríguez, la venezolana Carmen Fortul, quien había estado cerca de diez años en la Unión Soviética, fundó una escuela de formación marxista.

Regueros Peralta, es más radical al argumentar que, en la crisis del PSR, no se puede menospreciar la ausencia de una verdadera formación marxista. Pues, según él,

“Al Partido Socialista Revolucionario le faltó doctrina, le faltó marxismo. Entonces, nadie era marxista en Colombia. Se conocía la revolución soviética, pero nadie había asimilado, nadie había leído a fondo a Marx, ni nada. El Partido Socialista, si uno ve las publicaciones de su época, carecía de un bagaje ideológico definido, no lo tuvo ni siquiera anarquista, ni nada”. (Regueros Peralta, 1988)

Si bien una orientación teórica es un factor importante para llevar adelante una revolución social no es suficiente para lograrla. Además, una lectura minuciosa del periódico *La Humanidad* y *La Nueva Era*, entre otros, permiten concluir que sí había fundamentos básicos

del marxismo. Igualmente hay artículos en diferentes medios periódicos de varios anarquistas, entre ellos de Carlos F. León, que demuestran conocimientos del anarquismo. (Jaramillo Salgado, 1997: cap. III) Además de los otros aspectos introducidos anteriormente.

Ideólogos, como Mahecha, María Cano, Tomás Uribe Márquez e Ignacio Torres Giraldo, atendían más al desarrollo propio del movimiento y a la ampliación de la organización que a una mejor formación teórica. De allí que primara bastante la aplicación de contenidos generales, producto de la discusión con las otras corrientes del movimiento socialista y anarquista, y no la rígida disciplina leninista y estalinista de las cuales hacía reclamos la Internacional. Eso hacía que adoptaran la doctrina de dictadura del proletariado, como programa estratégico, pero que no vieran contradictorio aceptar dirigentes y militantes liberales en él puesto que consideraban que era el marxismo el que estaba al mando.

De allí que la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, reunida en Buenos Aires entre el 1 y el 12 de junio de 1929 llegara a afirmar:

‘Este partido, que se llama Socialista Revolucionario, no tiene, de acuerdo a su composición social, nada de común con un Partido Comunista. Es un partido que goza de una considerable influencia sobre las masas, pero que sigue practicando los métodos tradicionales de los partidos latinoamericanos, basados en el caudillismo. Existen jefes con jerarquías perfectas, y la base solo cumple con las órdenes de arriba sin discutir previamente los problemas. En realidad el partido está compuesto por esos jefes -organizados a la manera de un estado mayor-, y a la masa se le puede considerar fuera del partido, ya que no discute nada sino que aplica las resoluciones. De hecho la dirección absoluta del partido es un solo hombre, T. Uribe M. Además de esa dirección personal, llamada CCCC, existe un comité ejecutivo, o comité de honor o algo parecido, INTEGRADO POR ESCRITORES Y PARLAMENTARIOS LIBERALES. Hay todavía una gran confusión entre nuestro partido y el Liberal y es muy difícil distinguir la frontera que separa a ambos, pues el estado mayor del PSR incluye varios caudillos que, al mismo tiempo, pertenecen a la fracción llamada revolucionaria del Partido Liberal’. (Treinta años, 1960: 15)

Los delegados que participaron por el PSR en ese evento fueron Moisés Prieto, Raul Eduardo Mahecha y Heraclio Matallana. Precisamente los menos indicados para que se permitiera establecer parámetros sobre la real situación de la organización. El primero tenía más acercamientos con el liberalismo que con el socialismo revolucionario. De hecho, luego

fue a dar a esa organización. Mahecha era un gran dirigente de masas, pero ideológicamente situado más próximamente al anarquismo. El último es un personaje desconocido que Medina identifica como “dirigente local del partido en la región de Chiquinquirá”. Lo contradictorio es que Ignacio Torres Giraldo es llamado a Moscú, como dirigente de la CON, perteneciendo al secretariado permanente de la PROFINTERN. Con ello se estaba notificando que, según sus criterios, había un dirigente que se merecía ese honor; solo otorgable a quienes se destacaban por su trabajo práctico y su formación ideológica en el marxismo. El mismo Medina en la historia oficial del Partido Comunista califica a Tomás Uribe Márquez, María Cano, Angel María Cano y Jorge del Bosque como las figuras “más honestas y prestigiosas” de la organización. Significamos, así que el estudio sobre el PSR era muy superficial y controlado desde un criterio de verdad que impuso la IC y el sector que se fue perfilando como su apoyo dentro del Partido local.

Por eso la IC ordena

“Organizar el partido como un partido de clase y absolutamente independiente y distinto de los demás por toda su ideología, su programa, sus métodos de lucha, en todo el país... Ampliar el Comité Central con los mejores militantes de provincias, en particular, por los representantes de las regiones industriales más importantes desde el punto de vista de la economía del país.. a fin de que el comité Central sea un órgano verdaderamente proletario ligado a las regiones más importantes. Es preciso tender a que el Comité Central sea constituido por una mayoría de obreros para dar y mantener al partido su necesario carácter proletario. Pero es preciso que el partido , férreamente organizado, sea proletario no solamente en su composición social , sino también en toda su ideología, en toda su mentalidad de clase.” (Mejía, 1983: 61)

Se enfatiza así un carácter obrerista que no concuerda con el verdadero desarrollo industrial, sindical y de movilización obrera que tenía el país. Así quedaba claro, también, que solo produciendo estos cambios era posible tener el respaldo del máximo organismo internacional de los comunistas. Esto hizo que el sector proclive a aceptar estas orientaciones organizara una corriente interna que confrontara la dirección del PSR y que no asumiera con disciplina las tareas que se había señalado para el movimiento de masas. Era tan pequeña esta oposición y tan fuerte el respaldo a la organización que poco efecto hizo este sector en su interior.

Sin embargo, tan pronto se produjo la masacre de las bananeras, con la secuela de persecución de cuanto militante socialista revolucionario se conociera, y la policía descubrió el plan organizativo y militar para la realización del plan insurreccional, los representantes de esta fracción se fueron a la ofensiva. Situación que se agravó con las fallidas movilizaciones insurgentes del pueblo en varias regiones, creyendo que estaban obedeciendo al unísono al proceso de toma del poder para instaurar la República socialista de Colombia. Como aquella que se produjera en San Vicente de Chucurí. Allí, el pueblo en armas se insurreccionó coreando las consignas “Viva la revolución socialista! Turbado el orden público! Abajo el gobierno!”. El control de éstas y otras movilizaciones de otras regiones se produjo brutalmente, a través de la más abierta represión. Acción que le dio el golpe final a la existencia del PSR y que fue aprovechada por el sector que se abría paso para colocarse como dominante.

La intervención de Alberto Castrillón, militante del PSR, en la Conferencia Comunista Latinoamericana fue la expresión más radical de la fracción que venimos señalando. Calificó la participación de los socialistas revolucionarios en la huelga de las bananeras como aventurera y anárquica, y, como tal, expresión de la pequeña burguesía y la burguesía liberal en el seno del movimiento revolucionario. Produjo así no sólo la presión del comunismo latinoamericano para hacer que la organización se redefiniera, sino que fue el signo que marcó lo que sería el proceso posterior.

Sector que fortaleció Guillermo Hernández Rodríguez, quien había regresado de la URSS en 1927, ahora con instrucciones claras de los dirigentes soviéticos de que su guía fueran las directrices de la IC. Acción que fue fortalecida en corto plazo por Luis Vidales, quien paralelamente estuvo también en Europa y de Ignacio Torres Giraldo, miembro del comité latinoamericano del Cominter, radicado en Moscú. Los tres fueron sucesivamente Secretarios generales del Partido Comunista.

Se debe tener en cuenta que no sólo estos factores llevaron a la crisis del PSR. Regueros Peralta enfatiza que también incidió el triunfo del liberalismo por la división que se produjo en el Partido Conservador entre dos candidatos. Porque

“Abrió entonces la nueva esperanza y era la tradición revolucionaria, era la tradición del siglo pasado, de la lucha contra la esclavitud, era la guerra de los mil días, era el renacer de una vieja esperanza... en la que el pueblo colombiano podía creer profundamente porque tenía todos los antecedentes gloriosos del liberalismo colombiano”. (Regueros Peralta, 1988: 4)

Esta tesis tiene importancia sobre todo en lo que se relaciona con el imaginario que el pueblo se fue formando del liberalismo. Porque la historia política institucional da cuenta de permanentes conciliaciones de sectores de esa organización con el Partido Conservador en el poder, que limitan los alcances de ese planteamiento. De tal manera que lo que permanecía era un símbolo que, ante los desarrollos de las luchas políticas modernas, era representado como más proclive a la defensa de los intereses populares. Factor que le restaría militantes tanto al socialismo revolucionario como al Partido Comunista, tan pronto se fundara. A la vez, también explica, desde ese momento, la histórica dificultad de constituir terceras fuerzas.

Por eso, podríamos concluir, que los diferentes aspectos señalados horadaron las bases de la organización, unos más que otros, dependiendo del sentido que se le quiera dar. Sin embargo, a ellos se debe agregar el peso significativo de no haber una memoria histórica propia de organizaciones de este tipo. Ni tampoco un avance destacado del desarrollo industrial y de su correlato la sindicalización. No menor trascendencia tiene el hecho de que el PSR fue el espacio de depuración de diferentes corrientes políticas que habían confluído en el Partido Socialista. A la vez, que en un corto período se vio enfrentado a un desbordante movimiento de masas, cuya atención impidió lograr la cohesión interna necesaria para darle permanencia a la organización. Bastaría recordar que fue fundado en noviembre de 1926 y de inmediato tuvo que sortear la demanda de la huelga del ferrocarril del Pacífico, que se salió del escenario estrictamente laboral para incorporar a amplios sectores de la población. Luego, en 1927, tuvo que enfrentar la huelga de los trabajadores petroleros que también, desde ese entonces, vinculaba a toda la población de la región, circunstancia que multiplicaba los esfuerzos para garantizar el éxito del movimiento; sin que para esa ocasión se hubiera logrado. De trascendencia fueron también las giras que María Cano e Ignacio

Torres Giraldo hicieron por varias ciudades del país; las cuales le dieron una mayor proyección a la organización⁶.

En esas condiciones, el sector comunista convocó a un pleno de lo que quedaba del PSR. Lo hizo a fines de noviembre de 1929 para definir su participación en las elecciones presidenciales. El 6 de diciembre, en el primer aniversario de la masacre de las bananeras, fue aprobada la candidatura presidencial de Alberto Castrillón. Inicialmente produjo entusiasmo porque era respaldado por personalidades y algunos sectores del liberalismo. Sin embargo, tan pronto el Partido Liberal decidió participar con la candidatura de Olaya Herrera, ante la división del conservatismo, las expectativas se esfumaron y el apoyo se vino a tierra. Tanto que el resultado electoral fue de solo 564 votos a favor del candidato del PSR.

Si bien el significado de este resultado electoral demostró que la fuerza del partido en cuanto tal estaba reducida a esa expresión, se imponía la directriz del grupo radical de formar una organización con las orientaciones de la Internacional Comunista. De tal manera que la apabullante derrota no produjo el síndrome de la deserción sino que fue acicate para fortalecer la tendencia que asumía la debilidad por causa del predominio de orientaciones "pequeñoburguesas" y anarquistas dentro del PSR. Curiosamente, los convocantes al pleno de esa organización para el 5 de julio de 1930, eran, en gran parte, los mismos que integraban la dirigencia del socialismo revolucionario. Por supuesto, dirigentes liberales como Cuberos Niño o Felipe Lleras, quienes estuvieron muy cercanos de la actividad del PSR, no fueron invitados a ese evento. Hubo una comisión de la Internacional que, al parecer, tenía la misión de hacer cumplir las recomendaciones hechas el año anterior. Estaba integrada por Guillermo Hernández Rodríguez, su esposa y el "camarada Méndez", seudónimo del comunista de origen norteamericano, James Harfield. (Medina, 1980: 166) De esto no puede concluirse que la convocatoria al pleno se debió a esta mediación o a su acción directa, como lo afirma la evaluación del PC en *Treinta Años de Lucha del Partido*

⁶ Es por ello, y por su incidencia en el incipiente movimiento de masas que Pécaut llega a afirmar que "El 'Socialismo Revolucionario' logró en realidad llegar a ser en poco tiempo el lenguaje en el cual se expresaban numerosos sectores campesinos, artesanos y obreros, aunque simultáneamente permanecieran vinculados al Partido Liberal. Casi no se volverá a encontrar en mucho tiempo, un parecido estado de movilización política". (Pécaut, 1987: 100) Reconocimiento

Comunista de Colombia.⁷ Lo que sí es claro es que su presencia fortaleció la orientación dogmática que rápidamente se impuso y declaró fundado el Partido Comunista de Colombia el 17 de julio de ese año.

Entre los más activos participantes en esta reunión figuraron el bracero Jorge del Bosque, dirigente de los trabajadores del río Magdalena y de la Costa Atlántica; Ángel María Cano, veterano dirigente obrero girardoteño; David Forero, obrero albañil bogotano; José G Russo, de la Zona bananera; José Gonzalo Sánchez, dirigente indígena del Cauca; y Leopoldo Vela Solórzano, señalado como el más firme y consecuente de los elementos de la pequeñaburguesía que por entonces se vincularon al movimiento obrero y revolucionario. Tomás Uribe Márquez, Cesar Guerrero y otros asistentes a este pleno

“El primer comité Central estuvo constituido por: Guillermo Hernandez, Tomás Uribe Márquez, Jesus Cuervo, David Forero, Elvira Medina, Manuel Abella, Luis E. Cortés, Fideligno Cuellar, Servio Tulio Sánchez, Rafael Baquero, Pedro Abella, Pablo Emilio Sabogal, José Gonzalo Sanchez, Angel M. Cano, Jorge Del Bosque, María Cano, José G. Russo, Esteban Sánchez. (El secretario general fue GHR)”. (Medina, 1982: 168)

Se fundaba así el primer Partido Comunista en la historia de Colombia.

2.3.1. LA BRUJERÍA CONDENADA

La cultura occidental introdujo, a lo largo de su historia, dos grandes parámetros de fundamentación de la verdad: Dios y la razón. Se podría integrar y priorizar en la razón en tanto que teólogos como San Agustín, Santo Tomás de Aquino y San Anselmo, acudían a ella para explicar sus fundamentos teológicos; así argumentaran que la razón se supeditaba a la fe. Sin embargo, la formación de imaginarios políticos y sociales, estuvo dominada en no pocos casos, en sociedades y períodos históricos diferentes, como fue trabajado anteriormente, por la idea de Dios; por lo cual es pertinente la separación.

básico, así nos distanciamos de él en esa apreciación mecánica de que la militancia estaba adscrita al liberalismo porque éste tenía algunos de sus dirigentes en el PSR.

⁷ Este texto es una historia oficial del Partido, anterior a la citada de Medófilo Medina, en que internamente la organización hace una revisión de los aciertos y desaciertos; según su versión de ese momento histórico. Interpretación que sería luego superada o corregida por la Historia que hemos mencionado.

Foucault, apoyándose en Nietzsche, identificó formas de exclusión que provienen del establecimiento de un fundamento de verdad. A través de ello se estableció qué era y qué no era ciencia y sus resultados se hicieron extensivos a las prácticas sociales que fueron clasificadas dentro de la relación dual de lo verdadero o falso, lo normal y lo anormal, lo aceptable y lo punible. Por eso, ejemplos de ello se encuentran no sólo en la iglesia con la inquisición sino también en lo institucional, estatal, social y cultural. Instrumentos necesarios para aplicarlo como medios que justificaran la forma de garantizar el orden, la “civilización”, la tradición, etc. De allí que surgieran las cárceles, los manicomios, los hospitales. La misma escuela reprodujo formas de control y de sanción social.

De esa manera, fueron introducidos en los estados imaginarios políticos que a nombre de una verdad excluían, sancionaban al contradictor. Se puede argumentar que este planteamiento es posible de generalizar a toda forma de sociedad y de Estado; sin embargo, nos interesa destacarlos para aquellos que se inscribieron dentro de la cultura occidental, y, más particularmente, dentro del capitalismo.

En la lucha política que se produjo en el advenimiento y consolidación del capitalismo se crearon proyectos políticos de orientación socialista que se plantearon como alternativa al capitalismo. Algunos de ellos, como corrientes anarquistas y marxistas, se planteaban, incluso, la destrucción total del capitalismo. A pesar de ello, retomaron el fundamento de verdad de la racionalidad occidental como uno de sus pilares. En este caso, el del marxismo, con el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Las discusiones teóricas y políticas de los años 60 y 70 de este siglo llegaron hasta su polarización por la aceptación, de uno de sus bandos, de que la sociedad comunista sería una sociedad científica. Unas y otras argumentaciones que se encontraran dentro de esta orientación no sólo condenaban a los que identificaban como sus enemigos, la burguesía y los terratenientes, sino también a todos aquellos que se distanciaban de sus parámetros de científicidad; es decir, de verdad.

Dentro de esta clasificación en oposiciones se encuentra la brujería, como discurso y práctica que muchas veces se hace extensiva a la superstición, el esoterismo, etc. y que,

predominantemente, se identifican como propio de la cultura popular, pero que atraviesan muchas culturas, imaginarios, discursos, y prácticas sociales.

El marxismo las descalificó desde las confrontaciones que Marx y Engels hicieron a la religión. Calificándola en la Ideología Alemana de "mixtificadora" o falseadora de la realidad. Opinión que fue radicalizada más tarde, cuando Marx la calificó como "el opio del pueblo". De esta manera se produjo una simbología que iba desde asociar sus prácticas con los intereses de las clases dominantes hasta una actitud lastimera, o de abierta confrontación cuando militantes o personas del pueblo participaban en ellas.

No se trata de hacer un estudio sistemático de lo que es la brujería, y prácticas afines, o lo que en un texto es definido como tal. Ni su proceso en un periodo de la historia colombiana. Es más bien el análisis del significado que tuvo para el imaginario y la ideología comunista la práctica en esa dirección de uno de los militantes comunistas; contextualizado con algunos fundamentos de verdad que le fueron correspondientes, y sus inevitables implicaciones.

2.3.1.1. IGLESIA Y BRUJERÍA.

En el libro *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Carlo Ginzburg nos plantea una posibilidad de lectura del discurso y práctica de la brujería, que podemos asociar con elementos culturales de larga duración; según la historia de las mentalidades. Opción que nos permitirá discurrir sobre el problema que nos ocupa. Son varios los aspectos que se pueden seleccionar del texto mencionado; sin embargo, se puede partir de tomar las críticas que hace a quienes pretende superar en el tema que investiga. Por ejemplo, cuando afirma que

"Sorprende sobre todo el hecho de que, con poquísimas excepciones, dichas investigaciones han seguido, como en el pasado, concentrándose de manera casi exclusiva en la persecución, prestando una menor o nula atención a las actitudes y comportamientos de los perseguidos". "La justificación más explícita -continua- de esta elección interpretativa la ha dado, en un ensayo muy notable, H. R. Trevor-Roper. Cómo es posible, se pregunta, que una sociedad culta y progresista como la europea desencadenara, precisamente en la edad de la llamada revolución científica, una persecución basada en una idea delirante de la brujería (witch craze), fruto de la reelaboración sistemática, efectuada por los clérigos de la edad media tardía, de una serie de creencias populares?" (Ginzburg, 1991: 13)

Aunque hace un cuestionamiento a esta orientación por quedarse o enfatizar en la persecución que se hacía a quienes realizaban este tipo de prácticas, es importante tenerla en cuenta en este análisis, precisamente porque ella incorpora la represión a la brujería que se aplicó en un período histórico muy posterior y por orientaciones ideológicas e institucionales diferentes. De allí que la sorpresa que el autor manifiesta porque en la Europa del siglo XV se hubiera dado ese tipo de represión se hace mayor si una expresión similar se encuentra en el siglo XX.

De otra parte, él mismo plantea que el 4 de septiembre de 1409, el Papa Alejandro VI, el franciscano Pietro Filargis, arzobispo de Milán, elegido en el Concilio de Pisa, en junio de ese mismo año, envió desde esa ciudad una bula dirigida al franciscano Ponce-Fougeyron, "quien ejercía las funciones de inquisidor general en una zona muy vasta". En ella decía:

"hay también en la misma zona muchos cristianos y judíos, que practican la brujería, las adivinaciones, las invocaciones diabólicas, los conjuros mágicos, supersticiones y artes malvadas prohibidas, con lo que pervierten y corrompen a muchos cristianos. (...) En cuanto a los cristianos (...) culpables de estos errores, es preciso vigilarlos". (Ginzburg, 1991: 68)

Es decir, no solo se establecen los elementos discursivos de un imaginario construido por la iglesia en este tiempo por la vía de la oposición a todo aquello que condujera a contradecir sus postulados básicos o a socabar sus cimientos institucionales, sino también, la acción práctica a través de la represión que tendiera a contrarrestarlos. Todo aquello que se oponía a los preceptos bíblicos y eclesiásticos era identificado como el signo del mal, del demonio o de la barbarie; por tanto, causal de confrontación o aniquilamiento en tanto desestructuraba los cimientos del orden teológico, sustrato del orden social. Por eso el autor encuentra que "el elemento unificador de estas oleadas persecutorias es, al modificarse su objetivo (leprosos-judíos; judíos; judíos-brujas), la imagen obsesiva del complot urdido contra la sociedad". (Ginzburg, 1991: 71)

2.3.1.2. BRUJERÍA Y COMUNISMO

Estos sentidos que se establecieron en las primeras centurias del segundo milenio tuvieron su expresión en el siglo XX; desde discursos, ideologías y prácticas que son contrapuestas a las que se hace referencia. No ya desde aquella que se reclamaba como iglesia y llamada desde todo origen a defender y garantizar el bien. Sino desde una postura que se definía como contraria a toda religiosidad; desde una filosofía que decía construirse en los mismos fundamentos de la ciencia; desde una organización que luchaba por destruir los cimientos de la sociedad que erigía la religión en un dogma de fe dominante, invirtiendo su realidad de explotación y dominación.

Un registro específico lo encontramos en el Partido Comunista de Colombia en 1931. Particularmente, en el Comité regional de esa organización, en Santa Marta, en la Costa Norte de Colombia. Sin embargo, en la revisión de archivo, realizada hasta el momento, y en la bibliografía sobre el período no se encuentra un caso similar, solo expresiones generales en contra de la superstición. Lo cual no indica, necesariamente, que no los hubiera. Aunque Mauricio Archila hace la observación que Ignacio Torres Giraldo, en un Anecdótico personal que tenía, planteaba que era preocupante esta práctica y que estaba muy generalizada en diferentes sectores populares. Su preocupación mayor se producía porque los militantes comunistas la ejercían. (Archila, 1991: 225)

En el acta de la reunión del 28 de julio de dicho comité encontramos en último lugar del orden del día “el asunto del c. Márquez”.⁸ No hay nada que indique que se hubieran dado hechos o acusaciones previas; puesto que las intervenciones del mencionado militante aparecen desprovistas de prevención, reticencias o de referencias al hecho. Tampoco hay comentarios que previamente se hubieran producido, lo mismo que los de otros participantes en la reunión. Igualmente, porque tampoco hay señalamientos sobre el hecho en actas anteriores a la que se analiza. En síntesis, la sesión se realizó dentro de los parámetros propios de ese tipo de eventos y como cualquier reunión ordinaria de una organización.

⁸ Acta de la reunión del Comité regional De Santa Marta del Partido Comunista de Colombia, del 28 de julio de 1928. Archivo Nacional de Colombia, Fondo Mingobierno, Sala República, Sección 1a., T. 1025, folio 445. Las referencias que se siguen presentando entre comillas pertenecen a este documento.

Cuando se llega al punto, se enuncia la acusación: “la brujería que ejerce el c. Márquez”, sin que se diga en qué consiste la práctica que cuestiona. El mismo acusador la explica por “la ignorancia de los que ejercen la superstición”, que fácilmente se puede asociar con la ausencia de claridad de la ideología marxista -leninista. Es decir, para los comunistas de ese momento, la superstición solo cabe darse en quienes no han superado la confusión en que los mantiene la ideología dominante. Aquellos que no han comprendido la “ciencia del proletariado” (VII Congreso, 1984: 221), como era difundida por la III Internacional, el denominado Socialismo Científico.

Luego, avanzan introduciendo lo que será la causal de sanción: “los prejuicios que ocasionan al Partido Comunista tales sectas y por eso considera como delito suficiente para expulsarlo”. Se parte de principios situados en un dogma preestablecido que, desde la mencionada ciencia, condena este tipo de prácticas y las que le sean colaterales. Ni siquiera hay una manera diferente de la asumida por la iglesia en el tratamiento que se le da a quienes incurrir en ello. No hay investigación ni lo que los abogados denominan debido proceso. Solo se atienen a lo que dicen haber visto unos policías y, seguramente, a lo que se oye en la cotidianidad de la región. Es bien contradictorio que los referentes con los cuales sustentan la acusación fueran aportados por comentarios de la policía. Aspecto que no deja de ser importante para el análisis si se considera que la población de la Costa Norte, y sobre todo los activistas revolucionarios y sindicales, no habían borrado las imágenes de los centenares de muertos en la masacre de las bananeras. Identificaron muy bien como culpables al ejército y la policía; lo cual indica que la representación que los comunistas se hacían de los gendarmes no era del funcionario neutral, nunca la han hecho de esa manera, sino de alguien que consideraban atado a los intereses de las clases dominantes.

Sin embargo. hay que tener en cuenta que

“El brujo ocupa el universo de lo escondido, manipula el desorden, invierte las convenciones sociales y las conductas... El brujo es el agente de la puesta al revés de la sociedad; provoca las acciones no conformes a la costumbre” (Balandier, 1994: 79-80)

Por ello no es extraño que los comunistas se sintieran también interpelados por la práctica de la brujería, y que respecto a ella obraran como otra iglesia a la que se le produce una fracturación de su imaginario cientifista, y revolucionario del orden que le da vigencia a la religión. Así, la militancia en el comunismo, y una eficaz y responsable acción consecuente con ello, no curaba al practicante de la representación negativa que de ello hacia la dirigencia. Y no por una reacción psicológica o subjetiva sino porque los fundamentos de verdad del marxismo leninismo así lo predicaban. Acción más que contradictoria si tenemos en cuenta que aquella práctica es frecuente en todos los sectores populares del país y que, por tanto, los militantes comunistas convivirán con ella; así haya un mandato que lo prohíba tanto de la iglesia como de la organización comunista.

Michael Taussig hace un importante aporte sobre este aspecto, en el caso colombiano. Muestra como los proletarios negros de las plantaciones de azúcar del Valle del Cauca, las más grandes del país, hacen pactos con el diablo, ayudados por un brujo. No simplemente en un ritual religioso sino también asignándole una función política y social a los mismos. Pues era una forma de defenderse o de atacar a los patronos o a sus mandos medios. Hasta el punto que cuando alguno de ellos se daba cuenta de los “poderes” de un trabajador, de inmediato lo despedían.⁹ Su espectro de influencia es mucho más amplio porque ven en el diablo “una imagen que ilumina la autoconciencia de una cultura de la amenaza planteada contra su integridad” (Taussig, 1993: 131-133) Introduce, además, un elemento de interpretación, para el caso que nos ocupa, que es una de sus tesis centrales:

“A medida que la nueva forma de sociedad lucha por imponerse a la anterior, a medida que las clases gobernantes intentan sujetar los principios rectores a una nueva tradición, la cosmogonía preexistente de sus trabajadores se transforma en un frente de resistencia crítico, o de mediación, o de ambos”. (Taussig, 1993: 139)

Lo cual facilita una explicación de la práctica de brujería del militante que nos ocupa. Ahora, tampoco puede circunscribirse a ello. Puesto que trasciende las formas de sociedad. En este

⁹ Dicho trabajo se circunscribe a los proletarios negros agrícolas de los departamentos del Cauca y Valle del Cauca. Algunas de sus afirmaciones dan a entender una exclusividad de estas prácticas dentro de esos grupos étnicos; sin embargo, la brujería, la magia, los pactos con el diablo son prácticas efectuadas en gran parte de la geografía nacional. Los relatos sobre las mismas de bandoleros, entre 1948 y 1964, y de sicarios, a partir de 1984, no son más que la expresión de algo mucho más enraizado en las diferentes formas culturales de la vida del país.

caso, por ejemplo, ya analizamos, en el primer capítulo, como la brujería fue condenada desde el siglo IX por la iglesia. Por tanto, reprimida por una forma de sociedad diferente de la capitalista que es el contexto donde se produce lo que ahora es objeto de condena.

Fuera de ello, el juicio no lo realiza aquí un actor de la clase gobernante sino uno que se reclama defensor de los intereses de la clase contraria a ella: el proletariado. De tal manera, se produce una voluntad de verdad que poco se diferencia de la invocada por la iglesia católica. Sin embargo, con la necesaria fuerza para imponerla. Razón suficiente para obviar la procedencia de la información y enfatizar que los policías informaron de un “hallazgo de velorio macabro”, cuyo señalamiento como tal no parece tan importante. Si lo es el hecho de que

“El comandante de la policía al abrir la maleta y al ver los papeles comunistas junto con las oraciones, prorrumpió con palabras asquerosas contra el partido diciendo que si ese eran los modos vivendos de los comunistas, engañar a la humanidad. Estas fueron las menos ofensivas entre las tantas que dijo”. El acusador dice: “es un caso crítico y vergonzoso el que los comunistas velemos calaveras y que no se puede tolerar toda ideología. Puso a continuación el ejemplo del c. Lenin”.

De tal manera que lo que se confronta es la asociación que públicamente se hiciera de la acción comunista con la acción esotérica. Sin tener en cuenta la fuente misma de la acusación que está radicada en el aparato estatal que ellos confrontan ni la trayectoria del inculpado en su compromiso con la organización. Nada mas revelador que el dicho popular de “cacería de brujas” cuando se hace referencia a la búsqueda de culpables sin que haya sujetos claramente identificables, para asociarlo con lo que aquí se analiza. No sobra precisar que no está muy distante del de la iglesia el imaginario que los comunistas se hacían de los que estaban por fuera de su ideario. Tampoco del tratamiento que aquella le daba a estos casos.

En efecto, no valió la voz del mismo acusado para que se reconsiderara ser puesto en entredicho:

“Si no son aceptados en el grupo comunista los supersticiosos que se le destituya del cuerpo pero que no dejará de ser comunista, pero que tampoco olvida sus costumbres porque son herencia de su padre”.

Al contrario, para el tipo de “jueces” que enfrentaba, esto no demostraba más que la reiteración de aquello que se estaba condenando. Su ingenuidad y la reivindicación de su inmediata tradición familiar no podían ser elementos que contrarrestaran el peso de una verdad y de un imaginario que se imponían desde otra tradición: la revolución comunista. Como se puede advertir, no hubo una acción política del militante tendiente a generalizar aquella práctica a toda la militancia o a la sociedad, sino que bastó su identificación simbólica desde el imaginario comunista, para argumentar el impacto que podía tener política y socialmente.

De otra parte, se puede advertir que no es una acción cerrada de la organización, algo que se produce solo desde su interior sino que también entran en juego el rumor, el ver, lo visto la anatematización de ciertas expresiones simbólicas, sociales y culturales que había producido la iglesia, el rol social de una práctica condenada y, en este caso, el estatuto de verdad establecido desde un saber elaborado por las jerarquías de la organización.

Puesta en consideración la proposición del acusador de expulsar al acusado “fue aprobada por la mayor parte del grupo”.

Es importante anotar que esta es una línea de investigación que se abre y que, por tanto, los aspectos aquí planteados todavía quedan en la superficie. Mucho más si tenemos en cuenta que el caso aquí analizado se produjo antes de la alineación más estricta de la organización política con la Internacional Comunista y con el proceso de estalinización del comunismo internacional. Que estableció unos códigos de militancia de un mayor control de los niveles inferiores de la organización por parte de los órganos superiores de la misma. En efecto, seis años después, en 1934, ya en pleno período estalinista, se hacía énfasis sobre la necesidad de garantizar el cumplimiento de los estatutos. A partir de señalar la conducta que se debía adoptar cuando se vulneraba la disciplina. Aún allí, planteaba la “expulsión”, como “la última medida organizacional. Pero no se aplica sino cuando se han agotado todos los

medios tendientes a salvar al militante de la pendiente” (El Bolchevique, No. 22, ag. 25, 1934: 3) Lo cual implica que, en el caso analizado, estos parámetros le hubieran permitido al militante enjuiciado lo que en la jerga organizativa se definía como “rectificación”.

A no ser que la brujería estuviera considerada entre los casos que conducían a la expulsión “sin más término que la comprobación necesaria de los hechos”. Entre los cuales, en la lista enunciada en el periódico oficial del PC, no hay ninguno que, de manera directa, se refiere a la práctica sancionada en el Norte de Colombia. A no ser que sea asociada con “traición a los intereses del proletariado y de las masas trabajadoras”¹⁰.

Posteriormente, ya en 1946, hay otro caso de expulsión que no está directamente relacionado con una conducta política. Ahora no por prácticas esotéricas, como en el anterior, sino por otra que tiene que ver con la cotidianidad que producía las desigualdades social y económica que obligaban a muchos ciudadanos a buscar recursos para poder sobrevivir. Práctica que seguramente era reconocida por dirigentes de la organización en el momento de aceptar su militancia, pero que sólo se vuelve condenable cuando el fundamento de verdad cambia y se hace útil al mantenimiento de un polo en la correlación de fuerzas. Es así como el militante Efrain España fue expulsado por “agiotista, inculto, y no responsable con sus compromisos en la organización”¹¹. Así él defendiera que su conducta enfrentaba a los usureros capitalistas porque le prestaba dinero a sus camaradas con intereses inferiores a los que ellos imponían. Aspectos que tampoco estaban incluidos en la normatividad partidaria. Aunque ello no era necesario porque bastaba con que cualquier órgano de dirección así lo estableciera para que se constituyera en mandato para toda la organización. No obstante, Vieira afirma que los estatutos del Partido, en ese período, eran “sumamente puritanos”; tanto que se establecía “que no podían militar en el partido homosexuales, etc. sin saber porqué”. (Vieira, 1996: 17)

¹⁰ Otras conductas objeto de expulsión establecidas en los estatutos fueron los siguientes: “b) Abandono de cargos o puestos de responsabilidad (...); c) Delación por corrupción o cobardía de trabajos de miembros locales, direcciones y otras ligazones del partido; d) Negociar o apoyar negociaciones con partidos enemigos o sus agentes a espaldas del organismo a que se pertenece que comprometa o entregue los principios y las prácticas del partido del proletariado, de los sindicatos rojos y otras organizaciones de masas, y e) Solicitar o aceptar puestos públicos con carácter de

2.3.2. EXORCIZADO EL LIBERALISMO

La conducta del comunismo frente al liberalismo fue de permanente confrontación desde su fundación. Si la iglesia se representaba al comunismo por la vía de los símbolos satánicos, ahora éste no hacía menos con el liberalismo. Es decir, personificaba en él todo lo negativo de la sociedad y, por tanto, con las características indispensables para constituirlo en su enemigo; un satán en su versión política y social. Por supuesto, ya no con la imagen del satán construido por la iglesia, ni la iconografía y simbología que le eran asociados puesto que, en su discurso, partían de principios que los alejaban de principios religiosos. La representación que se hacía de él era de lacayo del imperialismo. Es decir de quien no hacía más que recibir órdenes del amo del norte. Lo identificaba también como demagogo. Su pretensión de ser portador de una ideología revolucionaria no le significaba más que la máscara con la cual encubría su profundo interés de clase burgués y su obsecuente servidumbre a los monopolios norteamericanos.

La masa no sabía qué era el imperialismo. La separación de Panamá fue tomada como eso, una separación. Pues la agitación del papel de Estados Unidos en ello quedó reducida a los recintos parlamentarios, a la vida burocrática del sector central del Estado, y a uno que otro artículo de algunos de los intelectuales de izquierda del momento. De tal manera que el rechazo a la acción del imperio no fue una acción masiva ni de amplia opinión pública. Sólo el PSR, incluyó esa como una de sus banderas, pero no con la contundencia que luego lo hiciera el PC; aunque con las limitaciones de su precario arraigo en las masas.

Los comunistas sí lo tomaron como factor necesario dentro de su acción política. Le dieron cuerpo a la lucha antiimperialista como la principal dentro de su acción. y, en gran parte, la personificaban en la acción gubernamental. Así lo hicieron con Olaya Herrera, y luego, en el inicio de su gobierno, con López Pumarejo. Trataba en ese momento de diferenciarse de las prácticas del PSR en sus relaciones con sectores del liberalismo y de implementar la orientación de la IC de su política de "clase contra clase". De tal manera que no veía

funcionarios designados por el gobierno o sus dependencias". "Elevemos la disciplina". En *El Bolchevique* No. 22, agosto 25 de 1934: 3.

¹¹ La resolución es transcrita en *La Voz del Pueblo*, No. 10, de diciembre 14 de 1946: 2, de Popayán, Colombia.

diferencias entre ese gobierno y los de la República conservadora que le había antecedido. Máxime que Olaya no quiso hacer un rompimiento tajante con el Partido Conservador y que las concesiones que le hacía creaba no pocas actitudes desesperadas en sectores del liberalismo y radicalizaba la representación que se hacía de él el Partido comunista.

Asumía así el carácter de clase del Estado. Representándose de una manera homogénea. Al hacerlo, difícilmente podía detectar que aún como Estado burgués estaba lejos de serlo. No había una ideología de la burguesía en lo económico; ni tampoco, en lo político, principios ideológicos que le dieran cohesión y consistencia. Los elementos de modernidad que incorporaba eran fragmentarios, cedidos en lo fundamental a una iglesia portadora de proyectos culturales y de formas sociales que se querían superar. Dice Pécaut que “apenas si es un agente político de constitución de la nación”. Aún así, igualmente distante de los parámetros clásicos de la constitución del Estado-Nación. Tanto, que registra, para el período 1930-1945, “en los sindicatos y el Partido Comunista la defensa de los intereses nacionales” (Pécaut, 1987: 21) y ya sabemos de qué manera. El extremo se puede encontrar en que, al finalizar el siglo XX, un colombiano en el exterior difícilmente podía identificar los rasgos de su nacionalidad. Por eso el mencionado autor plantea que al no resolver los aspectos que le dan cohesión y legitimidad, el Estado “parece estar atrapado siempre en las tormentas de una sociedad civil que no deja que se la olvide, llevado a rastras por sus divisiones y sometido a sus exigencias”. (Pécaut, 1987: 19) Características más que significativas para situar el devenir del régimen liberal que se iniciaba.

No se puede olvidar que era un gobierno de transición, después de cuarenta y cuatro años de control hegemónico del Partido Conservador aliado con la iglesia. Por ello, quizás asumió su gestión bajo lo que llamó la Unión Republicana; con la pretensión de no agudizar los conflictos. A la vez, que le correspondió, justamente, la crisis del capitalismo del 29. Su impacto no fue en Colombia con la intensidad del que se produjo en otros países de América Latina. No otra cosa se puede derivar de “la fundación de 842 establecimientos industriales” entre 1930 y 1933. (Molina, 1978:23) Sin embargo, sí coincidió con una corrupción generalizada y despilfarro del presupuesto del Estado, acciones estimuladas por los dineros

que le llegaron al país, por la "indemnización de Panamá", a partir de 1923 y por el desembolso de algunos créditos. Esta confluencia produjo la cancelación de proyectos de construcción de vías y cierre de algunos centros productivos que condujo a hambrunas entre diferentes sectores de la población. Eso propició movilizaciones contra el hambre en diferentes ciudades del país, lideradas, en gran parte, por los comunistas.

La guerra con el Perú (1932-1934) contribuyó también a radicalizar la acción de los comunistas frente al gobierno liberal. Porque el Partido Comunista de Colombia logró llegar a acuerdos con el Partido Comunista del Perú para identificar esa confrontación como una "maniobra imperialista" (Medina, 1989:279) y una modalidad de la lucha entre las clases dominantes de los dos países, por un lado y de los imperialismos norteamericano y británico, por otro, que debía ser aprovechada por los trabajadores para radicalizar la lucha de clases.¹² Así le daban vida a una especie de animal mitológico que hacía presencia en cuanto espacio pudiera controlar, para "engullir vorazmente las ya escasas energías de un pueblo hambreado y sobrecargado de impuestos". Esta alianza fue respondida por el gobierno de Olaya con un llamado a la defensa de la nación por encima de los intereses partidarios. Tanto que liberales y conservadores hicieron un alto en el camino de sus contiendas para entregar donaciones de enseres personales y familiares para alimentar económicamente la guerra y participar en ella. El general Vásquez Cobo, uno de los candidatos conservadores a la presidencia de la República en la disputa electoral que le dio el triunfo al Partido Liberal, dirigió los ejércitos desplazados a la zona. Ambos se unieron para respaldar al gobierno en la cruda represión que efectuó contra el Partido Comunista, que prácticamente lo llevó a su ilegalización. Los dirigentes fueron a dar a las cárceles. Reprimieron e impidieron sus movilizaciones. El periódico *Tierra*¹³ fue prohibido e incautados los ejemplares que sus militantes seguían distribuyendo en forma clandestina y detenidos quienes los distribuían. Ante la nación fueron

¹² Así lo constata también Ricardo Melgar en su trabajo sobre la Internacional Comunista. (Melgar Bao, 1983: 326) Lo importante es que él lo inscribe dentro de un análisis mucho más amplio de confrontaciones regionales entre diversos países y muestra los extremos a los cuales se llegaba tanto por la Internacional como por el Secretariado Suramericano al ubicarlos como resultados de conflictos interimperialistas a través de análisis "economicistas y mecanicistas".

¹³ Apareció como periódico oficial del PC, en la modalidad de diario, el 1 de agosto de 1932; pero rápidamente paso a ser semanario.

puestos como iguales a los “enemigos” del país limítrofe que querían llevarse parte del territorio patrio.

En estas condiciones, cuando se supo que el candidato presidencial del liberalismo, para las elecciones de 1934 era Alfonso López Pumarejo no hicieron más que identificarlo como un burgués adoctrinado en las escuelas más clásicas del capitalismo en Inglaterra y un fiel representante del capital financiero e industrial de la nación. Por eso se salieron del esquema obrerista que era muy constante dentro de su propaganda para recurrir a alguien salido del pueblo, con cuya acción pretendían seducir a la gran masa. Un giro populista, cuyo significado más próximo era que el pueblo apoyaría arrolladoramente a un hermano de clase. Por eso pusieron como opositor del dirigente liberal a un indígena: Eutiquio Timoté. Líder reconocido en la región de Natagaima en el Departamento del Tolima, pero sin ninguna proyección nacional. Expresión de una tradición popular que querían rescatar, pero lejano del carácter de clase proletaria que se invocaba como tendencia dominante. Era más bien un símbolo, como lo reconoce luego uno de sus dirigentes (Vieira, 1996: 8), que permitía enfatizar el lado opuesto del candidato liberal, expresión más acabada de la burguesía liberal bancaria e industrial; apenas en ascenso. Cerca de cuatro mil votos obtenidos no hace más que ratificarlo. Con ello izaban la bandera de la confrontación al liberalismo y presagiaba agudas luchas contra el régimen. Confirmado rápidamente con la interpretación oficial del Partido de las acciones represivas del gobierno. Un ejemplo es su reacción por el asesinato de 17 campesinos en el Tolima y el señalamiento al régimen como el culpable.

“El gobierno de López es un gobierno de terror contra los obreros revolucionarios de la ciudad y del campo... El gobierno de López es un gobierno carcelario... el gobierno de López es lacayo del imperialismo... El gobierno de López es un gobierno de preparación de la guerra...” (Tirado Mejía, 1995: 103-104)

Mantenia así la organización la consigna de Frente Único que tímidamente había sido implementada por el PSR y que fuera ratificada justamente en el pleno que le dio vida al nuevo partido. Confirmando una vez más que no se podía realizar ninguna alianza con el liberalismo; colocándola, incluso, a favor de la posibilidad de que las relaciones fueran con sectores del conservatismo. Así lo definió la reunión plenaria:

“La conferencia de los delegados del P.S.R., organizaciones sindicales y ligas campesinas, resuelve crear un comité nacional de Frente Único por la defensa de los derechos del pueblo trabajador”. (El Nuevo Tiempo, julio 7 de 1.930: 1).

Tanto que aquellos que fueron compañeros de luchas en días anteriores habían pasado a ser sus enemigos porque, como lo afirmara Claudín, según la IC, el “reformismo es socialismo en palabras pero fascismo de los hechos” (Tirado Mejía, 1995: 152). Ni siquiera el Grupo Marxista, fundado en 1933, fue excluido de esta interpretación. A comienzos de 1935 calificaba la oficina en que se radicó como la “cocina socialista”. Cuyo significado en la jerga popular colombiana es lo más bajo, lo más ruin. A los sujetos que lo lideraban como “socialisteros de ocasión” y “demagogos y farsantes al servicio de la burguesía”. (El Bolchevique No. 42, enero 26 de 1935: 3) Argumento con el cual los colocaba en el mismo plano de las clases dominantes y también, por tanto, objetivo central de sus luchas. Postura que explica la radicalidad que asumía con el nuevo gobierno liberal, y con los que consideraba sus aliados, los socialistas, llamando a la confrontación abierta hasta alcanzar “la toma del poder para la instauración de un gobierno obrero y campesino”. Es más, explícitamente identificaba al Partido Liberal como el “principal enemigo del proletariado”. Sin embargo, en ese momento, en agosto de 1934, la tesis sobre ese tipo de frente, que había sido impulsado por la IC para unificar a los sectores de izquierda, ya estaba en proceso de cambio; sin que fuera advertido por la militancia comunista.

Por eso no es extraño que el PC hubiera recibido al nuevo gobierno con una fallida convocatoria a una “huelga nacional del café” en el mismo mes de agosto en que se posesionaba el nuevo presidente. Si bien no se produjo la respuesta esperada, sí marcó un campanazo de alerta de cómo serían las relaciones por parte de esta organización política. Tendencia que se reafirmó al año siguiente, cuando desde su comienzo fueron declaradas varias huelgas de escogedoras de café en la región cafetera. En no pocas de ellas se identificaba la asesoría de los militantes comunistas y si no era así el gobierno y las elites dominantes se encargaban de asociarlo a su acción política. De igual manera, fue fortalecida con la acción del Partido Comunista en algunas zonas campesinas e indígenas, como en la región de Viotá, y los departamentos de Tolima y Cauca. Acciones que, por supuesto, fueron

reprimidas, en su mayoría, por el nuevo gobierno y que acentuaban más la interpretación comunista de estar a favor del imperialismo, la burguesía y los terratenientes.

Sin embargo, a pocos meses de estar en el poder, el ministro de gobierno Darío Echandía desautorizó a la policía que había masacrado a los campesinos de una hacienda del departamento del Tolima, a lo cual se había hecho alusión antes. Hecho que permitía percibir un ligero cambio; (Vieira, 1993: 9) a pesar de que todavía mantuvieran oficialmente los calificativos con los que lo identificaban. Aunque una biografía de Augusto Durán, cuestionada por sus contradictores como una concesión al culto a la personalidad, y en verdad que si lo era, da cuenta de que la postura no era tan homogénea. Puesto que plantea que él fue delegado por el PC al VII Congreso y ya allí, en la Internacional "atacó enérgicamente a los que sostenían la tesis de que Alfonso López, (...) era un agente del imperialismo". (Ortiz, 1945:19) El mismo Vieira, de manera muy coloquial, cuenta lo dicho por uno de sus camaradas, que fue a la URSS al décimo aniversario de la revolución de Octubre y era un militante de Cali. El camarada le dice: "mire, López va a hacer un cambio revolucionario en Colombia, va a hacer una revolución en Colombia" (Vieira, 1996: 9) Es decir, que en la cotidianidad de la acción política de los comunistas se manejaba una representación del líder liberal que era contraria a la determinación oficial de la organización comunista. Además, la misma organización pudo percibir la pérdida del poco respaldo de algunos sectores de trabajadores que disminuían su ya escaso arraigo en las masas. (Pécaut, 1987: 218-219) Acción explicable por que rápidamente el pueblo pareció encontrar en el gobierno liberal la posibilidad de realización de sus más recónditas reivindicaciones que para muchos ya eran ancestrales.

Pero, es la huelga de los trabajadores petroleros, declarada a fines de 1935, la que posibilita, en el plano interno, una transición en la política que aquí se enuncia¹⁴. Pues ella introdujo un gran debate nacional contra el comunismo, pero tuvo la directa intervención del gobierno.

¹⁴ Máxime si se tiene en cuenta que estos dos períodos de gobiernos liberales registran los más alto índices de sindicalización, por lo menos de aprobación de sus personerías jurídicas. Así lo constata Gerardo Molina, al establecer que entre 1909 y 1929 fueron reconocidas 109 "Asociaciones". Mientras que entre 1930 y 1937, fueron 464. (Molina, 1978: 88) Factor que dinamizaría las demandas dentro de una gestión gubernamental, como la que se analiza, puesto que le daba juego a las demandas que se hacía desde ellas.

Aparente ambivalencia del régimen porque extendió la discusión sobre la generalización de la barbarie, si se dejaba progresar esa tendencia política, el comunismo, y porque fue una muestra de una nueva conducta de un gobierno en la historia nacional al favorecer la negociación por encima de la represión. Al mismo tiempo, al favorecer los intereses nacionales y no los de los grandes monopolios internacionales. Actitud que luego, en 1937, fuera corroborada con el respaldo a la investigación de las actuaciones de la United Fruit Company en Colombia y que concluyera con la temporal privación de la libertad de su gerente. Justamente, cuando no pocos sectores invocaban la aplicación de las leyes producidas y aplicadas en el gobierno conservador de Abadía Méndez y con las cuales se había sembrado el terror en varios lugares del país donde el PSR tenía su influencia.

Sin embargo, no puede decirse que fuera la identificación de una conducta liberal la que llevara al cambio del Partido Comunista. De nuevo la decisión externa de la Internacional fue la que, prácticamente, decidió el cambio. Así lo determinó una Conferencia Nacional reunida en el mes de noviembre de 1935, inmediatamente después de la realización del VII Congreso de la IC. Entre sus decisiones establece:

“Formación inmediata de un amplio frente único para la lucha contra las fuerzas reaccionarias del país. Invitando a los grupos socialistas y a los liberales de izquierda; apoyo al gobierno de López en la realización del plan de reformas democráticas en que está empeñado; amplia política de masas que permita a los comunistas vincularse al pueblo manteniendo su fisonomía de independencia como partido proletario”. (Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia, 1960: 35)

De esta manera, de la noche a la mañana, aquél que había sido identificado como el enemigo más voraz pasaba a ser el aliado principal. Cambio que se almacenaba en la memoria popular como vaivenes inexplicables que seguramente contribuyeron a dar al traste con la opción de construir una política diferente de los dos partidos que hegemonizaban la política del país. Inevitable ambigüedad que seguramente favoreció al Partido Liberal por el amarre que tenía con la burocracia estatal y porque la tradición le daba un mayor sentido de pertenencia patrio, y, por ende, nacional. Se confirma así un planteamiento de Pécaut:

“La posición ocupada por el Estado, después de 1930, significa que, aún más que antes, los actores surgen por la vía política en función de las presiones o de la influencia que puedan ejercer sobre el poder. La consecuencia es doble. Por una parte, todos dependen de la apelación a recursos propiamente políticos, entre los cuales figura el cuestionamiento de la legitimidad del régimen. Por otra, la escena política tiende a menudo a volverse autónoma, desdibujando los objetivos sociales tras las estrategias destinadas a preservar el acceso al Estado”. (Pécaut, 1987:14)

De tal manera que nada mejor que recurrir a la fecha emblemática del proletariado y del comunismo internacional, el 1 de mayo, para refrendar ese paso ante la instancia estatal de la presidencia y ante las masas. Por eso, esa celebración de 1936 fue la presentación en público de esta nueva alianza expresada en el Frente Popular y, por tanto, el sello del respaldo que el comunismo le daría al gobierno de López. Acontecimiento que, a la vez, puso en la tribuna presidencial a un comunista no muy conocido en el ámbito nacional, Gilberto Vieira White, al lado del mandatario; y quien fuera testigo y protagonista de las vicisitudes de la organización a lo largo del siglo. Las masas por fin adquirirían un reconocimiento por parte del Estado. No importaba que quien estuviera en el poder fuera el mismo partido que conviviera largo tiempo con el conservatismo. Ni que su aliado de ahora fuera quien ayer identificara como su más encarnizado enemigo al liberalismo y al Estado capitalista que seguía incólume. Allí no entraban en juego esas racionalidades. Se trataba más bien de dejar fluir la necesidad de su reconocimiento por largo tiempo aplazada.

Así mismo, esa masiva marcha que terminó en el Palacio Presidencial fue una especie de comunión entre comunistas y liberales. Se producía así un exorcismo que hacía olvidar toda la maldad que hasta días antes encerraba el liberalismo. Los epítetos acumulados en los cinco años de acre sectarismo eran ahora reorientados hacia el enemigo común: el conservatismo. El lenguaje se transformaba ahora para utilizar términos proscritos anteriormente, como el de "aliados", "demócratas", "democracia". Ya era admisible hablar de "marchar juntos" "realizar actividades conjuntas", etc. Era un nuevo pasaje del error -la admisión de un tipo de error- a la verdad que consagraba una nueva forma de ejercicio del poder. Inexplicable para el pueblo raso, pero justificable para el militante comunista que adoptaba una conducta cuasireligiosa. Paso que seguramente favoreció mucho más al liberalismo, como se comprobó en el posterior proceso, y que marcó la sucesiva debilidad de la organización comunista.

Actitud que se mantendría frente a la reforma constitucional y frente al Segundo Congreso Sindical reunido en Medellín. Quizás ambos, los hechos más sobresalientes como expresión del Frente Popular, porque al año siguiente, el gobierno tuvo la embestida tanto del conservatismo como de un amplio sector del liberalismo comandado por Olaya Herrera y Eduardo Santos; presionando el distanciamiento del liberalismo de ese frente. En la práctica, fueron el Partido Comunista, el grupo liderado por Gaitán y algunos otros pocos liberales los que asumieron su defensa. En esas condiciones, el frente como tal se fue desdibujando; tanto que la misma organización reconoce posteriormente, de manera oficial, su extinción en junio de 1938, cuando se realizó el IV Pleno del Comité Central. Puesto que considera que fue hasta allí cuando se "prolongó la política del Frente Popular concebido éste como organización nacional autónoma". (Medina, 1980: 339)

De la misma manera, la labor del PC fue perdiendo su perfil porque su respaldo al gobierno hizo que relegara elementos políticos que le daban identidad. Es más, se volvió tan incondicional del gobierno, que, en la práctica, fue la única organización que le dio su respaldo hasta el final. Puesto que tanto el conservatismo, como un sector amplio del liberalismo le hacían oposición. De allí que sea la organización política que el 24 de mayo de 1937, cuando presenta la renuncia el presidente López, encabece la movilización, junto con las masas liberales para obligarlo a retirarla o a que no fuese aceptada, como al final fue la decisión del Senado.

2.3.2.1. UNA ALIANZA: LA REFORMA CONSTITUCIONAL DE 1936

Entre los cambios producidos en las prácticas de los comunistas estuvo su apoyo a la reforma constitucional. Hasta allí, las leyes no hacían más que refrendar el "poder burgués y terrateniente" de un Estado que sólo servía a sus intereses. Por ello todas las formas represivas eran señaladas como consecuencia directa del carácter de clase del Estado y de su inherente función del ejercicio de la violencia por quienes lo detentaban. Por eso fue tan radical el cambio que se produjo, porque ahora accedían a introducir reformas a la base del Estado burgués que tanto habían cuestionado y con aliados que hasta ayer habían sido vilipendiados. Ahora aceptaban una manera pragmática del ejercicio del poder a través de la

búsqueda de cambio de las relaciones de fuerza en el seno mismo de la institucionalidad del Estado. Asimilaban así el llamado reformismo de la II Internacional que tanto habían cuestionado y lo incorporaban a su accionar político como un ejercicio revolucionario. Por tanto, no era extraño a su nuevo discurso que intentaran afectar los pilares de la vida estatal como son los producidos por la constitución. Mucho más si su reforma se hace a nombre de una revolución, como la denominara el gobernante de turno.

En efecto, si algo posibilitó que se denominara el gobierno de López Pumarejo como el de "la Revolución en Marcha" fue la reforma constitucional de 1936. Tanto que uno de los ideólogos socialistas de mayor reconocimiento en ese momento y avalador de dicho proceso, Gerardo Molina, llegó incluso a plantear que se había producido una nueva constitución y no una reforma de la desueta de 1886. Sin embargo, afirma Tirado Mejía que el mismo López Pumarejo favorecía más la postura de introducir cambios a la carta constitucional vigente como una forma de identificar una orientación liberal que estaba por cambiar las normas de acuerdo con las circunstancias de las transformaciones históricas. (Tirado Mejía, 1992: 69-72) El mismo autor identifica tres ejes principales en que se produjeron las reformas. 1) El intervencionismo de estado; 2) Las relaciones Estado-iglesia; 3) La educación.

El campo del intervencionismo de Estado suscitaba el apoyo de socialistas y comunistas porque veían en ello la opción de establecer un control a la concentración de la propiedad que ya no sólo se expresaba en la de la tierra sino en la industrial y comercial. Por supuesto, su interés era que el intervencionismo fuera el más amplio posible y, si se posibilitaba, que se efectuaran nacionalizaciones de empresas básicas de la producción en el país. Sin embargo, la orientación política del gobierno no iba más allá de garantizar el pago de impuestos de los propietarios, de reglas de juego claras dentro de la competencia que el capital libraba entre sí y de garantías que los patronos debían brindarle al trabajador. Por ello favorecía el proceso de sindicalización de los trabajadores y el derecho de huelga. Aspectos positivos y progresistas para el momento, pero lejos de posibilitar una confluencia con las expectativas de socialistas y comunistas; así las alianzas políticas llevaran a respaldarlo.

En lo referente a las relaciones entre la iglesia y el Estado, el gobierno no buscaba otra cosa que garantizar una total independencia. Puesto que López, y los liberales más radicales, no aceptaban que se mantuviera ese sometimiento tradicional del aparato estatal a las decisiones de la institución eclesial. Este era uno de los pilares de la organización liberal del Estado. Tema directamente relacionado con la educación por la ingerencia que la iglesia tenía en ella. Por eso, la reforma le quitaba algunas prerrogativas a la iglesia en este campo, que estaba monopolizado por ella desde la Constitución de 1886 y del Concordato con el Vaticano de 1887. Introducía la libertad de cultos que también le quitaba a la iglesia católica su hegemonía en lo social y cultural. Lo mismo que sus mandatos sobre el matrimonio y el estado civil de los ciudadanos. Reivindicaciones con una amplia tradición en la historia política nacional de los sectores que defendían el socialismo y el comunismo, que datan desde las sociedades democráticas de mitad de siglo pasado. Ahora era retomado por los socialistas y los comunistas como una de las banderas centrales en la lucha política por el peso que tenía en la ideología y conciencia del pueblo el predominio de la iglesia católica.

Respecto de la educación, se buscaba quitarle peso a la influencia que la iglesia tenía sobre ella. Tanto en el control directo de los programas educativos y de los centros de educación como en los programas generales que estaban bajo su control. Incluso, se trataba de disminuir su influencia en las llamadas zonas de misiones que presentaba no pocos problemas en su desarrollo en diferentes regiones del país. Sin embargo, los logros en este campo fueron bastante precarios, puesto que las alianzas que se produjeron para obtener lo que quedaba como esencial de la reforma no permitió producir el remezón necesario que acabara o debilitara el poder obtenido por esa institución en la corta vida republicana. Sólo hubo acciones prácticas del gobierno frente a cuestiones muy específicas que daban cuenta del confesionalismo de la iglesia y del desafío que ésta permanentemente hacía al gobierno liberal.

Por fuera de estos tres ejes presentados por el autor mencionado está uno que fue más contundente dentro de la reforma: la función social de la propiedad. No sólo por la declaración sino por las herramientas que le daba al estado para incidir directamente cuando

el uso y posesión de la propiedad no garantizaba el interés colectivo. Particularmente aquella que le permitía la "expropiación sin indemnización por razones de equidad". (Sáchica, 1982: 69) Aspectos que favorecían mucho más directamente la participación del Partido Comunista y lo que quedaba del Grupo marxista, en una alianza que trataba de propiciar una mayor debilidad del conservatismo y los llamados sectores de derecha del liberalismo, que creaban gran preocupación por la avanzada que habían logrado y el desafío que representaban en su conducta política proclive a la violencia.

2.3.3. UN MACHETE Y UN LIBRO ABIERTO SUSTITUYEN LA HOZ: EL PARTIDO SOCIALISTA DEMOCRÁTICO

Ya se ha planteado que el reconocimiento de estas formas de organización, discursos y prácticas políticas, no se buscaban únicamente en las masas en las que se desenvolvía, en los pueblos en que desarrollaba su trabajo. Un espacio especial tenía la aceptación de las orientaciones que venían desde la Internacional. Así en su dinámica interna se desarrollaran acciones que no marcharan al unísono de estas directrices. Los símbolos, como la hoz y el martillo, respondían más a esa tendencia que a la identificación de aquellos que fueran propios de la nación o de las culturas que le eran correspondientes. Por eso cuando el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista planteó su disolución, el vacío se hacía notar así en la práctica, en sus últimos años, hubiera sido poca la orientación real; más allá de buscar alistar los países en contra del fascismo. La proposición en ese sentido, que luego fuera aprobada, así rezaba:

"Disolver a la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento obrero internacional, liberar a las secciones de la Internacional Comunista de las obligaciones derivadas de los estatutos y resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista". (Encina, 1943: 74)

De tal manera que a partir del 10 de junio de 1943 fue declarada disuelta. Es claro que en la práctica se seguiría buscando la directriz de la URSS, pero, igualmente lo es que, aún con las contradicciones que tuvo en su interior, el techo del organismo internacional era una forma de seguridad y de alindamiento.

Uno de los respaldos para tomar esa determinación fue justamente que con ello se le demostraba al fascismo que los comunistas de cada país ya estaban maduros para llevar adelante sus propios procesos y que, por tanto, no había una conjura contra la Democracia. Además, Stalin planteaba la siguiente, como otra de las justificaciones de la decisión adoptada:

"Facilita la actividad de los patriotas en los países amantes de la libertad para unir las fuerzas progresivas de sus países respectivos sin distinción de partidos, ni credos religiosos en un campo único de liberación nacional para desarrollar la lucha contra el fascismo". (Encina, 1943:76)

Argumento que favorecía procesos internos de alianzas con sectores de las clases dominantes; especialmente las distantes de las organizaciones fascistas, y dinámicas propias de las organizaciones, como las que se produjeron en Colombia. En particular, con el liberalismo y específicamente con uno de sus líderes: López Pumarejo.

Proceso que favoreció, igualmente, la aceptación de una tendencia hacia una acción más moderada en su conducta política y en la concepción de su estrategia, auspiciada por el dirigente comunista estadounidense Earl Browder. En Cuba fue adoptado, particularmente en su Segunda Asamblea Nacional de agosto de 1944, lo cual daba a los colombianos más fuerza para regirse por ella. Según Caballero, "junto con el PC de Estados Unidos, el de Cuba sirvió por algún tiempo de 'tutor' de sus camaradas en el área del Caribe, y los arrastró al brodewrismo". (Caballero, 1987: 84) Proceso que fue mucho más favorable en Colombia puesto que, como fue tratado anteriormente, el PC vivió un proceso de acercamientos con los liberales y con lo que llamaban la "burguesía nacional" que coincidía con la "colaboración de clases" planteada por Browder. Augusto Durán, secretario general del PC fue quien más se aproximó a esa orientación política¹⁵, según Medófilo Medina, y ya en el IX pleno, realizado en marzo de 1944, planteaba que era necesario cambiar el nombre de la

¹⁵ Sin embargo, los duranistas argumentan que con su líder habían impulsado la discusión sobre este aspecto dentro de la organización. Dando a conocer los documentos que llegaban de otros países en el periódico *Diario Popular* y la revista del partido. (Ortiz, 1945:50) Argumento que puede tener validez puesto que la ideología de Durán iba en consonancia con el brodewrismo, mucho antes de que éste tuviera influencia en América Latina. El mismo autor plantea que ya en el V congreso de la Internacional le había prestado atención a "las relaciones entre los Partidos Comunistas y los sectores democráticos de la burguesía, pues él siempre había considerado un error la política de nuestro partido frente al liberalismo". (Ortiz, 1945: 19)

organización para acondicionarlo a la realidad nacional (Medina, 1980: 428) Cambio que no era solo un aspecto de tipo semántico. Esta denominación ya había sido controvertida dentro del PSR y a fe que encerraba una carga ideológica aprovechada por la iglesia y el conservatismo, y no pocos sectores del liberalismo, para socavar los apoyos sociales que tenía esta organización. La corriente comunista también se había peleado el nombre como el signo que daba cuenta de la razón de ser del proyecto político por el cual luchaban. Sin embargo, en el Segundo Congreso efectuado en agosto de 1944, Vieira planteó que

“Ahora no se lucha por el comunismo en Colombia, porque ahora lo esencial para nosotros en Colombia es que nuestra patria sea libre y próspera, que nuestra patria supere el atraso que heredamos de la feudalidad”. (Medina, 1980: 436)

En consecuencia, se adoptó el nombre de Partido Socialista Democrático (PSD). Asumiendo las implicaciones políticas y organizativas que implicaba esta decisión.

Llegar a este cambio fue posible por los comportamientos que la lucha política establecía en ese momento. La misma conducta del partido frente al liberalismo respaldaba esa dirección. Pues se lo representaba como un sector democrático y el aliado principal; respecto del fascismo que veían en las huestes conservadoras. Además, se estaba en pleno desarrollo de la segunda guerra mundial, y la directriz que se había planteado desde la década anterior era la de establecer alianzas con sectores del liberalismo o con los llamados sectores democráticos y antifascistas. En efecto, lo que más peso pudo tener para la adopción de esta conducta fue el compromiso del PC de mantener alianza con López Pumarejo y el ala “progresista del liberalismo”. Tampoco se puede menospreciar la amistad del secretario general del PC, Augusto Durán con Browder; aunque, teniendo en cuenta las aclaraciones que enunciamos anteriormente. En esas condiciones la influencia del Partido Comunista Americano sobre su homólogo colombiano se hacía mucho más fácil.

De todas maneras el cambio de nombre y de orientación ideológica no puede adjudicarse sólo a la corriente duranista; puesto que el mismo Gilberto Vieira argumentó en ese Tercer Congreso su necesidad y aceptó la consecuente reorientación ideológica. Además, porque, extrañamente, da cuenta de las resistencias que producía la organización en diferentes

sectores sociales en los cuales intentaba efectuar trabajo. Planteamiento inevitable si críticamente observaba la forma como habían sacado o corrido gente, o simplemente la había desprestigiado ante la opinión pública y su propia militancia. Por eso planteó, como una de sus justificaciones, que:

“Los trabajadores más conscientes (...) vacilan en afiliarse resueltamente porque aún tienen reservas, mantienen prejuicios, y si no creen en el fantasma comunista, sí temen al espantajo de la disciplina del Partido, que por el sectarismo del pasado, ha ganado forma de ser una especie de maquinaria inexorable y ciega que aplasta implacablemente a las gentes de buena voluntad”¹⁶

Sin que, en verdad se hubiera producido en el momento una crisis que amenazara su existencia. Por lo cual la tesis de la “colaboración entre capitalismo y socialismo”, y entre “el proletariado y la burguesía” fue la que guió, en gran parte, las luchas de la organización. Aunque no de manera monolítica. Por consiguiente condujo a su implementación práctica en la lucha política de ese período. Por lo cual fueron predominantes las alianzas con el liberalismo, al que consideraba expresión ideológica del capitalismo. Pero, en esta nueva versión, admitido como afianzador de una burguesía industrial a la que se le asigna un “carácter progresista” frente al feudalismo y al imperialismo. Aunque ahora acepte la necesidad de inversión de capital extranjero. (Pécaut, 1987: 325)

Su actitud frente al gobierno de López se volvió de mucha más convivencia. Incluso, aquél participó en el Congreso de fundación a través del ministro del trabajo. Medófilo Medina planteó que la organización se preocupaba más de la unidad del partido liberal que de su propia cohesión interna. Tendencia que no se podía adjudicar únicamente al duranismo sino que había sido la conducta asumida compactamente por la organización. Lo que si produjo, en lo poco que tuviera de nuevo esta forma de vida organizativa, fue una mayor confluencia con las propuestas liberales, sobre todo del segundo gobierno de López; así muchas de las banderas del primero hubieran sido arriadas. Apoyo que no se redujo al campo político sino que incluso lo hizo expresivo en el económico, como cuando trataban de defender a “los

¹⁶ *Diario Popular*, 5 de agosto de 1944. citado por Pécaut, *op. cit.*, p. 327.

pequeños industriales de las gaseosas o las Kolas", frente a la entrada de la cocacola. (*La Voz del pueblo*, No. 4, 1946: 4)

Pero, no fue sólo el cambio de nombre, que Vieira, ahora sí, lo asociaba con la que consideraba "nuestra edad de piedra". Esta vez cambiaron también hasta los símbolos del partido. Tradicionalmente el que los guiaba era el de la hoz y el martillo entre una estrella de cinco vértices. Fue justamente el que generalmente identificó al comunismo en el mundo. Y como tal era reconocido tanto por militantes como por contrincantes, puesto que era una forma de identificación. Puesto que no bastan los discursos, por muy justos y claros que ellos sean. Se requiere aquello que produce los carismas. Lo que remueve las profundidades míticas de la vida humana. Muchas veces la masa, o sectores de ella, cuando se ubica a favor de una doctrina lo hace no tanto por el conocimiento que tenga de ella como por la empatía con los símbolos que le dan pertenencia.

Fue así como la hoz fue cambiada porque "la hoz es un instrumento de trabajo prácticamente desconocido entre nosotros, que nada le dice a los campesinos colombianos"¹⁷ Lo hicieron por el machete que en la historia nacional es emblemático porque se considera que fue el medio para desbrozar la espesura de los bosques y selvas para fundar los pueblos que le sucedieron al virreinato español. Lo cruzaron con el martillo, símbolo de la vida artesanal y de cierto sector obrero. Ambos sobre un libro abierto. Invocando la educación como valor constante dentro de las formaciones socialistas en Colombia. Mantuvieron la estrella con los cinco vértices. (*La voz del Pueblo*, No. 12, 1946: 4) Su cambio no tuvo el tiempo necesario para que hubiera sido interiorizado por la militancia como signo de pertenencia, pero si alcanzó a ser recreado como elemento de cambio de la organización.

En el mismo Congreso en que se produjo esa variación participaron militantes de la "Liga de Acción Política"; otrora estigmatizados por la dirección comunista como pequeñoburgueses y desviacionistas. Lo cual indica que se asumía una conducta más laxa frente a la

¹⁷ *Diario Popular*, 5 de agosto de 1944. Citado por Pécaut, *Op. Cit.*, p. 327.

militancia¹⁸. Factor que fue cuestionado por el ala leninista, o comunista, de la organización puesto que le preocupaba el abandono de los criterios leninistas en este aspecto. Se cambió por ejemplo la denominación de célula por la de comité, y se llegó incluso a plantear que quienes habían votado en una elección podrían ser asimilados como militantes. Fue tan crítico este aspecto que en el siguiente Congreso fue anulado para volver a los principios tradicionales. Hasta el mismo nombre no fue asimilado totalmente por la militancia. En un periódico regional del departamento del Cauca, *La Voz del Pueblo*, frecuentemente se hacía alusión al PSD "o comunista", o simplemente se le denominaba como tal. (*La Voz del Pueblo*, No. 1, 1946: 3) En ese mismo número se resaltan los requisitos para ser militante, que se corresponden con los de la teoría leninista de organización. Acepta que

"El partido es una parte de la clase, su vanguardia". Luego plantea que para pertenecer hay que "1. Aceptar el programa. 2. Pertenecer a un organismo de base. 3. Ayudar económicamente de acuerdo con sus capacidades".

De tal manera que esta fluctuación fue permanente dentro de la vida de la organización. Por un lado una actitud más abierta, que el mismo duranismo cuestionó porque se asumió como de "puertas abiertas". Por el otro, el intento de mantener la dureza en la selección de la militancia.

La amplitud en sus criterios de militancia no produjo un crecimiento ni tampoco un desarrollo político de la organización como se esperaba. Difícilmente podía borrar con esa conducta política las continuas ambivalencias en las que se había movido; producidas en gran parte por los cambios en la política internacional del partido Comunista de la URSS. Cambios que podían ser aceptados y quizás comprendidos por la militancia más no por el grueso de la población que seguía expectante frente a una nueva opción política. Además,

¹⁸ Esta es la observación predominante y la que se puede colegir del devenir de la organización en este período. Sin embargo, Diego Montaña Cuellar tiene una percepción diferente; que tiene sus limitaciones por haber padecido la acción de la dirección que se tradujo en su expulsión. Por eso acentúa su crítica en el carácter "sectario en su organización interna. La militancia que periódicamente llegaba por primera vez a sus filas, no encontraba ni la posibilidad de asimilar la teoría marxista, ni la disciplina hacia una práctica educadora. El centralismo democrático invocado en sus estatutos, y reiterado en congresos, conferencias y plenos, no podía tener vigencia porque sus bases celulares eran trabajadas y manipuladas por las dirigencias dominantes y las tesis de quienes controvertían sus tesis y orientaciones, nunca se discutían libremente, dejando señalados de hecho a los divergentes como enemigos del partido y candidatos a la expulsión". (Montaña Cuellar, 1996: 291)

pareciera que el pueblo colombiano cuando no ve diferencias radicales entre los nuevos proyectos que aparecen y los tradicionales, prefiere respaldar éstos. El dicho popular "más vale malo conocido que bueno por conocer" se pone, entonces, en vigencia. De tal manera que, aunque se vincularon importantes dirigentes como José Francisco Socarrás, Carlos H. Pareja, y Juan Francisco Mujica, de la Liga de Acción Política, que se disolvió en el PSD, y la de Diego Montaña Cuéllar, sus resultados electorales no fueron satisfactorios. Al contrario, fueron un signo de expresión de su decadencia. En las elecciones de concejales de ese mismo año bajó la votación respecto de otras anteriores. En las del año siguiente, marzo de 1945, para diputados departamentales y representantes a la cámara obtuvo 29.696 votos. Fueron elegidos Vieira, Socarrás y Pedro Abella como representantes a la cámara. En todo el país obtuvieron 9 diputados a las asambleas departamentales. El golpe más contundente y que precipitó su crisis fue la pérdida de las elecciones presidenciales de 1946 al apoyar al candidato liberal Gabriel Turbay. Tendencia que se hizo más fuerte en las elecciones para concejales de octubre de 1946 cuando obtuvo solamente 18.000 votos. En las nuevas elecciones para la cámara de representantes de marzo de 1947 el resultado fue de solo 11.517 votos.

En su acción política no abandonó el respaldo u orientación a las movilizaciones populares del período. Así los diferentes paros y huelgas tuvieron su apoyo. Igualmente, participaron en los VII y VIII Congreso de la CTC. En éste, realizado entre el 12 y el 15 de agosto de 1946 participó de su división alineándose por fuera de las orientaciones liberales y formando su propio Congreso. Conducta que marcaría su orientación política en este campo hasta, prácticamente, la década de 1980. Impulsó la fundación de la Universidad Obrera en septiembre de 1945. Propuso la fundación de los seguros sociales para los trabajadores. Defendió los derechos políticos de la mujer. Bandera que se obtuvo con la aceptación del voto femenino en la reforma constitucional de 1944, pero su aplicación fue condicionada a su posterior reglamentación. Acción que sólo se retomó en el posterior gobierno de Gustavo Rojas Pinilla. Ya en 1946 identificó la crisis que se aproximaba por el autoritarismo al cual estaba llegando el gobierno conservador y por la violencia que se había acentuado a lo largo y ancho del país. Por eso hacía convocatorias a nivel nacional para crear una gran unidad,

como el llamando que hiciera al encuentro de “trabajadores, socialistas, gaitanistas, turbayistas y hasta conservadores que quieran defenderse de los hambriadores”. (*Voz del pueblo*, No. 10, enero de 1946:2)

Haber adoptado una orientación socialdemócrata produjo, desde su fundación, resistencia en algunos núcleos de la organización. Éstos, lentamente fueron consolidándose como una fuerte tendencia. En el tercer Congreso de diciembre de 1945 se presentó el documento “los errores de Browder y su reflejo en Colombia”. Se introducía así de una manera oficial, y más abierta, el debate que a la postre socavaría esta orientación. Sin embargo no tuvo la suficiente contundencia como para cambiar la correlación de fuerzas dentro del partido. De todas maneras en la acción práctica fueron notables las contradicciones. Quizás la de mayor envergadura se produjo en el mismo seno de la CTC, a raíz de una huelga en noviembre de 1945 de la FEDENAL (Federación Nacional del Transporte Fluvial, Portuario y Marítimo). Fundada en 1937, fue muy cercana al PC y luego al PSD. En este caso mucho más, porque Durán, ahora secretario general del PSD, había ocupado ese mismo cargo en esa organización sindical. Dicha huelga tensionó las fuerzas tanto entre gaitanistas y socialdemócratas, como entre duranistas y vieiristas; que ya se enunciaban como tales. Tensión que se hizo más fuerte por el fracaso de la lucha de los trabajadores y las retaliaciones que de allí se derivaron.¹⁹ Lo mismo sucedió en el IV Congreso extraordinario realizado en junio del 46 en el que hubo de nuevo críticas sin que se convirtieran en las dominantes dentro de la organización. Es en marzo de 1947 cuando se produjo un campanazo de alerta de lo que se produciría ese año. Pues 10 militantes de la organización dirigidos por Diego Montaña Cuéllar se retiraron y formaron el “Movimiento Por la Restauración del Comunismo”. Que denunció “los errores de la doctrina browderista impuesta por Durán que llevaba al Partido a colocarse en posiciones contra las masas populares y del lado de la oligarquía”. (Montaña Cuellar, 1996: 298) Lo cual demuestra que el sector más ortodoxo calificaba a su contradictor de la manera más excluyente al colocarlo en el mismo nivel de los sectores sociales dominantes; identificados como sus enemigos

¹⁹ Pécaut, coloca esta confrontación como el primer punto de discordancia y estimulador de las contradicciones que posteriormente se produjeron. (Pécaut, 1987: 423)

principales. Acción que los homologa a la acción que la iglesia, desde otro bando, ejercía con sus contrarios al situarlos en el campo de las fuerzas del mal dirigidas por satán.

Sólo el V Congreso realizado en Bucaramanga a partir del 17 de julio del 47 le dio el golpe de gracia a esa orientación. En efecto, cuando el grupo de Augusto Durán se vio en minoría se retiró del evento y formó un movimiento aparte que denominó el Partido Comunista Obrero, con un periódico que se denominó *Clase Obrera*. De muy poca vida, pues al cabo de tres años la mayor parte de su militancia fue persuadida del "error cometido" y aceptada de nuevo dentro de la organización del Partido. El Congreso vuelve al nombre del PC y autocriticamente asume haber cometido "un error sustancial", al haberse guiado por la socialdemocracia. En su Resolución Política establece que el partido está en crisis pero la adjudica a

"Una grosera desviación de derecha, oportunista en la línea política y sectaria en las cuestiones de organización, que se convirtió en una tendencia social-demócrata completamente ajena a la teoría y a la práctica del comunismo". (Resolución Política, 1947: 2)

2.4. LA MUERTE DE GAITÁN Y SU SÍMBOLO REDIVIVO

El apoyo al lopismo por parte del partido comunista produjo incluso hasta propuestas de diluir la organización y vincularse al Partido Liberal. Sin embargo, ya se ha dicho que éste no funcionaba como un partido cohesionado. De tal manera que las reformas de López no pueden atribuirse al liberalismo en cuanto tal. Así mismo, la gestión de gobierno terminaba con el período que le era asignado. Eso indica que, si bien ese sector político tenía mayorías para garantizar el nuevo presidente, no se podía asegurar que produjera continuidad con las políticas reformistas o se mantuvieran las reformas ya obtenidas. De hecho el nuevo candidato liberal, Eduardo Santos, había sido crítico de las relaciones básicas de López con los comunistas y de algunas de las reformas que éste había impulsado. A pesar de ello el Partido Comunista no ocultaba su interés por seguir respaldando al liberalismo: aunque hubiera decidido no participar en las elecciones de mayo de 1938 que le dieron el triunfo. Actitud que justificaba por la política del nuevo presidente liberal de buscar la colaboración del conservatismo en su gobierno.

De hecho, el IV Pleno del Comité Central mostró, en su resolución, el vaivén en que se mantuvo el Partido Comunista en este período. Sus artículos primero y quinto así lo confirman:

“1o. El peligro principal sigue siendo el conservatismo, del cual se ‘ha desprendido una ala al servicio incondicional del fascismo extranjero’. La colaboración en el próximo gobierno debe ser vigorosamente combatida. (...) 5o. Apoyo a las reformas democráticas y progresistas de Santos y oposición a las medidas antipopulares”.
(Medina, 1980: 338-339)

Esa fue entonces la directriz que guió su relación con el nuevo gobierno. Fue un período donde tuvo poco juego, en términos de participación dentro de la burocracia estatal. Fustigó la alianza con Estados Unidos en su política internacional, así como el reconocimiento inmediato de Franco cuando en abril de 1939 entró triunfante a Madrid. Lo hizo también con su proclividad a favorecer a ese imperio en las relaciones económicas. Tampoco calló frente al bajo interés por impulsar la reforma agraria o programas que favorecieran a los campesinos. Mucho más si explícitamente se colocaba al lado de la clase media que consideraba marginada de políticas anteriores. Ello desplazaba también a la clase obrera y por tanto daba pie para que lo fuera también una de las estrategias caras a la política comunista como era la búsqueda de que el proceso revolucionario fuera dirigido por el proletariado.

De todas maneras, su política sobre ese gobierno no quedó sólo en esto, puesto que quizá la lucha más fuerte del comunismo se produjo con la reacción que le correspondía asumir por el desencadenamiento de la II Guerra Mundial. En especial porque Santos consideraba que el triunfo del fascismo sobre Rusia sería una conquista contra el totalitarismo; mientras que los comunistas no sólo defendían a ese país por su revolución sino porque el vencimiento del comunismo ruso lo consideraban también como una amenaza para la Democracia en general y para la colombiana, en particular. Controversia que es identificada por el partido como una de las causas del descenso de la aceptación de sus directrices políticas por parte de sectores populares. Afirmación que, si bien puede tener alguna validez, no da cuenta de problemas que fueron más protuberantes en ese cambio de la simpatía popular. Entre ellos el ya anotado

de las vacilaciones y permanentes cambios de política, particularmente respecto de los aliados. Acompañado de otro de no menor valor como el del desdibujamiento de su política al perder su independencia en la gestión del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo.

La actitud inicial frente a la nueva candidatura de Alfonso López a la presidencia de la República no fue de apoyo en espera de definiciones más claras respecto del desenvolvimiento que tuviera su programa. Igualmente, dice Medina, no hubo una conducta táctica que posibilitara la unidad del liberalismo. Sin embargo, sí definió los ejes políticos que debía defender el nuevo candidato para poder darle su apoyo.

“Que demuestre estar en favor de los intereses que rechazan la opresión imperialista extranjera como el factor central contra el cual dirige el filo en este momento la revolución colombiana y que al mismo tiempo demuestre estar en favor de los intereses de la Democracia, que están estrechamente ligados a la liberación del país”.
(Medina, 1980: 370)

Postura que fue definida en el Primer Congreso que realizaba esa organización. Por tanto tiene el peso y el significado que da ser el máximo organismo partidario. Sin embargo, tan pronto se definieron las candidaturas liberales, al finalizar 1941, entre López Pumarejo y Carlos Arango Vélez, los comunistas respaldaron al primero por la afinidad que habían tenido con él en su primer gobierno y porque conservadores y algunos liberales se unían para apoyar al segundo. A pesar de que ya en esta campaña electoral no enarbolara las consignas sociales impulsadas en su primer mandato ni le diera importancia a los sectores organizados de los trabajadores; muchos menos al Partido Comunista.

De hecho esta segunda gestión presidencial en muy poco se aproximó a los logros de la primera. Para el partido Comunista fue importante el paso que dio para establecer relaciones diplomáticas con la URSS el 8 de febrero de 1943. Particularmente porque lo hacía en un momento en que hacer amigos del modelo soviético era socavar los avances que contra él se producían en la II Guerra Mundial. No obstante ello, no pudo dejar de distanciarse ante el vacío de sus políticas internas a favor de los trabajadores y del pueblo. Además contra toda una política represiva que llegó hasta el extremo de presentar un proyecto de reforma laboral que propiciaba el control a las movilizaciones de los trabajadores y a sus mismas formas de

organización. Acción gubernamental que se vio incrementada por la difícil situación económica que se presentó y que produjo índices inflacionarios hasta del 82% entre 1940 y 1946. Circunstancias que llevaron a una reacción muy fuerte de los comunistas y de algunos liberales impulsando la movilización allí donde tenían influencia y ganándose a otros sectores hasta lograr echar atrás las pretensiones de reforma. No sin que ello quiera decir que el repunte comunista lo colocara a la cabeza del movimiento popular puesto que al otro lado se empezaba el período de ascenso de Gaitán.

Así el PC se situaba en circunstancias difíciles frente a un gobierno desprestigiado y el liberalismo no hacía más que mostrar el piso débil en que se movía con un gobierno que llegó a tener un rechazo tal, tanto por su gestión gubernamental como por denuncias sobre abusos de su familia en el aprovechamiento del poder para fortalecer sus privilegios, que fue obligado a renunciar faltándole un año para terminar su período. Aún así la postura del PC fue ambivalente porque se situó en el lado de los que respaldaban al presidente para que siguiera en el poder. Tanto, que cuando hizo un retiro temporal y se fue a los Estados Unidos fue esta organización la que lideró la movilización pidiendo su presencia. Argumentaba que los sectores más fuertes de la derecha se unían para derrocarlo, pero silenciaba el cambio drástico de esa administración con la primera que había efectuado. Su iniciativa llegó hasta el punto de liderar el paro Cívico Nacional del 15 de mayo de 1944 que

“Tenía como finalidad impedir la aceptación de la renuncia de López por parte del congreso, convocado a sesiones extraordinarias por Echandía para que estudiara el asunto”. (Medina, 1980: 429)

Aún así, ni esto pudo detener el proceso que condujo a la desvinculación del presidente al aceptarle el Congreso su renuncia irrevocable del 19 de julio de 1945. No sólo era una crisis de gobierno sino del mismo partido liberal que había logrado su elección. La ausencia de cohesión interna se hizo más crítica con este hecho. Pues si bien la terminación del período fue asumida por un joven dirigente, Alberto Lleras Camargo, no tenía la suficiente autoridad sobre la organización como para garantizar subsanar las debilidades que dejaba el renunciado mandatario. Mucho más si se entraba en un período electoral en el que ponía en juego las mayorías que le señalaban los últimos procesos electorales. Factor que no posibilitaba, por sí,

la unidad necesaria para ratificarlo en las urnas. Así lo mostró el mismo proceso electoral que colocó en dos bandos irreconciliables a dos candidatos. Uno, Gabriel Turbay, respaldado por sectores de élite del liberalismo. Otro, Jorge Eliécer Gaitán, calificado así mismo como la voz de los desposeídos y aferrado a los más definidos caracteres del populismo de la época.

Sin embargo, el PSD continuó con las vacilaciones propias del Partido comunista que sustituyó. La diferencia que se puede advertir es que las directrices ideológicas de ahora eran más proclives a la conciliación con los que consideraba "sectores de la burguesía nacional" en la que, obviamente, ubicaban al liberalismo. De todas maneras, este marco ideológico no se aleja del que había sido el comportamiento que adoptó desde que en 1936 apoyó a Lopez Pumarejo. Todo enmarcado dentro de la lucha por la liberación Nacional y no por el socialismo. De allí, que si bien luego el mismo partido mostrara esta inclinación como una concesión al "revisionismo" no era más que un matiz de una línea de acción que mantuvo durante todo el período anterior. Acentuado en ese momento por el predominio del brodewrismo. De tal manera que en la contienda electoral, de nuevo, no favoreció a Gaitán sino que tomó partido por Turbay, en abril de 1946²⁰. Manteniendo el argumento del carácter fascista y, por ende, derechista del caudillo. Decisión que fue cuestionada al año siguiente por el máximo organismo de dirección: el Congreso. En efecto en su V versión así lo interpretó:

"En los momentos más agudos de la crisis liberal, nuestro partido, siguiendo una línea social-demócrata, ignorando las contradicciones de clase para defender solamente la democracia burguesa de manera incondicional ante el peligro reaccionario, vino a colocarse del lado de las clases dominantes con su apoyo a la candidatura de Turbay, aislándose de las masas proletarias y populares que buscaron una salida en el movimiento que acaudilla el Doctor Jorge Eliécer Gaitán". (Resolución Política, 1947: 2)

²⁰ Las relaciones del Partido comunista con Gaitán y el movimiento gaitanista fueron variables durante el período: tendiendo mucho más al rechazo que al acercamiento. De hecho, cuando se fundó la UNIR, "estábamos convencidos todos de que era una especie de calco del APRA"; dice Gilberto Vieira. (Vieira, 1996: 11) Por tanto, identificado con los intereses de la burguesía. Luego hubo un temporal acercamiento en el proceso de formación de la CTC, a partir de 1936, que luego fue quebrado por la pugna interna por un control de las relaciones de fuerza dentro de la central sindical.

Aunque el argumento central elaborado posteriormente por la dirigencia comunista lo situaba en dos causas. Una, la calificación de racista a la campaña impulsada por Gaitán al enfrentar a su contendor como un "turco"; como reivindicando la necesidad de favorecer el carácter político de la lucha, y no el personal o racista. Otra, en la condena al apoyo conservador, especialmente de Laureano Gómez, a su candidatura; con lo cual se cuidaban de no favorecer un posible gobierno anticomunista. (Alape, 1983: 39)

También tenía prevenciones sobre su política de "restauración moral de la República" que encontraba muy similar a la impulsada por Laureano Gómez con marcado acento fascistizador. Postura que, además, confrontaba al gobierno liberal del cual el comunismo aún no se apartaba. Favoreció esta orientación, igualmente, el menosprecio del líder por las luchas de los trabajadores y su respaldo a las demandas de la clase media y el pueblo raso. Sectores sociales que consideraba abandonados por el Estado y por las organizaciones políticas. Ambos eran el referente obligado dentro de su perspectiva política y soporte vital en el rápido ascenso que logró en este periodo. A la vez factores suficientes para que el PSD no le diera su aval en el proceso electoral. Aspecto que tampoco fue buscado por Gaitán porque ya identificaba al comunismo como factor de burocratización de la vida política y sindical donde tenía influencia.

Fue en estas condiciones en que el Partido Conservador obtuvo el triunfo electoral con Mariano Ospina Pérez. El resultado de 565.000 votos sobre 440.591 de Turbay y 358.957 de Gaitán fueron suficientes para darle un contenido partidario a la nueva gestión que se iniciaba. El PSD le dió de entrada una caracterización al nuevo gobierno. Primero como expresión de los empresarios del café, de donde provenía el presidente. Segundo, y en consecuencia, como un poder político dispuesto a ser "fuerza de choque contra el movimiento obrero y la lucha patriótica del pueblo colombiano". De paso, también resaltaba el inevitable fortalecimiento de las relaciones entre la iglesia y el Estado, como uno de los aspectos más claros de lo que se proyectaba en el campo político. Igualmente, el cambio significativo que se producía en lo sindical al crearse ese mismo año la Unión de

Trabajadores de Colombia, producto de una alianza entre el conservatismo y la iglesia para su fundación.

Pero no fue solo la reciedumbre de una gestión conservadora la que inmediatamente se impuso. Fue también el realinderamiento del liberalismo el que produjo rápidamente la confrontación. En este caso de Gaitán, quien supo aprovechar la derrota electoral identificando sus causas en la "casta política" del liberalismo y llamando a la unidad a sectores de ese partido y al PSD. Tendencia que se expresó en el sindicalismo en el que de nuevo confluyen gaitanistas y comunistas, exorcizando los demonios que en días anteriores imposibilitaron acuerdos para la justa electoral. Las organizaciones campesinas no se quedaron atrás como tampoco las barriadas populares de las tres o cuatro grandes ciudades; especialmente las de Bogotá que, agobiadas por el desempleo y el hambre, identificaron rápidamente en el caudillo un símbolo claro de su salvación.

El PSD coincidió de inmediato con esta directriz. Tanto que, luego en su V Congreso, de julio de 1947, analizó su comportamiento anterior estableciendo que

"El Partido se había ubicado en una posición social-demócrata de lado de las clases dominantes con el apoyo a la candidatura de Gabriel Turbay, 'aislándose de las masas proletarias y populares que buscaron una salida en el movimiento que acaudilla el doctor Jorge Eliécer Gaitán". (Medina, 1980: 538)

Argumento que en primera instancia confrontaba al sector duranista que había sostenido la tendencia del carácter socialdemócrata de la organización. Crítica necesaria para allanar el camino para volver al nombre clásico de Partido Comunista. En segunda instancia favorecía el acercamiento al dirigente del movimiento gaitanista. Consagrado ya en ese momento como máximo jefe del partido liberal. Terminaba así, tardíamente, un largo periplo de amores y odios durante esas dos décadas anteriores. Primero fueron los calificativos de oportunista, pequeñoburgués y demagogo cuando Gaitán hizo la defensa de los trabajadores de la zona bananera. Luego se disputaron las zonas campesinas de la región de Sumapáz, cercana a Bogotá. Justamente, allí se ubica Viotá que se constituyó en espacio emblemático de la acción comunista en el campo y puesto como ejemplo para todo el país. Su presencia en el sindicalismo; principalmente en la formación de la CTC, también fue conflictiva; así

hubieran llegado a temporales acuerdos. Posteriormente, en 1942, entraron en choque frente a la reelección de López que no era aceptada por el caudillo. El mismo había buscado ser candidato. Al final, su total distanciamiento en la campaña electoral que llevó a Mariano Ospina Pérez a la Presidencia. El PC llegó, incluso, a calificar a Gaitán de profascista.

Podría decirse, que fue el comunismo el que llevó la iniciativa tan pronto se supo el resultado electoral. De tal manera que comenzando 1947 realizaron acciones conjuntas, como la movilización de comienzos de año en Bogotá que fue convocada por la CTC. Ese año fue uno de los que más movimientos huelguísticos tuvo, si se registra la historia anterior. Tanto que el 13 mayo se realizó una huelga general contra la política oficial, con un marcado acento político. Igualmente las elecciones parlamentarias de marzo de 1947 consolidó a Gaitán como máximo jefe del liberalismo al que había vuelto, después del triunfo conservador. A su vez, el PSD retomaba una iniciativa de política independiente, alejado ahora de la seducción del poder.

Pero no fue sólo la política del momento. Desde las raíces mismas de la cotidianidad en la cultura política colombiana, principalmente en los campos, que todavía tenía cerca del 70% de la población colombiana, se afianzaban signos indetenibles de violencia. Situación que la había vivido el Partido Comunista y, desde agosto de 1944, el Partido Socialista Democrático. Sólo que ahora adquiriría una dirección más definida desde las esferas mismas del Estado. De hecho la reacción del régimen a la huelga general fue de abierta y desembozada represión tanto en la supresión de las personerías jurídicas como de despidos y de encarcelamiento de quienes habían participado de la misma. Factor, entre otros, que condujo a una crisis del PSD. Tanto por los resultados electorales de ese año como por el avance de una corriente que desde el cambio de nombre, y la adopción de su correspondiente línea política, luchaba internamente por volver a los cauces tradicionales del comunismo. Objetivo que logró en julio de 1947, en el V congreso de la Organización en que volvió a retomar el anterior nombre no sin debilitarse al quedar por fuera el sector de Durán que le había dado vida al PSD y el otro encabezado por Diego Montaña Cuellar, que se había retirado antes de dicho congreso.

El incremento de la violencia a lo largo y ancho del país llevó al PC a caracterizar, en su IX Pleno de febrero de 1948, al régimen de esta manera:

“El Presidente Ospina Pérez, instrumento de las fuerzas reaccionarias, que comanda principalmente Laureano Gómez, está cumpliendo la tarea de consolidar la oligarquía conservadora en el poder, preparando todas las condiciones para un régimen de dictadura terrorista contra el pueblo” (Medina, 1980: 556)

Tesis que respaldaba tanto en los hechos concretos de violencia como en los llamados persistentes de Laureano Gómez a la “guerra civil” y en la aparentemente extraña justificación de un atentado a Jorge Eliécer Gaitán por parte de un periódico conservador, *El Deber*, de Montería²¹. Acciones que habían sido confrontadas por el caudillo, cuya máxima expresión se produjo dos meses antes de su asesinato, en la multitudinaria marcha del silencio.

Aspectos que para el Partido Comunista adquieren un peso más fuerte con el papel jugado por Estados Unidos. En particular, su significado más directo para Colombia se relaciona con la realización de la IX Conferencia Panamericana. No sólo porque estuviera encabezada por el país del Norte que capitalizaba para el comunismo contemporáneo los signos del más grande imperio producido por el capitalismo, sino porque justamente este era el período de reajuste de fuerzas después de la II Guerra Mundial que orientaba a minar las bases del comunismo, con el inicio de la llamada “Guerra fría”. Política implementada desde principios de ese año con la llamada “Doctrina Truman” por medio de la cual Estados Unidos se arrogaba el derecho de intervenir política y militarmente en cualquier país amenazado por el comunismo. No otra cosa podía deducirse de la campaña anticomunista que precedió esta reunión. Propiciaba así la preparación de los delegados de los Estados de América para aprobar pronunciamientos que estuvieran en consonancia con esta orientación. Alimentaba, además, una limpieza de comunistas en el país anfitrión. Así se desprende de la proposición presentada al iniciar la Conferencia por parte del delegado de Chile, Juvenal Hernández:

²¹ Al parecer, no fueron pocas las denuncias que se hicieron en este sentido. Así lo confirma un telegrama radicado en Valencia Cauca en enero 28 del mismo año “individuo conservador anunció hoy no pasará de 8 días asesinarán al doctor Jorge Eliécer Gaitán. Declaró noticia alarmante guerra” *El Liberal*, enero 30 del 48.

“Dictar, a la mayor brevedad, las disposiciones internas necesarias para reprimir las actividades subversivas que intenten realizar individuos sean nacionales o extranjeros, en favor de intereses políticos extracontinentales” (Vieira, 1973: 16)

Fue presentada antes del 9 de abril sin que hubiera sido aprobada. Tan pronto se reanuda la reunión el 12 de abril, después del magnicidio, Estados Unidos asume de nuevo la iniciativa, ahora con mayores argumentos. Puesto que rápidamente acusó al comunismo de ser el autor del asesinato. Señalamiento que fue respaldado de inmediato por el régimen conservador que desató la más abierta y desembozada persecución a los militantes comunistas; ratificada con el rompimiento de relaciones con la URSS el 11 de abril.

De allí que no resulte incoherente la proposición que se aprobó:

“CONSIDERANDO.... que la situación actual del mundo exige que se tomen medidas urgentes que eviten que agentes al servicio del comunismo internacional pretendan desvirtuar la auténtica y libre voluntad de los pueblos del continente, DECLARAN: que por su naturaleza antidemocrática y por su tendencia intervencionista, la acción política del comunismo internacional es incompatible con la concepción de la libertad americana.... y RESUELVEN: Condenar los métodos de todo sistema que tienda a suprimir los derechos y libertades políticas y civiles, especialmente la acción del comunismo internacional y adoptar dentro de sus territorios respectivos las medidas necesarias para desarraigar e impedir actividades dirigidas, asistidas e instigadas por gobiernos, organizaciones o individuos extranjeros, que tiendan a subvertir por la violencia las instituciones de dichas repúblicas, a fomentar el desorden en su vida política interna o a perturbar por presión, propaganda subversiva, amenazas en cualquier forma el derecho libre y soberano de sus pueblos a gobernarse por sí mismos” (Vieira, 1973: 16)

Si bien esta declaración se produjo a posteriori de la desaparición de Gaitán, es un resultado de un proceso que define la interpretación que tiene el PC de los hechos. Principalmente, porque esta acción no escapa a la que Estados Unidos venía pregonando para el mundo entero y que se plasmó en organismos como la OTAN.

Ahora bien, esto no puede desvirtuar la situación política y sindical que favoreció que se produjera un terreno abonado para este tipo de acciones. El mismo PC da cuenta de la debilidad de esta organización en ese momento. Lo justifica por el corto tiempo de vida organizativa en el proceso de realindamiento con las directrices tradicionales del

comunismo, después del período socialdemócrata, y en la ya enunciada política represiva y derechista del régimen. Sin embargo silencia su inconsistencia en el inmediato pasado que lo llevó a la pérdida del poco respaldo social que había adquirido. Una de ellas, la de su falta de apoyo en la contienda electoral que perdió el liberalismo y que condujo a que muchos de sus militantes dieran su voto por el líder liberal y engrosaran las bases y mandos medios de su organización. A la vez, la de su débil relación con el caudillo que apenas estaba en un proceso de superación en el momento de producirse su asesinato. Sólo la reacción de masas tras su muerte lo llevó a expresar que "Gaitán representaba para el pueblo colombiano el símbolo de sus aspiraciones inmediatas", o más sintéticamente, "el hombre-símbolo" del pueblo. Calificación que ya sólo quedaba como registro histórico de los grandes vaivenes de la organización comunista, más no como expresión de lo que en vida hubiera significado un desarrollo del movimiento político de la izquierda comunista.

Esta debilidad organizativa, tanto del Partido Liberal como del Partido Comunista, no permitió canalizar la reacción popular, tras el asesinato de Gaitán el 9 de abril de 1948, que en muchas de sus acciones, se orientaba claramente hacia objetivos políticos. Así, este último, de una manera acrítica, planteaba que la CTC había respondido con huelga general, obedeciendo a una directriz de la organización partidaria. (Historia del PCC, 1960: 82) Cuando, en la práctica, se demuestra que los comunistas y socialistas actuaron aisladamente ese día. Intelectuales liberales y socialistas, como Gerardo Molina, tomaron emisoras y anunciaron al país que la revolución triunfaría. Hablaban de una supuesta Junta Nacional Revolucionaria y de la necesidad de conformar similares a lo largo y ancho del país. Hasta un llamado a la "formación de milicias populares y organización de una Junta Revolucionaria de Gobierno" fue hecha por el Partido Comunista y la CTC en las horas de la tarde. (Alape, 1989: 45) Sin embargo, sólo algunas poblaciones, como Barrancabermeja, lograron tener un control total del poder y formar su respectiva dirección local. Igual que en la fracasada insurrección de 1929 convocada por el PSR. Ahora, esos pocos focos de poder popular que estaban a la espera de la ratificación de la consolidación de su poder en la República, fueron aplastados luego por las fuerzas del régimen en cuyas demostraciones

anunciaban el fatídico porvenir de violencia que sería auspiciado desde las entrañas mismas del Estado.

En el XII Pleno del Comité Central del Partido Comunista, realizado en noviembre de ese mismo año, el secretario general, Gilberto Vieira, calificó los hechos como una demostración “de la tesis comunista de que atravesamos una etapa de lucha revolucionaria de los pueblos en las condiciones de la crisis general del capitalismo agonizante” (Vieira, 1973: 23). Una vez más reivindicaba una de las veintiuna condiciones de la Internacional comunista; así ella hubiera desaparecido y el capitalismo mostrara signos claros de su fortalecimiento. Así mismo interpretó la acción de masas como de “insurrección popular espontánea” contra el régimen; diferenciándola de la denominación de “revolución del 9 de abril” que muchos le habían dado, partiendo del postulado leninista que “las revoluciones no se hacen, se organizan”. Apoyaba el carácter de insurrección por que la movilización se dirigió primero al Palacio presidencial con el fin de derrocar al gobierno. Porque hubo varios objetivos de quemar edificios, como El Siglo de filiación conservadora, de claro significado político y porque muchas de las consignas lanzadas en la revuelta eran de enfático contenido político.

Sin embargo, cuando se conmemoraban los 20 años de este suceso cambiaron la interpretación del hecho. Ya no la calificaron como “insurrección popular espontánea”. Porque partían de la tesis leninista de que la insurrección era un acto consciente, deliberado y organizado y con claros objetivos políticos. Aspectos que no se habían producido en esas movilizaciones populares puesto que no había sido producto de una planificación previa. (Vieira, 1968: 58)

Por último el Partido Comunista, hace recaer en la dirección liberal gran parte de la responsabilidad de que la revuelta no hubiera obtenido logros políticos, derrocando al régimen conservador. Acepta que hubo una actitud seguidista de esperar que el liberal Darío Echandía tomara la presidencia de la República. Pero eso no lo exime de señalar que muchos de los grupos que se formaron asumían que ya el poder estaba en manos de los liberales y que, por tanto, otros podían ser los focos de acción. Argumenta, además, que esa fue la decisión que la dirección liberal tomó tan pronto se produjo el asesinato; pero que el largo

trayecto recorrido entre el sitio de la reunión en que se tomó esta definición y el Palacio presidencial facilitó que la comisión, que pediría la dimisión del presidente, percibiera directamente la oleada popular que se disparaba en múltiples direcciones. Circunstancia que es tomada como posible causa que condujo a variar la determinación y a aceptar solo la inclusión del liberalismo en algunos puestos claves del gobierno conservador.

Conclusión que demuestra la incapacidad del Partido para dirigir el proceso y la ausencia de otros liderazgos de masas que reencausaran el enconado levantamiento popular. De esta manera se posibilitó que el ejército tomara el control de la ciudad e hiciera que fuera la acción de las armas la que garantizara el dominio de la situación. Difícil será evadir la imagen que le da contenido a este argumento de la barbarie del Estado. Muchos policías de varias estaciones de la capital habían entregado sus armas a grupos de manifestantes. El pueblo disperso encontraba un apoyo en quienes tenían el control de las armas. Por eso cuando vieron irrumpir un tanque de guerra en dirección a Palacio con una bandera roja se subieron en él y lo siguieron como símbolo del sello de la derrota del Presidente Ospina. Sólo pocos alcanzaron a producir signos de frustración cuando cerca de Palacio el tanque se volvió contra la muchedumbre y dejó el suelo regado de cadáveres. En las manos de quienes quedaban hacinados en el suelo encontraron aferradas escopetas, machetes, palos, cuchillos, fusiles como banderas de una revolución que nunca fue.

Si algo demostró el desbordamiento de masas fue la ausencia de organización y de dirección que canalizara sus más profundas motivaciones. Se demostró así que el control o influencia que el PC tenía sobre la CTC era débil. El mismo porcentaje reducido de trabajadores sindicalizados del país así lo confirmaba. Su incidencia en otros sectores de la población, como en barrios populares de las capitales en sectores campesinos e indígenas no tenían la dinámica ni la cobertura suficiente como para responder a una exigencia de una coyuntura política como la que se presentó. De allí que la inmediata reacción del régimen no hizo más que precipitar la crisis de la organización comunista y obligarla a plantearse la necesidad de optar rápidamente por la lucha clandestina y la formación de grupos de autodefensa que desencadenaron posteriormente en la formación de las FARC.

A pesar de ello en el mismo 12o. pleno sigue manteniendo el discurso ambivalente de aceptar sus debilidades, pero, a la vez, sobrevalorar la situación en que se encuentran las masas: "las masas populares, se radicalizan, asimilan las lecciones de abril (...) profundizan su rompimiento con la oligarquía liberal".²² Con ello parecieran exorcisar el reconocimiento de su incapacidad para ser alternativa de poder y dar a las palabras la fuerza que su acción no ha podido conjugar. Por eso se colocan en el límite de la historia, en la condición inevitable de generar la ruptura por tantas veces aplazada. "Se plantea, en consecuencia la cuestión del poder ante el proletariado y surge, como una consigna fundamental, la lucha por un gobierno popular antioligárquico y antiimperialista". Versión recurrente en la mística revolucionaria que anula la dimensión real de su fuerza para inscribirse en el campo de la fantasía. Relato que anula la opción de fortalecimiento organizativo porque la expresión mítica la realiza para darle la potencia suficiente para creerse con capacidad de amenazar el poder.

Por ello, el PC intento tanto en 1948 como en 1949 sumarse a la reacción popular contra el régimen o liderar algunas de ellas. Quizá la principal fue la que se efectuó el 23 de febrero de 1949 en Bogotá. Se calcula que hubo una participación de mas de quince mil personas. Movilización que animaba la creencia en la posibilidad de concitar un mayor respaldo popular hacia la confrontación de políticas represivas. Sin embargo, la conducta del régimen arreció y la represión a estas movilizaciones y la persecución a los activistas de izquierda se hizo cada vez más agresiva. Así se demostró en la realización del VI Congreso del PC el 20 y 28 de agosto de 1949 que fue precedido de acciones violentas por parte del gobierno de Ospina Perez. (Medina, 1980: 589) Allí se volvió a caracterizar al país como semicolonial. Definición que se orientaba al fortalecimiento de lo que se denominaba lucha por la liberación nacional. Objetivo que conducía a la correspondiente formación de un Frente Antiimperialista para poder alcanzarlo. Con ello se volvía hacer énfasis en el carácter democrático de la revolución y no en el socialista. Así, de nuevo los sectores campesinos e indígenas, la clase media, y sectores nacionalistas de la burguesía adquirirían preponderancia; aunque la directriz se estableciera en función de la clase obrera.

²² Citado por Pécaut, op. cit, 503. También la cita siguiente, tomada, a su vez, del informe al 12o. Pleno, citado por M. Torres. La naturaleza de la revolución colombiana, Bogotá, Editorial Iqueima, 1959, p. 102.

2.5. EL GOLPE DE ESTADO

Desde que ascendió al poder Mariano Ospina Pérez el PC planteó la tendencia hacia la producción de un golpe de Estado en el país; aspecto profundamente visible por la tendencia de Laureano Gómez de ejercer un total control del poder político. No era solo entonces el conservatismo el que generaba todo tipo de presiones para volver a asumir el poder. Era la persistencia dentro de él del sector que antes y durante la guerra había prohiado el fortalecimiento de la tendencia falangista y fascista encabezada por Laureano Gómez.

El desencadenamiento de la violencia con la muerte de Gaitán alimentó mucho más radicalmente este proceso. Puesto que al caos producido por las fuerzas en contienda se les sumaba la constante aseveración de que el comunismo pretendía aprovechar esa situación para tener un control del poder. Acusación que se hacía extensiva al liberalismo como fuerza que supuestamente marchaba al unísono con las pretendidas aspiraciones comunistas. En el mismo VI congreso realizado en 1949, el partido advertía de manera categórica la posibilidad del golpe de Estado. (Historia del PC, 1960: 88) Interpretación que se vio corroborada por los hechos cuando el 9 de noviembre de 1949 el presidente Ospina estableció el estado de sitio anuló las libertades y garantías democráticas y disolvió el parlamento. Abrió así, institucional y jurídicamente, un espacio a los militares que nunca más iban a cederlo en la sucesiva historia colombiana.

Este proceso de redefinición de las relaciones de poder no solamente se ubicó en el control del aparato de Estado. La iglesia y el conservatismo penetraron en lo más profundo de las redes sociales. Pues quisieron cortar de raíz los ligeros y superficiales avances que había alcanzado el partido liberal. Pero más que ello se ponía en juego en la historia política nacional unos imaginarios que hacían mutuamente excluyentes a los actores políticos y sociales que los asimilaban. Quiere decir esto que si bien desde el Estado se introdujo una violencia institucionalizada; también desde las más inesperadas prácticas sociales se generaron formas constantes de eliminación del otro. Ni siquiera el bloque de clases en el poder logró procesos unitarios que favorecieran el ejercicio de su hegemonía. Es así, como lo registramos antes que encontramos la disputa de espacios del poder por parte de Laureano

Gómez aún en el seno del mismo conservatismo. Forcejeo que en 1.950 lo llevó al ejercicio de la presidencia dentro de las condiciones más antidemocráticas que haya podido vivir el país.

Rápidamente el nuevo mandatario pretendió imponer el modelo corporativo que por tanto tiempo había aspirado a realizar dejando por fuera ya no solo a sectores del conservatismo sino también del partido liberal, casi en su conjunto, que rápidamente horadó los cimientos de su estabilidad creando las condiciones para que el 13 de junio de 1953 se produjera el acceso al poder del comandante general de las fuerzas militares, teniente coronel Gustavo Rojas Pinilla.

Golpe de Estado que no se puede asimilar a los que posteriormente se produjeron en Latinoamérica puesto que aquí, en su fase inicial, hubo un tácito, y a veces explícito, acuerdo de los militares con los partidos liberal y conservador. Cuya dirigencia creyó democráticos. Es decir, que los militares sólo ejercerían el poder hasta el término del período presidencial del gobernante depuesto: 7 de agosto de 1954. Interpretación que rápidamente se evidenció como fallida al identificar que, al contrario el gobernante militar no hacía más que concentrar poder.

En efecto manejó a su antojo la Asamblea Nacional Constituyente que había sido convocada por Gómez para aplicar estructuralmente su política. El mismo Partido Comunista la había identificado como el espacio que pretendía eliminar las mínimas libertades democráticas y los pocos derechos conquistados. A su vez le preocupaba que se pretendiera ilegalizar a los partidos de oposición; aspectos que rápidamente fueron convertidos en hechos por el gobierno militar. La toma de la Universidad Nacional, su ocupación, y el asesinato del estudiante Uriel Gutiérrez, el 8 de junio de 1954, así lo testimonian. Así mismo, el asesinato de tres estudiantes más al día siguiente de este hecho. Posteriormente fueron clausurados los periódicos el Siglo, el Tiempo y el Espectador. Luego en 1956, en el mes de febrero, fue declarado ilegal el PC, y fue restringido el derecho de huelga. Al año siguiente dejó entrever sus aspiraciones a mantenerse mas allá de 1958 como lo había planteado. Decisión que, aunada al autoritarismo que lo caracterizó, fueron ingredientes suficientes para concitar las

suficientes fuerzas en su contra que presionaron su salida del gobierno. Por eso les pareció una actitud contrarrevolucionaria que los "socialistas colombianos", los del Movimiento Socialista Colombiano, dirigido por Antonio García, declarara que

"Las promesas del Teniente General Rojas Pinilla son ni más ni menos, 'el mismo programa de la revolución colombiana, tal como lo entiende el socialismo democrático y nacionalista'. (Treinta años, 1960: 113)

Por su parte el PC ya desde 1947, ante el autoritarismo del régimen conservador, había planteado la directriz de la formación de autodefensas campesinas. Puesto que era el campo el que más directamente vivía el ascendente proceso de violencia. Al finalizar el año 49 planteó la consigna del impulso a las autodefensas de masas. Radicalizado en el XIII pleno, al finalizar el año 50 llamando a "la necesidad de organizar la resistencia". (Historia del PC, 1960: 94) Directriz que llevó al fortalecimiento de los grupos guerrilleros que ya se estaban formando en algunas regiones del país. No exclusivamente por comunistas pero si estimulados por ellos y por la militancia liberal que no veía otra forma de responder a la violencia institucional. Aunque no se podría afirmar tajantemente que la formación de la totalidad de estos grupos obedeciera a directrices partidarias. La mayoría de las veces se formaron por un afán de sobrevivencia. Es decir, el instinto de conservación condujo a formar grupos armados como condición para poder seguir viviendo. Es a este proceso al que se articulan las organizaciones políticas y el que pretenden dirigir. Sin que necesariamente siempre hayan sido escuchadas por las organizaciones guerrilleras.

La arremetida represiva diezmó mucho más la capacidad organizativa del PC. A pesar de ello, intentó llevar la iniciativa para que los dispersos grupos armados trataran de unificarse y tener una orientación nacional. Es por eso que en 1952 promueve una conferencia nacional guerrillera. Fue identificada posteriormente como la conferencia de "Boyacá". Desde allí se nota la preocupación porque la acción militar sustituyera la lucha de masas. Por eso plantea la formación de consejos populares. Con ello pretendía que, de ser acogida esta propuesta, la acción guerrillera se articulara con los problemas propios de las comunidades en las cuales tenía su cubrimiento. El VII congreso, realizado en abril del 52 enfatiza que el naciente movimiento guerrillero solo tendría eficacia si se articulaba con la lucha de masas. Por tanto,

considera que se debe persistir en la "autodefensa de masas"; condición necesaria para que la lucha política dirigiera la acción militar. Al mismo tiempo admitía que había un problema político más de fondo por el predominio del campesino en la formación de estos grupos. Desplazando al proletariado de su acción y de sus objetivos. Reconociendo que

"El campesinado es aliado fundamental del proletariado y el ejército de la revolución, pero no puede ser su vanguardia por la diversidad de intereses que expresa, desde los jornaleros agrícolas hasta los campesinos ricos, pasando por los campesinos pobres y medios". (Historia del PC, 1960: 102)

La introducción de lineamientos políticos al ejercicio de la acción guerrillera fue creando condiciones para transformar estos grupos que surgían de la necesidad de la formación de autodefensas, en organizaciones guerrilleras de orientación marxista. Es por eso que el PC en junio de 1955 propone transformar las autodefensas en guerrillas móviles. El XVIII pleno así lo señala:

"Se ha abierto la perspectiva del crecimiento de la resistencia armada popular y del movimiento guerrillero, los que son saludados con profunda emoción por la clase obrera y el movimiento laborioso" (Historia del PC, 1960: 123).

El golpe militar había sido concebido como una manera de acabar con la violencia. Sin embargo, logró su control en algunas regiones, pero introdujo otros factores de violencia que tampoco le dieron estabilidad a la nación. Pretendió ser garantía del orden y de la institucionalidad, y de la conciliación de los partidos. El resultado fue propiciar los acercamientos, mas no por la vía institucional o de su propia iniciativa. Sino por la de la reacción a la de su concentración de poder y autoritarismo. Quizá su mayor logro fue el de reducir a su mínima expresión al partido comunista. No obstante, su acción punitiva condujo a la creación de los grupos guerrilleros que desde allí fueron asumiendo la orientación marxista. De tal manera que ya la lucha política no solamente tendría que registrar la acción pública, civil y legal del PC sino también la acción ilegal, clandestina y agraria de los grupos guerrilleros.

En estas condiciones se generó un proceso nacional de rechazo al régimen militar. No solamente de los partidos liberal y conservador. Sino que, incluso, la misma jerarquía

eclesial y su clero se fueron también a la oposición. Es de esa manera como se produce el levantamiento popular que fue liderado por el movimiento estudiantil en mayo de 1957 y que obliga a que el 10 de ese mes Gustavo Rojas Pinilla se vea obligado a renunciar a la presidencia.

2.6. LA JUNTA MILITAR Y LA LEGALIZACIÓN DEL PARTIDO

La decisión de Gustavo Rojas Pinilla de renunciar al poder dejó en manos de una junta militar la posibilidad de una transición hacia la recuperación de mínimas condiciones democráticas. En efecto, las conversaciones entre dirigentes de los partidos liberal y conservador, realizadas desde mitad del año anterior, había generado, en gran parte, la movilización que condujo a la pérdida de su investidura. El pacto de Benidorm firmado por Laureano Gómez y Alberto Lleras había trazado, el 24 de julio de 1956, las orientaciones que marcarían la dirección del proceso. Particularmente, concluyen los dirigentes de las dos organizaciones políticas, que la única salida a la dictadura y a los reductos de violencia era la de llegar a un pacto que les permitiera nuevas reglas de fuego en la vida política. Fue así como plantearon que

"Solo un esfuerzo conjunto de los partidos puede restablecer un modo de vivir en que prevaleció el afortunado equilibrio entre los derechos de los ciudadanos y la acción del Estado como delegatario de poderes limitados, obligado a dar cuenta de sus actos a los representantes de la nación". (Silva Lujan, 1989: 192)

Es en estas condiciones en que a la caída del régimen de Rojas le es consecuente un proceso de discusión entre esas dos organizaciones políticas que condujo a la propuesta de un plebiscito, convocada al finalizar el año 57. Se consagró así la prolongación de lo que fue la historia de la vida republicana nacional. Es decir, el control del Estado por parte de los dos partidos tradicionales. Solo que ahora llegaban al acuerdo de distribuirse equitativamente todo lo que lo constituye. Por eso plantean "el equilibrio de los partidos en los cuerpos colegiados". Tesis que se hace extensiva a la parte de la administración pública definiendo que "el presidente de la república, al escoger sus colaboradores en el gabinete, estuviera obligado a conservar la proporción política que tengan los partidos dentro de las cámaras legislativas". (Silva Lujan, 1989: 198) Excluye de esa manera cualquier otra opción política

que se presentara en el país. Específicamente se dejaba por fuera al PC. Así el plebiscito lo habilitara políticamente al declarar que se mantenía la constitución de 1886 con las reformas hechas hasta 1947. Es decir, que el acto legislativo producido por la dictadura, y que proscribiera a la organización comunista quedaría sin validez; si así lo decidía el pueblo en el plebiscito.

Esto explica la reacción del PC cuestionando esa convocatoria. El Partido hizo ver que el plebiscito no se realizaría a través de elecciones libres puesto que se hacía manteniendo al país en estado de sitio. Además porque, argumentaba, que la junta militar no había derogado los decretos que anulaban o limitaban las libertades democráticas. Igualmente, la existencia de muchos presos políticos por haber enfrentado la dictadura era un obstáculo para la realización de ese evento. Del texto puesto a consideración en el plebiscito, cuestiona, por supuesto, aquellos numerales que favorecen la distribución del aparato de Estado entre los dos partidos tradicionales. No está de acuerdo con que se legitime la junta militar por las repercusiones que en el seno de las fuerzas militares pueda tener, hacia el futuro, la validación de esa forma de gobierno. También confronta que se le dé carácter vitalicio a los magistrados de la corte suprema de justicia y del consejo de Estado. Sin embargo ve como positivo que se anulen los aspectos jurídicos que fueron producidos por los dos regímenes antidemocráticos que le precedieron. Valora que se le otorgue a las mujeres los mismos derechos políticos de los hombres. Resalta la propuesta de impulsar la carrera administrativa, y la destinación de un 10% para los gastos de educación. Es por esto que llaman a votar por una "fórmula independiente", que sería la propuesta por ellos. A sabiendas de que en el escrutinio que se hiciera serían considerados como votos en blanco o votos nulos.

Curiosamente desde el conservatismo también se produjeron voces en su contra especialmente del dirigente Gilberto Alzate Avendaño quien llegó a plantear "quien propone la consulta es realmente quien asume la capacidad decisoria. El pueblo asiente o refrenda, pero no manifiesta su voluntad propia". (Ayala, 1996: 81) Incluso llegaba a advertir que la legitimación del contenido de la fórmula plebiscitaria, auspiciando el manejo del aparato estatal por los dos partidos, podría conducir a situaciones revolucionarias por las previsibles

reacciones que se pudieran desencadenar. Intuía también que la alternación presidencial entre los dos partidos y el equilibrio de fuerzas dentro del Estado conduciría a desdibujar los lineamientos ideológicos y políticos de las organizaciones partidarias.

Sin embargo, pudo más el peso del terror ante la sangre derramada. Seguramente los imaginarios de la violencia que se habían generalizado producían en el ciudadano común y corriente la expectativa de que un acuerdo entre los líderes y las organizaciones causantes de la violencia sería la condición necesaria para su eliminación. De igual manera la imagen del gobierno militar había quedado en el inconsciente colectivo como un leño que se le había echado al fuego de la violencia. Así a otros niveles hubiera ayudado a apagarla. No se puede descartar que, aunque los partidos políticos no funcionaran como estructuras organizativas modernas, el ciudadano sí tenía una representación de ellos de ser parte de una simbología que le daba sentido a su existencia colectiva. Por eso el resultado del plebiscito no pudo ser más elocuente: 4.169.294 votaron a favor sobre un total de votos de 4.397.090. (Silva Lujan, 1989: 205)

Quedó sellado así el derrotero que marcaría el proceso político del país hasta la finalización del siglo XX. Otra vez el PC fue puesto contra la pared no solo por la acción represiva de quienes tenían el control político sino también, y al mismo tiempo, por la incapacidad de generar un liderazgo que le garantizara su aceptación popular. Por eso quedó expuesto a las nuevas fuerzas que se ubicaron en el posterior proceso y que lo relegarían en la lucha política principalmente por las organizaciones guerrilleras marxistas, y sus respectivos aparatos políticos que se disputaron el espacio político popular. Porque, es indudable que la exclusión del escenario político de cualquier otra fuerza diferente de los partidos liberal y conservador no hicieron más que incentivar el fortalecimiento de las organizaciones guerrilleras que se fueron formando a lo largo de la década del 50. Su demostración más clara es la de la formación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) que formalmente se produjo en abril de 1966 pero que tuvo su expresión a través de diferentes grupos a partir de 1952. (Pizarro, 1991: 198) El mismo Gilberto Vieira considera que la indefinición, o ausencia de claridad del partido respecto de la guerrilla le produjo serias dificultades frente a

su trabajo en el campo. Específicamente, por la política de estímulo a la autodefensa de masas que diluía el papel que la guerrilla, en sí misma, podía tener en el desarrollo de la lucha revolucionaria en Colombia. (Vieira, 1996: 21) Factor que lo distrajo del avance organizativo que los grupos guerrilleros estaban produciendo. Conducta que solo fue cambiada cuando al iniciar la década del 60 se formaron organizaciones guerrilleras con las orientaciones castrista y maoísta.

CAPITULO III

SOCIALISMOS SIN DICTADURA

Las relaciones de amor y odio no eran solo de los comunistas con quienes a cada paso identificaban como sus enemigos. En esta cultura política de respaldo en una verdad incólume, con un criterio profundamente fundamentalista que, en no pocos momentos, abogaba por la eliminación del otro, y no solo en el orden del discurso sino también en su existencia física, se construyeron otras opciones del socialismo. Efímeras sus expresiones en la vida política nacional; pero puestas en escena en diferentes escenarios y diferentes períodos; permeando inevitablemente la lucha política. Sus militantes, influenciados por las disímiles corrientes europeas, no se resignaron a aceptar que la disputa por el Estado hubiera que reducirla a la confrontación entre el bipartidismo y el Partido Comunista. Fluctuando, en la acción práctica, entre los reducidos espacios democráticos que abría el liberalismo y la confrontación a un capitalismo inhumano, injusto y consumista; propio del proceso económico y político que vivía la sociedad colombiana.

Los grupos u organizaciones que por fuera de los comunistas reivindicaron el socialismo, dentro del período estudiado, se pueden dividir en dos. Aquellos que buscaron diferenciarse del Partido Comunista defendiendo una postura socialdemócrata o próxima a ella. Línea o corriente que ha tenido diferentes expresiones a lo largo de este siglo y que muchas veces se ha presentado por la vía de figuras como Antonio García, Diego Montaña Cuellar o Gerardo Molina, más que por organizaciones estrictamente definidas como tales. Aunque en algunos momentos episódicos lo hicieran a través de ellas, como los analizaremos en algunos de sus casos. En otro extremo podemos ubicar al Gaitanismo, que introdujo en su doctrina e ideología aspectos del socialismo, pero manteniendo implícita y explícitamente su adhesión al discurso liberal. Si bien a finales del siglo XIX y principios del siglo XX hubo expresiones de tendencias socialistas dentro de sectores católicos, y de anarquistas, no lo fue así en este período, por lo menos de manera significativa.

3.1. UN MARXISMO NUEVO: EL GRUPO MARXISTA

La Fundación del Partido Comunista con las directrices de la III Internacional acentuó las contradicciones entre quienes participaron en su creación y quienes propugnaban por un socialismo mucho más independiente de las orientaciones internacionales, aún manteniéndose dentro del marxismo. La dinámica de las fuerzas que luchaban por constituir una organización política por fuera de los dos partidos políticos dominantes, el liberal y el conservador, atañían también, en un primer momento, a finales de la década del 30 del siglo XX, a las expresiones que, aproximándose al cristianismo, pretendían formar un tipo particular de socialismo y a aquellos que se orientaban por la línea anarquista. Tendencias que rápidamente se perdieron o se debilitaron sin tener una mayor figuración en la lucha política del período investigado. De igual manera había optado por ese camino un sector del liberalismo que pregonaba que en sus filas se podía realizar el socialismo, abanderado por Jorge Eliécer Gaitán a través del unirismo. Sin embargo, pronto se dieron cuenta, quienes por allí se orientaron con su convicción socialista, de que la figura del líder ya adquiría los visos de quien luego se constituyera en caudillo de multitudes y que prevalecía más la orientación liberal que los rasgos socialistas que pretendían adoptar.

Esta orfandad organizativa consolidó una tendencia que tiene expresión aún al iniciar el siglo XXI. Se trata de la búsqueda de una opción socialista por fuera de los parámetros trazados por el Partido Comunista y el anarquismo y aquellos que se emiten desde el partido liberal. Es en estas circunstancias como se forma el "Grupo Marxista" en noviembre de 1933. La procedencia inmediata del grueso de quienes lo formaron era de la UNIR de Gaitán. Buscaron ese como su nicho porque sus dirigentes hacían alarde de orientarse por tesis radicalmente socialistas; objetivo que pronto pudieron desvirtuar. La composición del nuevo grupo fue predominantemente intelectual y universitaria. De allí que se centrara enfáticamente en conocer a fondo la doctrina marxista y confrontar su aplicación a la realidad nacional. (Molina, 1987: 274-275) No obstante, tuvo vinculación con algunos líderes obreros de la capital, centro predominante de su acción.

Debemos recordar que a partir de la fundación del PC en julio de 1930, fueron descalificadas y condenadas organizaciones y discursos que defendieran el socialismo. Por lo cual la formación de una organización como ésta tuvo que aceptar recibir ataques radicales de los comunistas, que la calificaban como “pequeñoburguesa”. Epíteto cuya carga de sentido, al parecer, para los comunistas, era uno de los mayores agravios que se pudiera hacer a un oponente que se disputaba su propio discurso. Así el mismo Molina dijera que “no existen diferencias entre socialismo y comunismo porque ambas sentencias son manifestaciones del marxismo”, en un intento por buscar aproximaciones y para no facilitar el aprovechamiento del conflicto por parte de las clases dominantes para atizar su división. (*El Colombiano*, dic. 14 de 1935: 3) Conducta que se mantuvo hasta finales de 1935, cuando los comunistas se disponían a asumir la política de Frente Popular.

Igualmente se debe tener en cuenta, que las relaciones con el gobierno no podían darse porque Olaya Herrera mantenía una alianza con el partido conservador, manteniendo actitudes autoritarias, y porque los socialistas encontraban que allí no había ni siquiera señas de favorecer prácticas humanistas y procesos de profundización de la Democracia. Curiosamente, coinciden con el PC en calificar la acción de los primeros meses del gobierno de Alfonso López como igual a la que venía operando dentro del período liberal que le antecedió. Incluso, Molina llegó a plantear que el gobierno liberal actuaba “peor que los conservadores” en el trato que le estaba dando a la huelga de los trabajadores del petróleo en el puerto sobre el Río Magdalena, Barrancabermeja. Igualmente también lo atacó por su “odio a las izquierdas”. (*El colombiano*, dic. 14 de 1935: 3) Así mismo también lo hizo otro de los militantes, Diego Luis Córdova, dentro del Congreso de la República, quien calificó a los ministros de estado de “sirvientes del régimen” y los acusó de “impedir todas las iniciativas en favor de los trabajadores”; del presidente dijo que “hizo promesas vanas al pueblo colombiano” (*El Colombiano*, enero 30 de 1936: 1) Radicalidad que se atenuaría con el desenlace de la misma huelga en la que intervino directamente el presidente, y con un acción política al año siguiente más enmarcada dentro del liberalismo clásico.

Por eso, a pesar de que este grupo no tuviera una mayor fuerza política y social fue referente obligado en la política del periodo.¹ Hasta el Partido Comunista que había confrontado a sus líderes casi como a sus enemigos, lo incluyó en la primera convocatoria para formar el Frente Popular. (Torres Giraldo, 1974: 1210) Inclusión bastante significativa porque uno de sus objetivos era luchar contra “las fuerzas reaccionarias”; lo cual significó su bendición para estar dentro de las revolucionarias. Luego, el 7 de junio de 1936, Gerardo Molina figurará en la dirección Nacional del Frente. En agosto de 1936, el II Congreso Nacional del Trabajo incluirá tres socialistas en el Comité Ejecutivo de la Confederación Sindical de Colombia; entre ellos Molina y Diego Luis Córdova.² Posteriormente, en 1939, éste aparecerá como delegado de la Confederación de Trabajadores de Colombia, la CTC. Denominada así en el III Congreso Nacional del trabajo, realizado en Cali entre el 20 y el 23 de enero de ese año, con la presencia del mexicano Vicente Lombardo Toledano.

Su principal líder e ideólogo fue Luis Eduardo Nieto Arteta³ quien a la sazón optaba por el marxismo con un profundo conocimiento de sus tesis generales. Conducta novedosa y vanguardista para el momento en que lo hacía. Puesto que no accedía a él por la vía ideológica de la militancia partidaria sino por la de su estudio y crítica. De tal manera que no recitaba tesis generales sino que confrontaba aquellas que decantaba en su proceso de formación. Dice Gonzalo Cataño, su principal biógrafo y conocedor de sus trabajos de investigación, que “bajo la influencia de Engels y los teóricos de la Segunda Internacional, aprendió que el marxismo no era solamente un arma para la lucha política, sino también un método de investigación social”⁴. Quizá eso hace que en la práctica haya derivado más hacia

¹ Tanto, que no es descartable que incidiera en las contradicciones que se produjeron en el liberalismo. No sólo respecto de la formación de la UNIR de Gaitán. Sino también del grupo “Acción Nacional” que se identificaba como “Juventudes de Izquierda”; algunos de cuyos líderes participarían luego en organizaciones socialistas como Darío Samper y Abelardo Forero Benavides. Tres fueron los puntos centrales de su ideario: 1. “Intervención progresiva del Estado”, 2. “Democracia económica”, y, 3. “Nacionalismo económico y cultural”. (*El Espectador*, octubre 27 de 1934: 1) Con lo cual le planteaban al Partido Liberal el reto de renovarse o de aceptar que se pudieran producir otras fricciones.

² Aspecto que resalta Pécaut porque muestra como la mayoría de miembros de ese comité no eran trabajadores sino dirigentes de organizaciones políticas con lo cual se le daba concreción a un frente político más no a una organización de los trabajadores. (Pécaut, 1987: 225)

³ Nieto Arteta nació el 9 de junio de 1913 en Barranquilla. Abogado. Escribió en 1941 *Economía y cultura en la historia de Colombia* y en 1952 *El Café en la sociedad colombiana*. De 1936 a 1953 fue diplomático. A partir de este año fue magistrado y docente universitario. Se suicidó el 10 de abril de 1953. Véase “Nota biográfica” en Luis Eduardo Nieto Arteta, 1978: *Ensayos históricos y sociológicos*, Bogotá: COLCULTURA.

⁴ Gonzalo Cataño, “Prólogo” (Nieto Arteta, 1978: 9.

esta última acción. Pues su compromiso político se le ve más marcado en su vinculación con la UNIR y luego con el Grupo Marxista, para posteriormente distanciarse y dedicarse a la labor diplomática.

3.1.1. FORMACIÓN DEL DISCURSO SOCIALISTA

No se puede concluir que en su acción política e investigativa Nieto Arteta fuera obsecuente defensor de los teóricos de la II Internacional. Tuvo la suficiente autonomía para cuestionar aquello que no se ajustaba a la interpretación que hacía del marxismo. Así se puede constatar cuando refuta a Bernstein su argumentación de la ley de concentración del capital. Pues advierte que admitir que ella conduce a “una correlativa división de la propiedad” desconoce la dialéctica marxista que, al contrario, plantea que ella desencadena en un proceso de “autodestrucción”. (Nieto Arteta, 1978: 19) Factor necesario para que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, pudiera ser superada en una nueva sociedad que sería la socialista. Igual actitud asumió en la polémica entre Kautsky y Bernstein, tomando partido por aquél, respecto del porqué Marx y Engels se habían equivocado al proclamar que “la revolución burguesa alemana sería el preludio de la revolución proletaria mundial” (Nieto Arteta, 1978: 22) Respondiendo que ellos, en 1848,

“exageraban el valor revolucionario de las burguesías nacionales de Alemania y Austria. Olvidaban que tenían ante sí al proletariado de los dos países ya organizado revolucionariamente y con nítida conciencia de clase”⁵.

Por supuesto, a esa altura del siglo no se conocían en español textos de Marx y Engels dando cuenta de su crítica y revaluación de las que pretendieron fueran predicciones. Sin embargo, más que la discusión teórica que, entre otras cosas, en la primera polémica, le hace concesiones a postulados de esa Internacional, lo destacable es su formación crítica. Práctica diferenciadora de estos socialistas respecto de la de los comunistas. Ya que aquí su calificativo de “revisionista” no lo hace por las exigencias de un organismo externo sino por su propia construcción teórica.

A pesar de que confronta en algunos aspectos a la Segunda Internacional, deriva en su núcleo economicista. Así lo hace al centrar el desencadenamiento de la transformación de la sociedad capitalista a partir de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. A pesar de ello, enfatiza aspectos que por mucho tiempo fueron relegados en las discusiones del marxismo en el campo oficial de la III Internacional o de las organizaciones que tenían estrecha relación con la URSS. Uno de ellos fue el de darle validez a la "psicología social", a través de la cual las clases sociales expresan su decadencia o su perspectiva de futuro. Tesis no desarrollada, pero sí planteada e inscrita dentro de otra que le mereció interés a lo largo de su vida, a pesar de sus cambios filosóficos.

Se trata de la admisión que hace de que la transformación de un modo de producción lleva consigo la transformación de la cultura. Así, en términos universales. Pero no simplemente como resultado mecánico del nuevo que se construye sino que incorpora lo que "la clase social (...) aún dentro del precedente modo de producción había elaborado para sí". (Nieto Arteta, 1978: 25) Con lo cual se inscribe en el debate que abriera Mariátegui desde el Perú para América Latina y Luis Tejada⁶ en Colombia. Si bien no con la profundidad y relaciones con la tradición cultural indígena del Amauta, ni con la recreación en la cultura universal del bohemio colombiano, pero sí con los suficientes argumentos para incidir en la izquierda socialista marxista que se formaba en ese período en el país. Por último, otro fue el relativo a la reivindicación del individuo. Asumiendo que la sociedad socialista forma el "individuo humano" y, al ser una sociedad sin clases, "se produce la máxima y postrera realización de la individualidad". (Nieto Arteta, 1978:26) Tesis que suscitara mordaz cuestionamiento dentro de las huestes comunistas puesto que, según ellos, abría el marco de acción para la individualidad pequeñoburguesa. Esa postura en cuanto tal, no era más que la expresión de ese sector social que no hacía más que lisonjear a la burguesía en sus anhelos de ser como

⁵ Me parece importante destacar que estas dos críticas las efectuó en 1933 y 1934, correspondientes a los artículos "En defensa del pensamiento de Marx" y "Marxismo y liberalismo", respectivamente. Primero, porque desdice de la ausencia de reflexión teórica. Segundo, porque los escribe justamente correspondiéndose con su militancia en el Grupo marxista".

⁶ Es considerado el mejor cronista que tuvo el país. Entre 1919 y 1924 se relaciona o milita con las pocas organizaciones socialistas del período. Aspectos que están analizados en mi libro, citado anteriormente, capítulo II, "La transición al socialismo marxista", páginas 65-78. Muere a la edad de 26 años.

ella. Pero, a su vez habría una veta de desarrollo teórico para quienes se ubicaban dentro de la corriente socialista.

Otro aspecto teórico defendido por este grupo y desarrollado por Arteta es el relacionado con el carácter creador del marxismo. Lo expresa en el artículo: "Dos dialécticas: Marx y Proudhon", escrito en 1941, que no se inscribe propiamente en el período de actividad de esta organización. Sin embargo, si se puede tomar como el resultado de la controversia que tenían con los comunistas y como un punto de vista de esta corriente doctrinaria en este período histórico. Sobre todo porque afirmaba que

"En los países en que el marxismo quiera desarrollarse, no puede limitarse a ser un producto del 'pensamiento extranjero'. Si quiere triunfar en un país ha de esforzarse por conseguir explicar, dentro de ese país, la realidad histórica concreta sobre los principios del marxismo (...) Que la realidad concreta de que se trata, cualesquiera que sus características específicas sean, tiene su explicación en sí misma, en la pugna de sus contradicciones internas..." (Nieto Arteta, 1978: 41)

Al hacer una comparación entre marxismo y liberalismo, planteaba el origen de clase del Estado. Pues señalaba que la burguesía, a pesar de ser una minoría, detentaba el poder político a partir de concentrar el poder económico dentro de la sociedad. De allí derivaba que la opción socialista pasaba por la inevitable confrontación de la lucha de clases. "Por eso nosotros, en nuestra labor de propaganda, agrupamos a los obreros y campesinos liberales y conservadores, contra los industriales y latifundistas de ambos partidos". (Arteta, 1978: 21) Asumiendo que son los obreros, artesanos y campesinos, adoptando su función como clase social, los llamados a ejercer una acción revolucionaria y no la burguesía liberal como se pretendía hacer entender para asignarle el papel de vanguardia al Partido Liberal. Para lo cual era necesario "formar una nueva organización política". Para ello, no sólo enfatizaba la iniciativa de la cual él mismo hacía parte sino que también cuestionaba al Partido Comunista en su pretensión de ser la organización que luchaba por el socialismo y el comunismo. Razonamiento que fue muy efímero en este intelectual porque rápidamente derivó hacia Spengler y la fenomenología, que lo llevó incluso a señalar que "en el materialismo dialéctico del marxismo hay una extraña conservación de la metafísica" (Arteta, 1978:44),

fundamentándolo en un sentido negativo y no en el de ser aporte teórico como anteriormente lo había encontrado en esa doctrina.

Igualmente, se vinculó a este grupo un joven universitario, Gerardo Molina, miembro del parlamento, la cámara de representantes, por el liberalismo, quien luego tuviera destacada actuación en el proceso de reforma de 1936, fuera rector de la universidad Nacional en 1944 y lograra gran solidez como historiador de las ideas políticas del liberalismo y del socialismo. Figuración que no solo lo enfrentaba a no pocos sectores de las clases dominantes sino también a las dos tendencias más fuertes de la izquierda. De hecho, el gaitanismo atacó, en 1947, su gestión rectoral en la Universidad Nacional y el Partido Comunista lo hizo objeto de permanentes confrontaciones. Así dijera Vieira que "Molina era una persona muy respetable".

Molina también fue otro de los ideólogos importantes del grupo. Quizá no tanto en su desarrollo académico, en el campo teórico, en ese momento, como el de Nieto Arteta, pero si en la ideología necesaria para la lucha práctica frente al Estado, las clases dominantes y las organizaciones políticas que se disputaban el poder. Por eso podemos encontrar el marco más general en el que planteaba debía desarrollarse la lucha política:

"la organización de una sociedad nueva en la que prevalezca la justicia, en la que no haya parásitos sino productores, en la que la explotación del individuo por el individuo sea un recuerdo lejano y no una ignominiosa realidad de todos los días, en la que la libertad sea el saludable atributo de todos los hombres y no lo que es hoy para los desposeídos: la libertad para morirse de hambre". (*El Espectador*, mayo 2 de 1936: 2)

Con ello tendía un puente entre un liberalismo que se preocupara por las libertades y la humanización de la vida; lo cual implicaba el fortalecimiento de la Democracia. y un socialismo que neutralizara los privilegios económicos y sociales para favorecer a los que no tienen nada. Por eso avanzaba a plantear

"Deseamos que la tierra sea del que la trabaja, acabando así con el sistema feudal que oprime a nuestro campesino y no permite que el país prospere. Nuestra aspiración en ese sentido puede resumirse en el grito con que Emiliano Zapata lanzó a la epopeya a los campesinos de México: 'queremos tierra libre, tierra sin capataces

y sin amos'. Deseamos que se fortalezca la industria nacional para que el país sea libre, que supone la batalla de todos los días contra la penetración imperialista que nos quita todo asomo de independencia". (*El Espectador*, mayo 2 de 1936: 2)

Otros miembros de no menor influencia fueron Gonzalo Buenahora, luego vinculado a las luchas de los trabajadores del petróleo y escritor testimonial de las mismas; Eduardo Garzón Rangel, Oscar Pino Espinel y Carlos Gutierrez Anzola.

La actividad la desarrollaban intentando nuclear trabajadores, artesanos y ciudadanos de sectores populares; dando conferencias muy regularmente y escribiendo en los espacios de comunicación que se les permitía. Por ejemplo, en los periódicos *Acción Liberal* que era de orientación liberal de izquierda, *El Espectador* y *El Tiempo*, también liberales (Cataño, 1983: 179), y en otros medios como la *Revista Jurídica* de la Universidad Nacional. A la vez tuvieron relaciones con varios círculos de obreros de la capital en los cuales había un trabajo previo y con trabajadores inconformes con los partidos que disputaban el espacio político. Además, había una conducta deliberada de llegar a los más amplios sectores del pueblo, como lo anotaba Nieto Arteta. De tal manera que no se organizaban por un ánimo estrictamente intelectual sino también político. Según Gonzalo Cataño,

"es el primer esfuerzo que surge en el país por estudiar la obra de Marx en una perspectiva metodológica que pueda ser empleada para el esclarecimiento de los procesos que dieron lugar a la formación de la sociedad colombiana... los integrantes del Grupo Marxista se plantearon la necesidad de emprender un contacto directo con los clásicos del marxismo, y convertir sus enseñanzas en un instrumento analítico para el estudio de las condiciones locales." (Cataño, 1983: 182)

Esta afirmación ignora los avances que, en este sentido, se hicieron en la década. No solamente por lo significativo que es el hecho de que Gaitán planteara abiertamente su simpatía por un tipo de socialismo. Sino también por la formación y los aportes de un Tomás Uribe Márquez, y su hermano Jorge, y los de Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Tejada, Ignacio Torres Giraldo y Nefalí Arce. Sin embargo, eso no invalida la forma como destaca el aspecto intelectual que encerró esa dinámica.

Un ejemplo se puede dar con Diego Montaña Cuellar, quien de joven estudiante perteneciera al Partido Socialista Revolucionario. Muy joven también (24 años) fue concejal de Bogotá

por el ala izquierda del Partido Liberal, y fugazmente alcalde de esa capital (1934); al mismo tiempo en que existió el grupo que analizamos. El afirma que conoció en 1928 textos sobre la revolución bolchevique, de Barbusse y Romand Roland y uno que otro folleto de Trosky. Destaca que fue *Estudios Socialistas* de Jean Jaures el que más lo introdujo en la obra marxista. Lo cual explica el fortalecimiento que tuvo esta tendencia de mantenerse al margen de las directrices del PC, a partir de su fundación, y de la III Internacional Comunista. Lo más importante es que también se fortaleció con lecturas que desarrollaban un pensamiento latinoamericano como el de Mariátegui. El mismo Montaña Cuellar da cuenta de lecturas de textos de José Vasconcelos, Antonio Caso y Luis E. Valcárcel. En especial de Mariátegui de quien planteara que “fue la mejor aplicación del marxismo a la interpretación del mundo americano” (Montaña Cuellar, 1996:122). De allí que esa independencia política representara también una autonomía en términos del pensamiento. Circunstancia que producía inmejorables interlocutores en Latinoamérica, como la recepción que el mismo Amauta hacía del colombiano Sanín Cano (Mariátegui, 1986: 126-130), o el que éste hiciera del peruano declarándolo “escritor universal de América”. (Sanín Cano, 1977: 289-296)

Otro ejemplo es el de Gerardo Molina, quien era próximo al liberalismo, en una perspectiva radical. Por ello se orientó hacia las ideas socialistas, que fueron nutridas por Jaurés, León Blum y Trosky. Y participa directamente en la fundación del Grupo Marxista. (Acevedo, 1992: 385) La salida que cualquier liberal de su temple tenía era la de orientarse por las ideas de Gaitán, sin embargo, él consideraba que el líder liberal “fluctuaba entre el socialismo y el liberalismo” y por ello la opción socialista tenía que producirse por fuera del Partido Liberal y del Partido Comunista.

El grupo tuvo una efímera existencia. Se disolvió en 1934. El factor principal fue la entrada de Alfonso López Pumarejo en la contienda política. Básicamente, porque varios de sus miembros se orientaron por sus programas, creyendo que habría una transformación radical del país. Además, tampoco lograron darle una cohesión al grupo ni tampoco la dinámica nacional que se requería para llenar las aspiraciones de formar un partido. De todas maneras su incidencia en la esfera cultural e intelectual de la capital y de algunas de las grandes

ciudades del país, traspasó la inmediatez en la que se desarrolló. La prueba es que varios de sus miembros fueron los que mantuvieron esa tendencia a lo largo del siglo por fuera del liberalismo, el Partido Comunista, organizaciones guerrilleras y otras organizaciones de izquierda que se fundaron. Luego, varios de sus militantes confluyeron, en 1935, en otra organización denominada Vanguardia Socialista. Con la dirección de Gerardo Molina participó en 1936 en el Frente Popular convocado por el Partido Comunista para hacerle frente al ascenso del fascismo y el nazismo. Igualmente se destaca su participación en el proceso de Formación de la CTC. Dice Medina que los socialistas fueron los mediadores entre los comunistas y los liberales para poder llegar a los acuerdos que permitieron fundar la central de trabajadores. (Medina, 1989: 286) A su vez, tampoco tuvo larga duración y ya a finales de la década del treinta había desaparecido.

3.1.2. DIFERENCIAS CON EL PC

Este grupo tenía la ventaja de no estar avalado por un organismo internacional, ni seguir su directrices, como en el caso del PC. Eso posibilitaba que su desarrollo ideológico no tuviera que ser refrendado desde fuera, lo cual le permitía mayores opciones de creatividad y de independencia interpretativa del marxismo. Igualmente, también representaba un peligro para desencadenamientos que distanciaban a sus militantes tanto de la teoría marxista como de su compromiso revolucionario con la lucha política, como en efecto sucedió con varios de ellos. Aún así, no se puede invalidar su acción; así fuera efímera, puesto que tuvo la importancia de difundir y socializar textos marxistas y de fortalecer los rasgos de cultura política que se formaba dentro de esa orientación. De todas maneras, su cuestionamiento al PC tampoco puede llevar a ocultar que muchos de sus contenidos ideológicos, en cuanto a la representación que se hacían de las clases dominantes, eran igualmente dogmáticos y descalificadores, con lo cual se aproximaban a las formas de satanización que utilizaban la iglesia católica y el conservatismo, así no se hiciera a nombre de ninguna religión.

Un aspecto importante de destacar, con cuyos argumentos confrontaban directamente a los comunistas, fue su consideración de que

“las naciones atrasadas no siguieron el esquema de desarrollo de los países industrializados. A diferencia de estos últimos, los países como Colombia presentan un ‘desarrollo combinado’, que se caracteriza por la convivencia de distintas formas de producción”. (Cataño, 1983: 186-187)

Es necesario resaltarlo porque el análisis va orientado a mostrar que América Latina no reprodujo el feudalismo europeo porque las “tierras sometidas por los españoles no eran feudos ni los conquistadores señores feudales”. Con ello desmontaban la orientación de los comunistas de identificar la misma sucesión de los modos de producción presentados en Europa. A la vez, su pretensión de ver en la revolución de independencia un movimiento de la burguesía.

Las relaciones con el Partido Liberal eran de un constante amor y odio por parte de los que optaban por el socialismo o el comunismo. Es quizá el año de 1934 en que los acercamientos o distanciamientos que se produjeran con él eran decisivos en la lucha política. En especial por el ascenso de Alfonso López Pumarejo al poder y porque la Internacional Comunista ya se orientaba hacia la directriz de la formación de Frentes Populares. De tal manera que la consideración de que “la burguesía colombiana ya no puede ser revolucionaria, porque tiene ante sí el revolucionarismo de los obreros, artesanos y campesinos” (Nieto Arteta, 1978: 22) era una aparente distancia que se establecía con quienes se creía eran más próximos a esta extracción de clase. Mucho más si a renglón seguido planteaba que “el liberalismo, unido a los demás partidos reaccionarios, lucha abiertamente contra los partidos revolucionarios”. Postura que rápidamente se debilitó cuando el gobierno de López empezó a plantear sus propuestas de reformas que no sólo absorbieron al sector que lideraba Gaitán sino también a muchos de los integrantes de este grupo y, a finales del 35, al Partido Comunista.

3.2. LA LIGA DE ACCIÓN POLÍTICA

Fue formada en 1942 por varios de los dirigentes de las dos anteriores organizaciones y con otros que se desprendieron del comunismo o del liberalismo, como Antonio García, Diego Luis Córdova e Indalecio Liévano Aguirre. Sin embargo, asumiendo que lo hacían por fuera de “las camarillas que controlaban ‘en la oposición o en el acuerdo’ la vida política

colombiana". (Ayala, 1996: 32) Seguían planteando la necesidad de construir el socialismo en Colombia, pero teniendo en cuenta la tradición cultural y política colombiana. A la vez, sin distanciarse del ejercicio de la Democracia e, incluso, podría decirse, no muy radicalmente del Partido Liberal. Pues la crítica que hacía a los dirigentes políticos "tradicionales" era por

"su incapacidad para una acción desinteresada en favor de la acción y de la Democracia, dadas las vinculaciones cada vez más estrechas e indisolubles de ellas con las distintas oligarquías que se reparten la presión nacional". (Ayala, 1996:32)

De hecho, en su proceso de disolución varios de sus activistas fueron a parar al movimiento de Gaitán. El autor citado dice que Antonio García, quien luego se hiciera conocer internacionalmente, fue quien redactó los programas del caudillo en la última etapa de su vida, como lo hiciera posteriormente con el dictador Rojas Pinilla.

Medófilo Medina identifica dos obstáculos para su desarrollo. Sus relaciones con López Pumarejo, en este caso, en su segundo gobierno; quien consideraba que las transformaciones se podían hacer dentro del Partido Liberal. Factor, que al igual que lo sucedido al Partido Comunista, limitaba la autonomía como organización y la llevó, a la postre, a su extinción. El segundo aspecto lo relaciona con el ascenso del gaitanismo, (Medina, 1989: 287) que, como veremos más adelante, fue justamente en este período en que empezó un rápido ascenso, y, por tanto, cubría el espacio político de cualquier alternativa de izquierda. Máxime que los activistas de la nueva organización fueron incapaces de mantener su autonomía, pues hacerlo implicaba distanciarse del gobierno lopista. Por ello, su corta vida sólo duró hasta agosto de 1944.

Sin embargo, también se debe tener en cuenta que este grupo sigue la conducta de las demás organizaciones que intentaron una opción socialista. Tenían poco arraigo popular; había un grupo dirigente con algún prestigio, pero sin mayor respaldo popular. Fue incapaz de realizar una política autónoma del gobierno y de los partidos que copaban el escenario político; táctica que ha impedido, antes y después de esta experiencia, que se consolide una tercera fuerza en el país. Tampoco ayudaba a su consolidación las pugnas que se producían con

quienes se consideraban más próximos, los comunistas. Influyó también el espacio abierto por el Partido Socialista Democrático que, al provenir del Partido Comunista tenía más tradición organizativa y un mínimo cubrimiento nacional.

Quizá el problema más de fondo radique en la cultura política que dominaba el país. Pues la vida cotidiana estaba atravesada por los símbolos construidos por los dos partidos a sangre y fuego en la historia republicana. De tal manera que no importaba que tan vanguardista fuera ni que tan cercano a la solución de las principales necesidades en sus propuestas. La construcción del imaginario político pasaba por "el rojo de la sangre que pasa por las venas" o "el infinito azul del cielo y de los mares", para definirse liberal o conservador. De allí que no interesara tanto el contenido doctrinario de la propuesta política que se colocaba en escena. Más bien, importaba la forma como cada una de ellas se aproximaba a las imágenes que la tradición oral había entronizado en la intimidad de la vida hogareña. De allí que el socialismo no pudiera ser fértil en las aspiraciones populares.

3.3. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA COLOMBIANO (MSC)

Después del asesinato de Gaitán, y del retorno del viejo comunismo a su tradicional denominación partidaria, algo parecido al caos era el devenir de la vida política nacional. Los conservadores estaban divididos, así un sector tuviera un control del gobierno, los liberales no atinaban una política radical frente al autoritarismo del régimen de Laureano Gómez, que gobernó a partir de 1950. La misma lucha política tenía que ser limitada porque la acción represiva, originada en la forma corporativista que se estaba dando al Estado, limitaba toda práctica que estuviera por fuera de ella. A la vez, la política del comunismo seguía siendo restrictiva y, por tanto limitante para corrientes que quisieran construir el socialismo de una manera diferente.

Es en esas condiciones en que Antonio García funda, en 1951, un nuevo movimiento que denominó Movimiento Socialista Colombiano (MSC). Su definición de ser un "sustituto del comunismo" no sólo lo diferencia de la organización comunista que se acreditaba como tal, y que calificaba de "colonia ideológica del comunismo". Encierra también un distanciamiento

del marxismo pues asume que el suyo “nada tiene doctrinariamente de común con éste ni en el campo económico, ni en el filosófico, ni en el político”. (*Eco Nacional*, febrero 9 de 1954:

4) No es solamente una aclaración. Es la negación a que se asuma ese socialismo como el producto de un juego de espejos en que la imagen que se reproduce en ellos es la del socialismo comunista. Por supuesto que el PC también reclamaba la diferencia. Pero la táctica de las élites dominantes y de la iglesia era postarlos como parte de una misma organización y de una misma vertiente ideológica.

Su contenido ideológico era el de propugnar por “la transformación económica y social de la nación, teniendo como meta la subordinación del interés privado y egoísta al interés de la comunidad”⁷. (*Eco Nacional*, marzo 18 de 1954: 9) Para lo cual se necesitaría una

“planificación de la economía y la socialización de los intereses vitales; requiriendo para ello un cambio fundamental en la estructura del Estado, en donde se tengan en cuenta las necesidades colectivas y las posibilidades reales, al igual que la ingerencia del desarrollo armónico de la nación”⁸

Una característica especial de este socialismo, que los diferencia profundamente de los comunistas, es la aceptación de la propiedad privada dentro de la sociedad socialista. Sabido es que la interpretación que hacían los comunistas del marxismo, de manera predominante, era que el interés individual se subsumía en el interés colectivo. Quizá la imagen realizada de este ideal fue la China de Mao con la mayoría del pueblo uniformado. Otra, un poco más sofisticada, fue la sociedad científica del comunismo de la que hablara Althusser en su primera etapa. Así es que la postura de este grupo era que

“La propiedad particular y la iniciativa privada cabrían dentro del Estado socialista, ya que en éste la propiedad particular cumple una función social extraordinaria. El socialismo no pretende eliminar tajantemente la propiedad particular sino condicionarla a los intereses colectivos; sin perjuicio de la justa utilización

⁷ Este periódico hace una entrevista a Luis Emiro Valencia, uno de los dirigentes de la organización, que titula: “Qué es y por qué lucha el movimiento socialista en Colombia”. Por tanto, en lo posterior la referencia bibliográfica enunciada en esta parte se corresponde con lo aquí anunciado.

⁸ Entiende por sectores vitales “aquellos puntos sobre los que descansa la seguridad, el bienestar y el desarrollo de la sociedad”. En consecuencia, “la fijación de salarios, el crédito, la industria pesada, la seguridad, la salud, la educación, los transportes internacionales, la moneda, la tierra, entre otros, por considerar que de ellos está dependiendo fundamentalmente la existencia misma de la comunidad, sus esenciales posibilidades de crecimiento y la seguridad de la nación” Entrevista hecha a Emiro Valencia en *Eco Nacional*, marzo 18 de 1954: 9).

individual. La existencia de la planificación económica equivaldría a una dirección socializada en la administración económica de la propiedad particular" (Eco Nacional, marzo 18 de 1954: 9)

Para ser más contundente llegaba a la siguiente conclusión: "La propiedad rigidamente colectivizada puede ser tan funesta para el bienestar y desarrollo económicos, como la misma rígida propiedad individual en el capitalismo". Aclarando que capitalismo y socialismo son antitéticos. Es decir, que la aceptación de algunas formas de propiedad y diferentes expresiones de la individualidad no podían llevar a creer, como lo pregonaba el comunismo, que eso era una entrega a los intereses de la burguesía; por tanto del capitalismo y del imperialismo.

En síntesis, entonces, lo que se defendía era un "socialismo independiente, nacionalista, democrático, enemigo de la dictadura de clase, humanista y no proletarizante, dialéctico, pero no en el sentido marxista, doctrinalmente contrario al comunismo". (Ayala, 1996: 34) Hay una manera especial de plantear un tipo de socialismo que surja de los elementos que construya la nación; hay énfasis también en diferenciarse del comunismo. No sólo por la represión que se ejercía contra ellos sino por una consideración más de fondo. Porque el comunismo incorpora aspectos totalitaristas imposibles de compartir, entre los cuales se encuentra la dictadura del proletariado. Se sirve persistentemente de los mandatos y doctrinas que vienen de fuera, lo cual le hace perder el contenido nacionalista que ellos quieren darle. Por eso en su táctica política planteaba como objetivo central el de ser una alternativa que pudiera "desplazar y sustituir a un comunismo que funciona por control remoto y que actúa en el país como una sección del partido comunista ruso". (Ayala, 1996:33)

Especial es su concepción de la Democracia porque plantea la "organización democrática integral de la República". Concebida en tres direcciones: 1. La Democracia Económica que supone

"la creación práctica de igualdad de oportunidades para todos y el poner la economía al servicio de toda la nación y no al de un grupo o casta minoritaria" 2. "La Democracia política entendida como la organización de partidos y representantes del pueblo completamente responsables (...) dentro de ello se debe incorporar, dentro de los programas socialistas, la revocatoria del mandato, cuando el representante del

pueblo traicione los intereses que dice representar". 3. "La Democracia social, crea las condiciones objetivas para la eliminación de los grupos privilegiados; supone la igualdad práctica de oportunidades para todo el pueblo colombiano sin discriminaciones ni privilegios clasistas". (*Eco Nacional*, marzo 18 de 1954: 9)

Su función política era poder llegar al pueblo para crear una conciencia popular que le permitiera salir del atraso y confrontar las injusticias que la oligarquía estaba cometiendo. Usaban también el argumento en la otra dirección: "sólo en el pueblo está la entraña y la defensa de la nación". (*Eco Nacional*, marzo 18 de 1954: 9) Lo cual no era obstáculo para que fuera partidario de que se ejerciera una acción desde arriba; o sea desde las estructuras mismas del Estado. Contraponiéndose a cualquier otra dirección socialista; si esta pudiera denominarse como tal. Por eso la toma del poder por parte de Rojas Pinilla fue vista como una posibilidad de realización de sus postulados pues se colocaba por fuera de los partidos tradicionales y del comunismo, y con una política que, según ellos, explícitamente se colocaba a favor del pueblo; así lo hiciera con los más declarados principios populistas. Sobre todo porque lo hacía desde la investidura militar que desplazaba cualquier posibilidad institucional al invocar los elementos simbólicos que le daban la fuerza y dejar de lado las fuerzas políticas que pudieran afianzar una acción propiamente de masas. Los temores que se produjeron en muchos sectores de la población por su carácter militar, García creyó disuadirlos al considerar a

"Las Fuerzas Armadas como el sector del pueblo en armas que defiende a toda la nación y no la guardia pretoriana de los partidos. El 13 de junio no es una puerta abierta hacia el regreso, sino hacia la superación del régimen bipartidista; no busca continuar una rutina de violencia y fraude, sino de crear una nueva tradición republicana como en la época de las guerras libertadoras" (*Eco Nacional*, febrero 9 de 1954: 4)

Por eso plantea el MSC que "cuando el presidente Rojas Pinilla ha anunciado los tres puntos básicos de su gobierno -paz, libertad y justicia-, ha señalado los más importantes objetivos de lo que nosotros entendemos como revolución colombiana"⁹. (Ayala, 1996: 33) Declaración

⁹ Esta declaración, y su posterior vinculación directa al gobierno del régimen militar es lo que lleva a Torres Giraldo a desistir de estudiar este grupo adicionalmente a la obra de los Inconformes. Califica a García y a su grupo como "mercenarios del régimen militar de las derechas" y "degradada cofradía". (Torres, 1974: 1441)

que prácticamente fue el acta de defunción del movimiento. Puesto que poco agregaba a colocarse como una nueva opción; mucho menos en una vía propia del socialismo.

A la vez fue una vinculación que lo distanció tanto del Partido Liberal como del Comunista. No sólo por los distanciamientos tradicionales que hubo entre ellos, sino por el rápido viraje del régimen militar hacia el autoritarismo y el populismo en la representación del primero. Por el carácter fascista del mismo, en versión del comunista. Tanto que ni García ni Gerardo Molina se escaparon de su acción puesto que fueron puestos presos el 8 de junio de 1954, a raíz de las movilizaciones estudiantiles, en la celebración del día del estudiante.¹⁰ Fecha en la que asesinan un estudiante y, al día siguiente, en protesta por la muerte de éste, ocho más. Acciones que los militares trataron de encubrir acusando a los comunistas, y tras de ellos a liberales y socialistas, de ser culpables de la acción estudiantil. La prensa fue otro objetivo controlado inmediatamente por el régimen. Comenzando por un semanario de un dirigente conservador, Belisario Betancur, llamado *La Unidad*, continuando luego con *El Tiempo* y *El Espectador*.

3.4. EL LIBERALISMO SOCIALISTA DE GAITÁN

Cuando Raul Roa disparaba a Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, en la central carrera séptima de Bogotá, difícilmente podía comprender el impacto que esa acción tendría. Si cumplía una función encomendada por parte de miembros de las élites dominantes, que veían en el arrollador avance del caudillo una amenaza para sus intereses, no podía más que saberse dueño de la fuerza e inteligencia necesaria para acometer la acción delictiva. No así del aura que consagra a ciertos seres humanos en mitos y que en este caso se extendía a amplios espacios de la geografía nacional y a una gran parte de su población. Por eso, horas más tarde, cuando los médicos anunciaron su deceso en una importante clínica de la capital, el autor del atentado compartía a esa hora con la víctima el mismo destino que sus balas le habían trazado al caudillo. Porque solo bastó escuchar el accionar del arma y el desplome de

¹⁰ En Colombia se realiza el 8 de junio el día del estudiante en conmemoración de un aniversario más de las movilizaciones de los estudiantes en esa misma fecha en 1929. Marchas que se hacían en contra del despotismo del

su destinatario, para que los transeúntes agarraran su cuerpo y lo arrastraran descargando sobre él el peso de la rabia desatada y de las esperanzas frustradas.

Mientras sectores del pueblo raso pateaban la cabeza del asesino, dirigentes medios del liberalismo y activistas comunistas se apoderaban de algunas de las emisoras y llamaban a engrosar la muchedumbre. Que, a la altura de ese momento, marchaba con palos, varillas, machetes, piedras, y una que otra arma de fuego, al palacio presidencial con el cuerpo del asesino a exigir esclarecimiento de las responsabilidades en el asesinato y, en el proceso, la dimisión del presidente o su destitución, si la fuerza daba para ello. Es de destacar que esta primera reacción se produjo por el ciudadano común y corriente. Aquél que había llegado a la capital como única opción de vida que le dejaba la violencia en las regiones en donde tenía sus parcelas. El desocupado que recorría a diario las calles con la única esperanza de conseguir algún trabajo¹¹. El embolador, el hacemandados. Aquellos que solo eran ocupados ocasionalmente, como el obrero de la construcción o el zapatero. Esa reacción no expresó otra cosa que el "resultado de siglos de abominación consuetudinaria". (Osorio Lizarazo, 1998: 107) Y entre ellos, el truhán, el ladrón, el atracador, el que varias veces se había ensayado como asesino. La plebe. Esa que el literato mostró en la novela *El Día del Odio*, reivindicando su ser y dando argumentos para su razón de ser. Esa que en su conducta, en ese acontecimiento, se revirtió en una reacción al régimen político por la vía de la desesperación que les producía el rompimiento del símbolo mesiánico que los podía rescatar de la podredumbre y no por el camino intelectual o de militancia política como otros lo hicieron.¹²

régimen de Abadía Méndez que concluyó con el asesinato de un estudiante, y que contribuyeron al ascenso del liberalismo al poder.

¹¹ Población que era bastante alta puesto que "las fuentes de trabajo eran escasas y, por ejemplo, "el nivel de los precios para la clase obrera en Bogotá entre 1942 y 1949, ascendió a 149%". (Molina, 1978: 205)

¹² Es sugerente transcribir lo que el novelista, sólo tres años después de ese nueve de abril, a través del narrador, introduce como caracterización de ese sector social: "En ese conjunto radica una fuerza bruta irresistible. Sus individuos están proscritos y hostilizados: pero en el fondo de su abyección están listos para el motín, para el desorden, para la sedición vindicativos. La esencia de sus vidas están signadas por el caudal de un odio deliberado o inconsciente, que cubre todo lo que les es ajeno y hostil, todo lo que les está vedado y les es inalcanzable. Están postrados; sobre ellos pesa la vindicta y el desprecio públicos, que los despojan de su condición humana con el amparo cómplice de la ley y de la moral. Son incapaces de promover la subversión, porque la indignancia y la nebulosidad de sus existencias les han atrofiado el sentido de su poder y el objeto ennobecedor de la rebelión. Pero el día en que ese odio contenido, palpitante, impreciso, se incendie al contacto de un episodio cualquiera, los proscritos, los humillados, los vencidos, se convierten en víboras de fuego, y su violencia desenfundada confiere contornos épicos al disturbio". (Osorio Lizarazo, 1998: 107)

Era el signo de la abominación, del desespero, del desbordamiento de las pasiones hacia la búsqueda de lo más recóndito de los sentimientos humanos anulados por la exclusión, la explotación, las acciones inhumanas.

Su paso más avanzado llegaba no a la supresión de las "causas" o condiciones que los tenía en ese estado sino a su sustitución, a su suplantación para que sintieran en su carne el desgarramiento del desprecio, o a su eliminación. Así lo expresaba uno de los personajes de la mencionada novela:

"Porque si un día nos diéramos cuenta de la verdad, y nos amarráramos los calzones y nos saliéramos a la calle, com'una revolución, com'una tempestá, hacíamos temblar a esos mantecos disgraciaos. Y les cortábamos los pescuezos". (Osorio Lizarazo, 1998:135)

De allí que, pasando de la ficción, en cuanto la novela lo sea, a la realidad del analista político, en cuanto así la reconstruye, es fácil aceptar que

"Cuando unos hombres empezaron a embriagarse por primera vez en su vida con licores finos y cuando algunas mujeres de procedencia humilde pudieron vestirse con trajes lujosos y con abrigos de visón, expresaban a su manera el repudio de la sociedad que les negaba esos bienes y, quizás, exteriorizaban las lecciones de odio a las oligarquías, que habían aprendido de su conductor". (Molina, 1978: 215)

Rápidamente, el flujo arrollador de la movilización anárquica fue superior a cualquier forma de organización o de dirección. Cuatro son los factores que Gerardo Molina encuentra para que se hubiera llegado a ello:

"La espera inútil del resultado de las conversaciones con el jefe de gobierno; la presencia en las calles de muchos maleantes evadidos de las cárceles, la ausencia de una organización y dirección del movimiento y la circunstancia de que en esas horas cruciales la ciudad estuvo desguarnecida". (Molina, 1978: 215)

En este último aspecto referido a Bogotá. Circunstancia que favoreció, en un primer momento, el agrupamiento de tropas para defender al mandatario, pero no impidió que el vandalismo se generalizara ni que fueran logrados objetivos mucho más políticos como el incendio de sedes de periódicos, como el conservador *El Siglo*, de muchos edificios de la administración pública y de la casa del dirigente conservador falangista Laureano Gómez.

Tampoco que el control de la diseminación de la protesta se hiciera casi imposible en los diferentes focos que se produjeron en la ciudad y que dejara regados en las calles cadáveres que en sus rostros aún guardaban signos del rictus de la venganza. Muertos cuya cantidad nunca se precisó y que se multiplicó cuando el ejército hizo descargas a la multitud en diferentes sitios de la ciudad.

Por eso se puede estar de acuerdo con la conclusión de que

"la insurgencia popular del 9 de abril quebró momentáneamente el andamiaje institucional del Estado y creó una verdadera "dualidad de poderes", que en muchos casos sustituyó órganos de poder constitucional, para convertirse ella misma en poder". (Alape, 1989b: 76)

Al producir un "desquiciamiento y parálisis transitorios de los aparatos institucionales". Especialmente en las regiones que, como en Barrancabermeja llego, incluso, a elegir alcalde popular y a consagrar un verdadero poder popular que sólo fue sofocado a través de una negociación por el control que los trabajadores tenían de la zona petrolera y que luego fue barrido por la acción represiva de los organismos militares que tomaron el control de la zona. En otros lugares, la insurgencia popular había alimentado la esperanza de que la revolución estaba triunfando porque escuchaban por la radio las arengas de socialistas, como Gerardo Molina, y de liberales que llamaban a replicar en el país la epopeya que supuestamente estaba viviendo la capital, derrocando al gobierno oligárquico o conservador; dependiendo de quien tomara los micrófonos.

3.4.1. LA FORMACIÓN DE UNA IDEOLOGÍA LIBERAL SOCIALISTA

La violencia política, y a veces religiosa, que desde fines de la década del veinte de este siglo se había arraigado en el país, como una forma de dirimir los conflictos, tuvo en este acto su absurda consagración como parte de una cultura política que se adoptó como dominante. Porque no solamente fue agenciada por los dos partidos tradicionales que tenían el control político del Estado sino también por los mismos gobiernos que hacían de ella la forma de someter o excluir al contrario. Sin embargo, no puede tampoco concluirse que fue sólo una acción del aparato de Estado. Ya analizamos en el primer capítulo raíces de una cultura que

en lo más profundo del tejido social propiciaba la solución de fuerza de los conflictos más acuciantes de la vida cotidiana.

Ni siquiera puede cargarse en los partidos la acción maniquea de destrucción del otro. Fue un engranaje que iba más allá de cualquier forma institucional o jurídica; así ellas contribuyeran en mucho a que eso se diera. Tanto que el ejército efectuó el único golpe de estado de este siglo en 1953, con el supuesto de que eso posibilitaría la vuelta a la institucionalidad, sin que su gestión mostrara esos resultados. Período que duró hasta la formación del Frente Nacional; pero ya la historia registraba la muerte de más de 300 mil colombianos que no fue más que la antesala de otras formas de solución de los conflictos que hoy están entronizadas en la vida nacional. Sin que los aspectos doctrinarios que hicieran de Gaitán el símbolo de los desposeídos fuera asumido siquiera por su propio partido, que luego tomó su imagen para adornar con retratos las oficinas de sus dignatarios y partes de sus discursos para alimentar la demagogia de las campañas electorales.

¿Qué posibilitó a Gaitán llegar a tener esa dimensión que lo consagró en la historia? No es fácil responderlo, pues, no perteneció a las familias que sucesivamente usufructuaban el poder, condición prácticamente inevitable para quien pretendiera acceder a él por la vía de la institucionalidad y aún por fuera de ella. De hecho, nació en el barrio Las Cruces "un sector empobrecido de Bogotá conocido como el barrio de la 'aristocracia caída'" (Braun, 1987: 81), el 23 de enero de 1898. Sitio que establecía una gran diferencia con los barrios aristocráticos en donde se ubicaban las familias que habían manejado al país desde que entró a su vida republicana. Por sí, era ya una marca que distanciaba a cualquier familia, o miembro de ella, del acceso a los centros de poder del Estado. Mucho más si se registra que su padre se desempeñaba como vendedor de libros viejos para poder subsistir y su madre como una humilde maestra de escuela. Condición que dificultaba, por no decir que imposibilitaba, la obtención de relaciones que facilitarían mezclarse en las redes del poder político.

Estudió derecho en la Universidad Nacional de Bogotá y se graduó en 1924 con una tesis que tituló *Las ideas socialistas en Colombia*. (Gaitán, 1984) Texto que si bien muestra una elección temprana en favor de ideologías revolucionarias no es un estudio de la apropiación

que de ellas se había hecho en la historia política del país. Sin embargo, esto no le resta importancia porque da cuenta de un estudioso de lo poco que allí se conocía del marxismo y de los desarrollos o limitaciones de éste, según su interpretación, respecto de teóricos de la economía política y de los socialistas utópicos y las posibilidades de su aplicación a las condiciones colombianas. Convencido de que la mejor forma de avanzar en su desarrollo profesional y político era actualizando sus conocimientos, reunió una cantidad suficiente de dinero, a través de sus ahorros, para viajar a Italia en 1926. Allí realiza una especialización en la Real Universidad de Roma, en ciencia penal con el profesor Enrico Ferri, quien declaró que Gaitán había sido el mejor alumno de la Escuela de Altos Estudios Jurídicos y Criminales. (Torres, 1992: 21)

Ya en su vida de estudiante tuvo sus primeros ejercicios políticos, forjando una particular oratoria que a través del tiempo atrajo multitudes. Se afirma que en 1917, en la campaña presidencial, apoyó a Guillermo Valencia y que, en consecuencia, hizo giras por varios municipios del departamento de Cundinamarca. (Braun, 1987: 86) Gesto que le valió el reconocimiento del general Benjamín Herrera, quien pertenecía al sector liberal que apoyaba al poeta, y su inclusión en las filas liberales. Pero, es quizá el año de 1929 en que se proyecta como un dirigente político de largo aliento. Había regresado de Europa el año anterior, justo a tiempo de registrar el avance de la oposición en contra del régimen conservador y el incontenible autoritarismo de éste. Expresados en el decreto de "Alta Policía" de abril de 1927 y la ley de "defensa social" de 1928 que penalizaba cualquier protesta social pero que, fundamentalmente, se orientaba a desmovilizar y perseguir a los sectores de izquierda del liberalismo y al Partido Socialista Revolucionario que mostraba un liderazgo inusitado en la dirección de las luchas populares. (Jaramillo, 1992: 108-109)

De tal manera que la masacre de las bananeras el 6 de diciembre de 1928 no solo fue una demostración de la forma como el régimen conservador se supeditaba a los intereses norteamericanos sino que era la expresión del autoritarismo al que había llegado ante el temor de la desestabilización por las nuevas fuerzas liberales y revolucionarias que rápidamente se consolidaban. Esto lo supo canalizar muy bien Gaitán, quien perteneciendo

ya al Congreso Nacional, por haber obtenido una curul en el proceso electoral, lideró la denuncia al gobierno, lo responsabilizó de la matanza y se fue a la zona a hacer la investigación que respaldó sus radicales intervenciones en el parlamento, y que fueron seguidas por todos los activistas de izquierda y por mucha gente del pueblo que lo menos que sentía era indignación por lo sucedido. Identificando la entrega de la soberanía nacional a los intereses del enclave bananero, la que denominaba conducta reaccionaria del régimen y su defensa de los intereses oligárquicos que dejaban al pueblo totalmente desprotegido.

Quedaba claro que, de ahí en adelante, Gaitán no sería el hijo de un humilde librero de pueblo sino un líder que se identificaba con las raíces mismas de su extracción popular. Además un profesional del derecho penal que había sido reconocido por uno de los grandes maestros en ese campo y también por los miembros del sistema judicial y los docentes de esa área, por los resultados en los juicios a él encomendados. Ese mismo año tuvo papel descollante en la defensa de Tomás Uribe Márquez, líder del PSR, que había sido acusado de conspiración y de ser responsable del abortado plan insurreccional, enunciado anteriormente.

Si bien en 1930 el liberalismo asume el régimen político con el gobierno de Enrique Olaya Herrera, no pocos liberales se sintieron por fuera de él. Es más, encontraban poca diferencia con el gobierno conservador que le precedió. Así mismo, no veían en el Partido Liberal la organización que luchara por transformar el país. Por ello Gaitán funda en octubre de 1933 la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), que tuvo su propio periódico, *El Unirismo* (1933-1935). Respaldado por otros de corta duración, que dan cuenta de la búsqueda de tender hacia un cubrimiento nacional, como "*El Crisol* en Medellín, *Tribuna* en Ibagué, *Pluma Libre* en Pereira, *El Socialista* en Barranquilla y *Alma Libre* en Socorro" (Medina, 1989: 281) Buscó que fuera una organización por fuera de los dos partidos tradicionales; sin embargo, no pudo contra la maquinaria¹³ y desistió por el resultado de las elecciones de 1935 cuando solo obtuvo 3.799 votos en todo el país de 475 mil emitidos y por

¹³ Aunque Pécaut sostiene una tesis que es aceptable y es que "su carrera se mueve en un incesante vaivén entre las incursiones en el movimiento popular y la participación en un poder desde el cual pretende arrancar al pueblo de su incultura". (Pécaut, 1987: 376) Por lo cual no enfatiza tanto el poco número de votos para acabar con la organización, como el ofrecimiento de la alcaldía de Bogotá por parte del gobierno de López.

que el apoyo electoral que obtuvo se restringió a los departamentos de Cundinamarca, Antioquia y Tolima.

Varias veces participó en la administración pública por cortos períodos: alcalde de Bogotá (1936-1937) en el gobierno de López Pumarejo; ministro de educación (1940) en la administración de Eduardo Santos y ministro del trabajo, salud e higiene (1943-1944) en el corto período presidencial de Darío Echandía. Sus intervalos eran aprovechados para reforzar su presencia política que adquirió mayor expresión en mayo de 1944 cuando decidió presentar anticipadamente su candidatura presidencial y reagrupar su fuerza política, pero ahora dentro del Partido Liberal. Igualmente tuvo su periódico que denominó *Jornada*. (Cordell, 1976: 87) Todo encaminado a ganar dentro del partido su reconocimiento como candidato oficial. Empeño fallido porque la aristocracia de su organización difícilmente desconocería su procedencia y la radicalidad de su doctrina. Enfrentado a Gabriel Turbay lo secundó en los resultados. Un notable avance respecto de todas las votaciones anteriores, pero insuficientes para vencer al candidato conservador, Mariano Ospina Pérez. De esa manera terminaba la llamada "República Liberal" y se abría paso a un gobierno que buscó por todos los medios recuperar lo que el conservatismo había perdido; a pesar de que en el parlamento contaba con una mayoría opositora del liberalismo. Gaitán se vio enfrentado también en esta ocasión a los comunistas que veían en él tanto populismo como tendencias fascistas. Después fue mirado como uno de los más grandes errores del Partido comunista, pero ya las arcas de la votación habían establecido su veredicto.

Sin embargo, es a partir de 1945 que Pécaut identifica un período estrictamente populista en él. (Pécaut, 1987: 378) Por tanto, los elementos simbólicos correspondientes lo proyectan más allá de la derrota. Al contrario, la interposición del otro candidato liberal no hace más que darle argumentos para mostrarle al pueblo que los "explotadores", que las oligarquías, que los aristócratas siempre se opondrán a que "un hijo del pueblo llegue al poder". Por eso, a pesar de que cualquier derrota pesa en quien la recibe; esta llevo rápidamente a Gaitán a darle su contenido político y, por tanto, a capitalizar el descontento de las bases liberales y la dispersión que se produjo en la dirección de su partido. Lo hizo con tanta maestría que en las

elecciones de 1947 su movimiento fue el que se impuso a lo largo y ancho de todo el país. Obligando a que fuera el máximo dirigente del Partido Liberal, reconocido esta vez por quienes lo habían torpedeado. Así mismo también lo fue de la confrontación de la violencia estimulada desde el gobierno, intentando que el país recuperara su escasa experiencia de vida institucionalizada y transitara por los senderos de una vida democrática. Su vehemencia lo colocaba cada vez más próximo al solio de los presidentes. Aspiración frustrada esa tarde del nueve de abril de 1948.

La lucha política de Gaitán y del movimiento gaitanista no tuvo plena aceptación del partido comunista en los diferentes períodos. Cuando se formó el movimiento unirista, los comunistas no habían abordado aún la propuesta de frente patriótico. Sin embargo, cuando se impulsó la conformación de una central nacional de trabajadores marcharon juntos. Fue así como formaron en enero de 1938 la CTC. Posteriormente, como ya se ha dicho, el partido comunista no respaldó a Gaitán en el debate electoral de 1946 en el que fue candidato. Inmediatamente después, el comunismo concluye que esa conducta había sido un error, porque las masas estaban con el caudillo, e impulsa un proceso de acercamiento que se mantuvo hasta antes de su muerte.

A pesar de estas ambivalencias la ideología de Gaitán se reclamó permanentemente del socialismo. Así lo planteó cuando afirmaba "no ha de importarnos nada que se nos llame socialistas, porque nuestro credo consciente, meditado, pesado y estudiado, es ese". (Gaitán, 1963: 16) O más bien como lo definiera, "el socialismo más que un partido es un criterio científico para interpretar la realidad". A fe que sus coqueteos con el socialismo fueron constantes en su deambular político. Habíamos dicho que ya en su vida de estudiante universitario hizo la elección que lo marcaría para siempre. Eso indica la elaboración de la tesis de grado, para graduarse como abogado, titulado *Las Ideas Socialistas en Colombia*. En ella Gaitán hace un seguimiento a conceptos centrales de la economía política; tanto desde la escuela del liberalismo clásico como desde las explicaciones que Marx daba a los mismos. De tal manera que el contenido no es coherente con su denominación; respecto de las ideas socialistas en Colombia. Sin embargo permanentemente hace alusiones a la realidad

económica, política y social colombiana para la cual considera que el socialismo es la mejor fuente de la solución a los problemas críticos que identifica.

Desde allí defiende la división de la sociedad en clases sociales. Las injusticias son objeto de permanente referencia. La manipulación o el control político del Estado, por parte de una "minoría", que denominó oligarquía fue un eje discursivo que mantuvo hasta el final. Se hace eco de Marx en el *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, citándolo, para llegar a la conclusión de que

"si todas las diversas formas de la actividad social son diferentes, y como tal deben ser analizadas, es un hecho indisputable que ellas en sus diferentes orientaciones tienen un punto básico común, una zona única de origen: el hecho económico". (Gaitán, 1984: 158)

Por lo cual planteaba la necesidad de que a las "clases oprimidas" se les solucionara primero sus necesidades de trabajo, vivienda, salud, educación. Sin llegar a la solución final de la socialización de los medios de producción, como lo planteaba Marx, ni mucho menos al comunismo. Postura que le permitió agitar contenidos socialistas sin que se distanciara totalmente de la doctrina y organización liberal. Ya lo había planteado en una carta dirigida al influyente periodista socialista, Luis Tejada haciendo referencia a las resistencias de los liberales de luchar por el socialismo.

"Será, decía, desde las filas cien veces dicientes, prestantes y rememoradoras del liberalismo, desde donde la actual generación realizará su obra en contra de la burguesía y por la liberación económica del trabajo" (Gaitán, 1987: 16)

Postura que es el resultado de la abierta discusión que produjo en los círculos intelectuales, políticos y de los trabajadores la lucha por el socialismo, generalizada al país por el Partido Socialista de 1919. Debate que llevó a la asimilación por el Partido Liberal de gran parte de la militancia socialista y que lo obligó a la actualización de su doctrina.

El mencionado texto de *Las Ideas Socialistas* también reseñaba el imperativo que se le imponía al pueblo de organizarse, incluyendo los sindicatos de los trabajadores para poder romper con la "ignominia" del capitalismo. Aunque las diferentes formas de organización

que él impulsó tuvo como factor decisivo sus propias determinaciones personales. Así mismo confrontaba la ineficiencia en la administración de justicia. El mantenimiento de la ignorancia y atraso en la educación, la ciencia y la técnica como condición que favorece a los grupos dominantes. La ausencia de una reforma agraria para indígenas y campesinos. El deterioro e inutilidad de los partidos políticos que no hacían más que alimentar los privilegios que ofrece el poder.

Esta opción por el socialismo no lo impulsó a desvincularse del partido liberal; por el contrario creía que dentro de él era como se podía dar su realización. Ese es el testimonio que da Gerardo Molina, quien en no pocos momentos anduvo con él. (Alape, 1983: 71) El mismo planteaba

“en lo económico y social somos integralmente socialistas y andan equivocados todos los que pretenden establecer incompatibilidad entre el liberalismo y el socialismo colombiano. Por el contrario, son movimientos que deben fundirse y luchar al unísono. Digo más: son una sola y poderosa fuerza, a cuyo vértice afluye la doctrina de los principios democráticos, de las libertades humanas”. (La Prensa, 1963: 22)

Por tanto asume una articulación entre la garantía de satisfacción de las necesidades económicas del pueblo, pregonados por el marxismo, y el mantenimiento de las libertades democráticas postulados por el liberalismo. Por eso cuando en 1933 funda la UNIR, Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria, no lo hacía propiamente para desvincularse de la ideología liberal sino del partido liberal al que consideraba un aparato político maniatado a los grupos de poder, y, por tanto, con barreras infranqueables que imposibilitaban la realización de la revolución que él pregonaba. Pues así denominaba el centro de su acción política: una revolución. Entendida como transformación radical de las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales de la nación. Incluso hasta las psicológicas; porque a través de ellas, acompañadas de un desarrollo de la conciencia popular, consideraba que se produciría el factor subjetivo necesario para realizarla.

Aún, muy avanzada ya su formación y su figuración política, en 1942, hace un análisis comparativo entre el fascismo y el comunismo; mostrando las bondades de éste y su

pertinencia histórica y política. Plantea la necesidad de un distanciamiento del ejercicio de una dictadura del proletariado y su consiguiente absorción de los obreros del papel dirigente en la política. Curiosamente, sin embargo, plantea la tesis de que por la vía del ejercicio de la dictadura la URSS estaba realizando principios democráticos. Mientras que la mayoría de países capitalistas, con un ejercicio de la democracia, condenaba a una mayor parte de la sociedad a vivir en la injusticia social. (Gaitán, 1987: 180) Comparación que aparece como contradictoria,; sin embargo, más bien muestra su interés en que se produjera una rígida administración desde el Estado. Pues ya desde el mismo programa de la UNIR había planteado

"la creación de una economía regulada, planificada mediante el intervencionismo de Estado. La intervención estatal obedecería a un criterio social que obraría en el sentido de una 'progresiva eliminación de la explotación del hombre por el hombre'" (Medina, 1989: 282)

Por eso, podríamos decir que el eje central de su propuesta política retoma la noción que de socialismo de estado pregonara Rafael Uribe Uribe en 1904. En lo fundamental es la reivindicación del intervencionismo de Estado que permita una regulación y planificación de la economía a través de la cual se garantiza el trabajo y la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Sin que ello implique una anulación de la propiedad privada. En general ella se mantiene; pero ejerciendo controles, por la vía de impuestos y de regulación de los sectores productivos; de tal manera que no acumulen poder para colocarse por encima de la función social y colectiva del Estado. A lo cual se tendrán que aplicar los principios de libertad, justicia, democracia e igualdad; básicos para garantizar el ejercicio de la Democracia.

Polémica fue su postura frente a los Estados Unidos. Porque no pocas veces lo identificó como un Estado imperialista, con lo cual se aproximaba discursiva y políticamente con las organizaciones socialistas y el Partido Comunista que así lo proclamaban. Sin embargo, en su aspecto doctrinario lo reducía a la existencia en ese país de "grupos imperialistas" que se asociaban con "grupos plutocráticos" de diferentes países de América que en lo externo actúan como fuerzas imperialistas" (Molina, 1978: 193)

No podría concluirse que ésta orientación la fundamentara en principios marxistas, ni que la asumiera como tal. Tampoco que desarrolla una confrontación al marxismo, buscando su eliminación; al contrario sus constantes referencias a él, y a su implementación política en la URSS, demuestran su constante simpatía. No solo por afecto sino también por comprensión intelectual, en el caso de los postulados teóricos y por conocimiento histórico, en lo relacionado con la experiencia soviética. Aspectos que se suman al profundo conocimiento de la realidad nacional tanto por la vía de su experiencia política como por el estudio que constantemente hacía de ella. De todas maneras, eso no lo llevaba a militar en ellos ni en las organizaciones que los postulaban. La representación que se hacía de los marxistas era que su "error" más grande consistía en que olvidaba "los factores antropológicos debido a la atención exclusiva que otorgan a los factores económicos". (Pécaut, 1987: 381) Y no era inferior la que se hacía, a través de su periódico, Jornada, de los comunistas colombianos: "El comunismo ha cambiado de naturaleza al ser transplantado a estos ambientes tropicales por sujetos aspirantes a ser burócratas y serviles con las oligarquías". En clara alusión a la defensa que el PC hacía de López, por lo cual lo calificaba de "archilopista".

A pesar de que construyó una ideología propia dentro del liberalismo y del socialismo, y que lograra constituirse en un gran movimiento de masas, no pervivió por mucho en la historia nacional. En gran parte porque fue preso de una ideología y práctica populistas y, por tanto, sujeto a las implicaciones de su desenvolvimiento político. En particular en lo que muy bien comenta Gerardo Molina:

"Insistencia sobre el papel determinante del líder, fe ciega en su conducción y por tanto débil grado de organización de los militantes, acento puesto de preferencia en la distribución de la riqueza y del ingreso, fuerte dosis de resentimiento y afirmación reiterada de que el pueblo es la nación". (Molina, 1978:207-208)

Es posible también que la asimilación del caudillo por la maquinaria del partido liberal hubiera diluido el contenido radical de sus ideas. Nada extraño en una organización política que hizo de los muertos el símbolo eficaz para la captación de masas; así en sus vidas los hubiera relegado por el control hegemónico de los grupos de poder. Igualmente sus ideas, después de muertos, eran recreadas en el imaginario político como el patrimonio propio de la

organización partidaria. Así en el momento de su implementación, de su ejercicio práctico, hubieran sido relegadas por los mecanismos de control y de exclusión que se ejercían de manera dominante. Quizá eso explique la debilidad con que el gaitanismo trató de desenvolverse posterior a la muerte de su líder. Aún el intento de su propia hija Gloria fue fallido tanto en la búsqueda de abrirse paso dentro del partido liberal, como en la formación de una organización aparte, como lo intentara su padre. De tal manera que el símbolo de Gaitán dividió la historia colombiana del siglo XX en dos partes sin que eso se hubiera traducido en una aplicación o desarrollo de los contenidos básicos de lo que pudo ser su lucha revolucionaria.

CONCLUSIONES

Las culturas políticas de este período histórico en Colombia estuvieron atravesadas por unas relaciones de poder, cuyo sentido de fuerza no estaba dado en el control del Estado o en la lucha para acceder a él, para fortalecer procesos institucionales, normativos o culturales. Se afincó una representación del otro como el enemigo al cual no sólo se debía vencer en el discurso o por los medios institucionales disponibles, sino también, si fuere necesario, eliminarlo físicamente. O sea, que había exclusión, intolerancia y también una especie de vindicta en que al oponente había que acorralarlo hasta su destrucción total.

La cultura política dominante fue un factor esencial de entramamiento o eliminación de los actores sociales, prácticas y discursos que luchaban por arraigar el socialismo. El papel predominante de la iglesia rebasó su alianza estratégica con el conservatismo puesto que incidía en prácticas culturales del pueblo a las cuales no tenían acceso quienes luchaban por el socialismo. Además, se demostró que el factor religioso estaba en la base de las acciones políticas, lo cual era un factor cultural que se oponía a prácticas inscritas en cualquier forma de vanguardismo.

Los discursos socialistas se produjeron en dos direcciones. Una propiciada por el Partido Comunista que, en la mayor parte del período fluctuó entre la dinámica que le imponía el desarrollo histórico y político nacional y las exigencias de la Internacional Comunista o del Partido Comunista de la URSS. Otra, que se distanciaba de la anterior adoptando lineamientos doctrinarios próximos a la socialdemocracia europea enriquecidos con lo que denominaban la autonomía de los aspectos culturales, producidos en la nación. Ambos irrumpieron en un escenario de total hostilidad hacia ellos. Sin embargo, el Partido Comunista fue el más confrontado; tanto por su, aunque débil, capacidad organizativa y porque se lo asociaba con el comunismo internacional. Unos y otros obligaron a redefinir muchas de las redes que estaban controladas por los dos partidos tradicionales. Introdujeron cambios en el orden lingüístico de la política, con lo cual se revistió de nuevas

significaciones las relaciones de poder. Fortalecieron prácticas de la lucha política que sólo débilmente se insinuaron en períodos anteriores.

El caso del Partido Comunista hay que verlo como algo muy específico. Porque, el imaginario que fue produciendo lo llevó a identificarse en no pocos casos con las prácticas que confrontaba o que pretendía superar. El mismo ejercicio de las alianzas políticas mostraba la fragilidad de la representación que se hacían de quienes tenían el poder. El trato que daba a compañeros de viaje y que se distanciaban de su dirección los aproximaba a las peores prácticas inquisitorias de los dominadores que querían derrocar. Las ambivalencias del ejercicio de su acción política condujeron, en gran parte, al distanciamiento de dirigentes y sectores populares que en algún momento de la historia política lo vieron como la alternativa a seguir. De todas maneras su devenir en el espacio político nacional es parte del entramado que conjuga el despliegue de las fuerzas que le dieron sentido a la vida política nacional en este período. El seguimiento a su práctica política a través de los diferentes acontecimientos políticos posibilitó identificar las discontinuidades de su ejercicio político. Hasta la misma confrontación de que fue objeto permitieron perfilar elementos simbólicos e ideológicos que la cultura política dominante no podía eludir. Su desarrollo desigual y discontinuo lo muestra en la cresta en el gobierno de López Pumarejo y en una crisis casi letal cuando se produjo el asesinato de Gaitán.

Si bien las otras formas organizativas orientadas por el socialismo fueron efímeras, no se pueden relegar respecto de lo que es la urdimbre de un tipo de cultura política que se fue insinuando en el período. Máxime que fue en los espacios que creó en donde se incentivó una formación teórica en esa dirección. Fuera de ello puede concluirse que reivindicándose como socialistas crearon el puente entre las posturas radicales del comunismo y las pocas posibilidades que brindaba la institucionalidad. Sentido que no fue lo suficientemente fuerte como para marcar un destino diferente del que proponían alternativas mucho más radicales, como las del comunismo o el anarquismo, que tampoco lograron prender, de manera predominante, en la cultura nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Abella, Manuel, 1988: *Entrevista realizada por Mauricio Archila*, Bogotá.
- Acevedo Carmona, Darío, 1978: *Primer Partido Socialista de Colombia. 1917-1922*. Medellín: Tesis de grado en la licenciatura en historia de la Universidad de Antioquia.
- Acevedo Carmona, Darío, 1992: Gerardo Molina. *El magisterio de la Política*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Acevedo Carmona, Darío, 1995: *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*. Santafé de Bogotá: IEPRI y Ancora Editores.
- S/A, 1931: *Acta de la reunión del 28 de julio de 1931 del comité Regional de Santa Marta del partido Comunista de Colombia*. Bogotá: Archivo Nacional de Colombia, Fondo Mingobierno, Sala República, Sección 1a. Tomo 1025, folio 445.
- Alape, Arturo, 1989: "El 9 de abril, asesinato de una esperanza". En *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, pp: 33-56.
- Alape, Arturo, 1989: "El 9 de abril en provincia". En *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, pp: 57-80.
- Archivo Nacional de Colombia. Fondo Mingobierno, Sala República, Sección Primera. 1928-1935. Bogotá, Colombia.
- Archila, Mauricio, 1991: *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP.
- Ayala Diago, César Augusto, 1996: *Resistencia y oposición al Establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO)*. Colombia 1953-1964, Santafé de Bogotá: COLCIENCIAS, Universidad Nacional de Colombia.
- Balandier, Georges, 1994: *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona: Paidós.
- Bernhard, Katharina. 1990: "Hechizo, maleficio y curación. La actualidad de la medicina mágica en Colombia". En *Cultura Popular*, No. 2, febrero, Tunja, Colombia: Cuadernos del Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá - Centro de Investigación de Cultura Popular..
- Bisberg, Ilán, 1997: "legitimidad y cultura política: una discusión teórica y una visión del caso mexicano". En *Revista mexicana de Sociología*, Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año LIX, No. 1.

- Braun, Herbert, 1987: *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Caballero, Manuel, 1987: *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana 1919-1943*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Caballero, Manuel, 1988: *La Internacional comunista y la Revolución Mundial*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Carr, Barry, 1986: *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México: Era.
- Cohn, Norman, 1997: *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la edad media*, Trad. Ramón Alaix Busquets, 5a reimpresión, 1a de. 1981, Madrid: Alianza Editorial.
- S/A, 1981: *Los Cuatro Primeros congresos de la Internacional Comunista*, México: Siglo XXI, colección Cuadernos de Pasado y Presente No. 43.
- S/A, 1958: *Documentos del Octavo Congreso del Partido Comunista de Colombia, Resolución Política. Declaración programática. Estatutos*, Bogotá: Diario Jurídico.
- Eliade, Mircea, 1995: *El Mito del eterno Retorno. Arquetipos y Repetición*, Barcelona: altaya.
- Encina, Dionisio, 1943: *Unidad Nacional para triunfar en la guerra y en la paz*, México: s.e.
- Furet, Francois, 1995: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Gaitán, Jorge Eliécer, 1984: *Las ideas socialistas en Colombia*, Bogotá: Centro Jorge Eliécer Gaitán y Facultad de Derecho Universidad Nacional.
- _____, 1987: *Sus mejores escritos*, Bogotá: Circulo de Lectores.
- Ginzburg, Carlo, 1991: *Historia de la vida nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Barcelona: Muchnik.
- Gonzalez Perez, Marcos, 1993: "El Calendario festivo". En José Eduardo Rueda Enciso (comp.). *Los imaginarios y la cultura popular*, Bogotá: CEREC y CODER, pags. 23-34.
- Henríquez, Cecilia, 1996: *Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia*, Bogotá: Ediciones Altamir.
- Jaramillo Salgado, Diego, 1997: *Las Huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929*. Toluca: coedición Universidad del Cauca, Popayán, Colombia y la Universidad Autónoma del Estado de México.

- Le Goff, Jacques. 1994: *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Trad. Alberto L. Bixio. 3a. Edición. Barcelona: Gedisa.
- Lévi-Strauss, Claude, 1994: *Antropología estructural*, Barcelona: Altaya.
- López De La Roche, Fabio, 1989: "El análisis cultural aplicado a la ciencia política. Consideraciones teórico-conceptuales acerca del estudio de la cultura política". En *Controversia* No. 153-154, Vol. II, Bogotá: CINEP.
- López de la Roche, Fabio, 1999: *Acerca del concepto de cultura política*. (Inédito), Santafé de Bogotá: Material fotocopiado del original del autor.
- Lynch, John, 1991: "La iglesia católica en América Latina, 1830-1930", en Leslie Bethell, ed. *Historia de América latina*, Tomo 8, p:65122, Barcelona: Critica.
- Mariátegui, José Carlos, 1982: *Obras*, La Habana. Casa de las Américas, Tomos I y II. Colección Pensamiento de nuestra América.
- Mariátegui, José Carlos, 1986: *Temas de Nuestra América*. Lima: Amauta.
- Martínez García, Carlos, 1998: "Los Archivos de la Inquisición". En *La Jornada*, México, D.F: febrero 1, pag: 8.
- Medina, Medófilo, 1980: *Historia del Partido Comunista de Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales, CEIS.
- _____, 1989: "Los Terceros Partidos en Colombia. 1900-1960, en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá: Planeta, Tomo II.
- Mejía Duque, Jaime, 1970: *Mito y realidad en García Márquez*, Bogotá: Oveja Negra.
- Melgar Bao, Ricardo. 1983: *El marxismo en América Latina. 1920-1934. Introducción a la historia regional de la Internacional Comunista*, México: UNAM, Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos.
- Molina, Gerardo, 1987: *Las ideas socialistas en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Molina, Gerardo, 1978: *Las ideas liberales en Colombia. De 1935 a la iniciación del Frente Nacional*, 2a. Ed. Bogotá: Tercer Mundo, Colección Manuales universitarios.
- Montaña Cuellar, Diego, 1996: *Memorias*. Santafé de Bogotá: Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Nieto Arteta, Luis Eduardo, 1978: *Ensayos históricos y sociológicos*. Bogotá: COLCULTURA.

- Ortiz, Manuel F., 1945: *Augusto Durán o una voluntad de lucha*, Bogotá: s.e.
- Osorio Lizarazo, J. A., 1998: *El Día del odio. Una novela sobre el 9 de abril*, Santafé de Bogotá: El Ancora editores.
- Papacchini, Angelo, 1994: *Filosofía y Derechos Humanos*, Cali: Universidad del Valle.
- _____, 1997: *Los Derechos Humanos, un desafío a la violencia*, Bogotá: Altamir.
- Pécaut, Daniel, 1973: *Política y sindicalismo en Colombia*, Bogotá: La Carreta.
- _____, 1987: *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Trad. Jesús María Castaño, Bogotá: CEREC y Siglo XXI. Dos volúmenes
- Perea Restrepo, Carlos Mario, 1996: *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*. Santafé de Bogotá: coedición Instituto de Estudios Políticos y relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y Aguilar.
- Posada, Joaquín Pablo, 1849: "El comunismo", en *El Alacrán*, No. 6, Santafé de Bogotá, febrero 18 de 1849.
- S/A, febrero de 1990: "Proceso contra la India Nicolasa de Acosta por cargos de hechicería y maleficio. suata. 1778" Fuente: Archivo regional de Boyacá, Archivo Histórico de Tunja, leg, 275, fls. 213r - 219r. Transcripción: Martha Coca. Centro de Investigación de cultura Popular - ICBA. Adaptación Amado Guerrero y Katharina Bernhard. Centro de Investigación de cultura Popular - ICBA. En *Cultura Popular*, No. 2, Tunja, Colombia: Cuadernos del Instituto de cultura y Bellas Artes de Boyacá - Centro de Investigación de Cultura Popular.,
- Retana Ramirez, Ruperto, 1996: *Izquierda y modernidad en América Latina: Venezuela, Cuba y México*. México: UAEMEX y UNAM.
- Regueros Peralta, Jorge, 1988: *Entrevista, realizada por Mauricio Archila*: Bogotá.
- Reyes, Catalina, 1989: "El gobierno de Mariano Ospina Perez: 1946-1950", en *Nueva Historia de Colombia*, Tomo II: Bogotá: Planeta, pp: 9-32.
- Rezler, 1984: *Los mitos Políticos*, México: FCE.
- S/A, 1947: *Resolución Política del V Congreso del Partido Comunista de Colombia, 1947*. Hoja volante facilitada por la familia del dirigente local del PC en el departamento del Cauca, Tulio Guevara.
- Robinson, J. Cordell. *El movimiento gaitanista en Colombia*. Trad. Eddy Torres. Bogotá: Tercer Mundo, 1976.

- Sacristán, María Cristina, 1992: *Locura e inquisición en Nueva España, 1571-1760*. México: El Colegio de Michoacán y FCE.
- Sanín Cano, Baldomero, 1977: *Escritos*. Bogotá: COLCULTURA.
- Taussig, Michael T., 1993: *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, México: Nueva Imágen.
- Todorov, Tzvetan, 1991: *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, Trad. Martí Mur Ubasart, México: Siglo XXI.
- Torres Carrillo, Alfonso, 1992. *Jorge Eliécer Gaitán y la educación popular*. Quito: CEDECO.
- Torres Giraldo, Ignacio, 1973-1974: *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*. Cinco tomos. Bogotá: Editorial Latina
- S/A, 1960: *Treinta años de Lucha del Partido Comunista de Colombia. Esbozo histórico elaborado por una comisión del Comité Central del Partido Comunista de Colombia*, Bogotá: Ediciones Paz y Socialismo.
- Urrego Ardila, Miguel Angel, 1993: "Control social, matrimonio y resistencia popular en Bogotá. La parroquia de Las Aguas 1900-1930". En José Eduardo Rueda Enciso (comp.). *Los imaginarios y la cultura popular*, Bogotá, CEREC, CODER, pags. 202-218.
- S/A, 1984: *VII Congreso de la Internacional Comunista. Fascismo, Democracia y Frente Popular*, México: Siglo XXI, Cuadernos de pasado y presente No. 76.
- Vieira, Gilberto, 1973. *9 de abril: experiencia del pueblo*. Bogotá: Suramérica.
- Vieira, Gilberto, diciembre de 1996: *Entrevista realizada por Diego Jaramillo*, Santafé de Bogotá.
- Wünenburger, Jean- Jacques, 1999: "Lo imaginario en la filosofía francesa contemporánea". En Lapoujade, María Noel, *Espacios Imaginarios*, México: UNAM.
- Zuleta, Estanislao, 1992: *Colombia: Violencia, Democracia y Derechos Humanos*, Bogotá: Ediciones Altamir.

PERIODICOS

El Bolchevique, Bogotá. 1934-1935.

El Colombiano. Medellín.

Eco Nacional, 1954.

El Espectador, Bogotá

La Humanidad, Cali

El NuevoTiempo, Bogotá

El Tiempo. Bogotá

Tierra, Bogotá.

La Voz del Pueblo, Popayán, 1946-1947